ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

Misterio del espantapájaros siniestro

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 29

ePub r1.3

Titivillus 16.11.16

Título original: *The mystery of the sinister scarecrow*
M. V. Carey, 1979
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Unas palabras de Alfred Hitchcock

¡Hola, amantes de los misterios!

Tengo una vez más el placer de presentar una aventura de los Tres Investigadores, esos atrevidos detectives tan jóvenes que se sienten atraídos por todo lo insólito y extraño. En el presente caso, los muchachos intentan ayudar a una dama en apuros. Una empresa, a mi entender, maravillosa. De veras. ¡Pero también muy peligrosa! A medida que los jóvenes detectives van entrando en el caso tienen que enfrentarse con un siniestro espantapájaros, que embruja el crepúsculo y sabe sortear a las hormigas asesinas nocturnas.

Si ya conocéis a los Tres Investigadores, podéis pasar inmediatamente al Capítulo Primero, donde empieza la historia. De lo contrario, permitidme presentaros a Jupiter Jones, el cabecilla del grupo, un muchacho robusto, más bien gordinflón, con una memoria enciclopédica y un maravilloso talento para sacar deducciones. Su compañero, Pete Crenshaw, el Segundo Investigador, es hábil y atlético, aunque a veces se asusta ante la capacidad de Jupiter para meterse en líos. Bob Andrews, el Tercer Investigador y amigo de los otros dos, es un chico estudioso cuya destreza, como buscador de pistas, ayuda a solucionar gran parte de los problemas con los que se enfrentan los muchachos. Los tres residen en Rocky Beach, California, un pequeño distrito de la costa del Pacífico, no lejos de Hollywood.

Y se acabó la presentación. ¡Ahora… adelante con la aventura!

ALFRED HITCHCOK

CAPÍTULO 1

¡Atacados!

—¡Cuidado! —gritó Pete Crenshaw—. ¡Vamos a chocar!

La furgoneta del «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones, patinaba por el camino de tierra. Chirriaron los frenos, aflojaron y volvieron a chirriar. Después, el vehículo se metió en la zanja y se detuvo repentinamente con el parachoques aplastado contra un roble.

—¡Diantre! —exclamó Hans, el chofer.

Era uno de los dos hermanos bávaros que trabajaban en el «Patio Salvaje». Permaneció sentado unos instantes ante el volante y luego respiró profundamente.

—¡Diantre! —repitió.

Hans miró a los tres muchachos que iban en la furgoneta. Jupiter Jones, sentado a su lado en la cabina, parecía algo asustado, pero ileso. Pete Crenshaw y Bob Andrews se hallaban todavía asidos a un lado para protegerse. Tenían los pies apuntalados para no verse arrojados al suelo.

—¿Estáis bien? —preguntó Hans.

Bob y Pete asintieron y se soltaron. Sus músculos estaban entumecidos por el esfuerzo de agarrarse.

Lentamente, todos fueron saliendo de la furgoneta para inspeccionar los daños sufridos. Hans contempló apesadumbrado el neumático delantero que se había reventado, por cuya causa el vehículo había patinado por aquel sinuoso camino de la montaña.

—¡Diantre! —exclamó Hans por tercera vez—. No pensaba que fuera a tanta velocidad.

—¿Podrás sacar la furgoneta de la zanja? —quiso saber Jupiter.

Hans observó la situación del vehículo con vacilación. Luego, volvió a colocarse ante el volante. El motor de arranque funcionó y el motor cobró vida. El cambio de marchas tampoco había sufrido

daño alguno y Hans volvió atrás la cabeza. Sin embargo, las ruedas traseras giraron inútilmente en el aire.

Hans volvió a parar el motor y saltó al suelo.

—Estamos atascados —explicó—. Jupe, será mejor que llames a tu tío Titus. Que venga con otra camioneta y nos ayude a salir del apuro. Después ya cambiaré el neumático.

—¡Cáscaras! —rezongó Pete—. Llamarle… ¿desde dónde?

Hans y los tres muchachos tendieron la vista a su alrededor por el paisaje desierto. Hacía veinte minutos que habían salido de Rocky Beach, en dirección a una cabaña situada en los montes de Santa Mónica. El dueño de la cabaña deseaba vender sus muebles antes de marcharse a su pueblo natal de Indiana.

—Muchas personas que viven por las montañas poseen cosas interesantes —había dicho tío Titus tras recibir la llamada telefónica del presunto vendedor—. Jupiter —agregó—, ¿por qué no vas tú con Hans o Konrad, en una de las furgonetas, y averiguas qué quiere vender ese individuo? Si la cama es de bronce auténtico, la compras. Y todo lo que creas que podremos revender.

—Por favor, Jupiter, nada de trastos raros —intervino tía Matilda Jones. La tía de Jupiter siempre se enfadaba cuando tío Titus regresaba a casa, después de efectuar un viaje de compras, con algún artículo difícil de volver a vender. El «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones, era bien conocido en toda la costa del Pacífico. Los compradores llegaban allí en busca de objetos que no podían hallar en ningún otro sitio, de manera que los Jones vendían hasta las cosas más inverosímiles.

Jupiter se había alegrado mucho ante la perspectiva de realizar una compra por su cuenta. Hasta el momento era tío Titus el que decidía todas las compras. Jupiter, por consiguiente, se apresuró a llamar a sus amigos Pete y Bob. Luego, fue en busca de los ayudantes de tío Titus, Hans y su hermano Konrad. Fue Hans el que, en menos de media hora, tuvo lista para marchar la más pequeña de las furgonetas.

Hans condujo hacia el norte desde Rocky Beach, a lo largo de la autopista de la costa, y después giró hacia el camino del cañón Chaparral, una carretera ancha y bien asfaltada que llevaba a las montañas, y después descendía por el otro lado al valle San Fernando. Durante los casi siete kilómetros del cañón Chaparral,

Hans guió la furgoneta por un sendero sin asfaltar y de un solo carril, llamado Senda de Rock Rim. Y se hallaba a sólo unos centenares de metros de Rock Rim cuando se reventó el neumático.

—Vaya —masculló Jupiter—, por lo visto jamás podré comprar nada. Supongo que ahora tendremos que hacer autostop para volver a Rocky Beach.

Miró con cierto enfado la maleza que cubría las laderas que les rodeaban. A su izquierda vio una vieja casita muy maltratada por el tiempo, encaramada en la colina que se alzaba a la derecha del camino. La casita estaba obviamente abandonada. Las ventanas de la planta baja tenían unos maderos clavados y faltaban los vidrios de varias ventanas del piso alto.

—Allí no hay teléfono, seguro —murmuró Pete.

—¡Eh! —señaló Bob hacia detrás de la vieja casona.

Cerca de la cumbre de la colina, a la derecha de los muchachos, había como una valla formada por eucaliptos y por encima se divisaba un poco de techumbre de tejas coloradas.

—Allí hay una vivienda —aseguró Bob—. Y parece grande. Debe mirar al cañón Chaparral.



—Tal vez no necesitemos ir tan lejos —terció Jupe—. ¿Veis aquel granero viejo que está a media altura de la colina? Hay unos hilos telefónicos que conducen a él. Posiblemente, allí vive alguien y, si acortamos el camino por el trigal…

Calló, y su rostro adquirió una expresión de extrañeza.

—¿Qué te pasa? —se interesó Bob.

—El trigal… —repitió Jupiter. Se apoyó en la valla que bordeaba el camino y miró al frente con fijeza—. ¿Quién ha oído hablar nunca de un trigal en medio de los montes de Santa Mónica?

El trigo del pequeño campo situado junto al camino estaba crecido y muy verde bajo el ardiente sol de agosto. Las espigas estaban llenas de grano y la tierra que alimentaba a las plantas estaba oscura por la humedad. Alguien se había tomado la molestia de regar. El terreno ascendía súbitamente desde el camino, y, en el lado más elevado del campo, había un espantapájaros encima de una valla. El espantapájaros miraba a los muchachos con sus ojillos, que eran unos triángulos negros, encajados en una cara hecha de arpillera.

Jupe movió lentamente la cabeza.

—Extraño sitio para una granja —comentó.

—Pues me alegro de que esté aquí —replicó Bob—, y que haya un teléfono. ¡Vamos, vamos!

—No podemos ir todos —le detuvo Jupiter—. Si el granjero nos ve a todos pasando por su trigal es posible que no le guste.

Pete se sentó, recostado contra un grueso poste de la valla.

—Está bien —asintió—. Yo no voy; que vaya Jupe, puesto que está a medio camino de la cumbre. El ejercicio le sentará bien.

Jupiter dejó ver una mueca. Era bastante gordo y no le gustaba que se lo recordasen.

—Bueno, que vaya el que sea de una vez —exclamó Hans con cierta ansiedad.

—De acuerdo, de acuerdo —se conformó Jupiter.

Saltó la valla y empezó a pasar por el trigal, cuyas espigas casi le llegaban a la cabeza. Como sabía que era muy raro que en aquellos montes hubiese un trigal, Jupe procuraba no estropear las plantas. Pero, un paso por el trigal no resultaba silencioso, ya que las espigas crujían, y también la respiración del chico gordinflón empezó a ser más audible por el esfuerzo de la cuesta. Ésta era cada

vez más pronunciada, y Jupiter tuvo que doblarse un poco por la cintura para vencer a la gravedad.

De pronto levantó la vista por entre las espigas y vio otra vez al espantapájaros. Su boca parecía sonreírle… Era una sonrisa malvada.

—Unos metros más —se dijo Jupiter—, y llegaré al claro.

Empezó a enderezarse. De repente, algo grande y negruzco chocó contra él, procedente de un poco más arriba.

—¡Eh, cosa maldita! —chilló una voz enfurecida—. ¡Te romperé la cabeza!

Jupe quedóse sin resuello y le resbalaron los pies. Un individuo de mirada colérica chocó con él, y le obligó a retroceder.

Un instante después, Jupe estaba tendido en medio del trigal. Arriba veía el cielo azul y el trigo verde…, y a un tipo como una sombra negra arrodillado encima de él, que le apretaba la garganta con una mano y amenazaba con estrangularle hasta dejarle sin vida. ¡La mano libre del hombre estaba en alto, agarrando una piedra de tamaño más que regular!

CAPÍTULO 2

El hombre de las hormigas

—¡Por favor, señor! —consiguió gemir Jupiter. El hombre soltó la garganta del chico.

—¡Pero… pero si es un chiquillo! —exclamó asombrado.

Hubo un ruido de pasos entre los tallos del trigal. Unos pies resonaron sobre la tierra blanda y de pronto Jupiter divisó, recortado sobre el cielo, el corpachón reconfortante de Hans.

—¡Suelte a Jupiter! —tronó el bávaro. Apartó al hombre a un lado, haciéndole rodar un poco cuesta abajo—. ¡Le romperé el cuello en mil pedazos! —le amenazó.

Jupiter se puso lentamente en pie. Vio entonces cómo el individuo que le había atacado parpadeaba mirando a Hans. Tenía la vista estrábica de la persona que es miope, y palpaba la tierra con las manos.

—¡Mis gafas! —se quejó con cierto enojo en el tono de voz—. ¡Se me han caído las gafas!

Bob y Pete habían seguido a Hans colina arriba. De pronto, Bob se agachó y recogió unos lentes de vidrios muy gruesos, de entre el trigo. Se los tendió al hombrecillo, que los limpió con la pechera de su camisa de franela y se los colocó sobre la nariz. Después se incorporó y se quitó el polvo de sus pantalones tejanos.

—¿Qué le pasa? —inquirió Hans—. ¿Se ha vuelto loco? ¿Por qué pretendía estrangular a Jupiter?

—Lo… lo siento mucho —se disculpó el hombre, como si no estuviese acostumbrado a reconocer sus errores—. Lo siento, pero pensé que era el espantapájaros y…

El hombre calló. Luego, miró al espantapájaros encaramado en la valla, con su sonrisa malvada.

—Quiero decir que… hum… Bueno, hemos tenido varios problemas con los entrometidos. Pisotean el trigo y… generalmente

nos perjudican y… y… En fin, temo que reaccioné con demasiada furia cuando vi que alguien subía por la colina.

El hombre hizo una pausa. Su cráneo calvo relucía al sol. Sus ojos estaban pálidos detrás de los gruesos cristales de sus gafas. Jupe se dio cuenta de que no era un hombre corpulento. Sólo era un poco más alto que Jupe y mucho más delgado. Pero tenía buenos músculos y el rostro atezado por el sol, como quien ha pasado largas horas al aire libre y ha hecho mucho ejercicio. Jupe le supuso unos cuarenta años, o algo menos.

—Te aseguro que no te hubiese golpeado nunca con la piedra —dijo volviéndose hacia Jupiter—. Sólo quería saber quién eras.

—Me tomó por el espantapájaros —le recordó Jupe.

—¡Oh, no! ¡Claro que no! ¡Esto es ridículo! Me has entendido mal. Bien, ¿queréis decirme ahora qué demonios hacéis en mi trigal?

Jupe se admiró al darse cuenta de que el hombrecillo volvía a estar a la ofensiva. Luego, asintió y empezó a dar explicaciones.

—Se reventó un neumático de nuestra furgoneta y se metió en la zanja que hay en el camino de Rock Rim. Entonces vi los hilos telefónicos que van a aquel granero y pensé preguntar si podía avisar a mi tío para que viniese a recogernos y a sacar la furgoneta de la zanja. Me pareció mejor tomar el atajo del trigal.

—Ya entiendo —asintió el hombre—. Bien, siento haberte atacado y, naturalmente, podéis usar el teléfono.

Dio media vuelta y empezó a subir por la colina. Los muchachos y Hans le siguieron, pasaron por la portalada de la valla y, después de cruzar un claro herboso, llegaron al viejo granero pintado de rojo. El calvo abrió la gran puerta central, encendió unas luces fluorescentes del techo e invitó a pasar adentro a sus visitantes con el gesto.

En el enorme granero no se veía animal alguno ni máquinas agrícolas.

En cambio, había unas mesas largas donde se amontonaba, aunque ordenadamente, un equipo bastante extraño. Antes de que Jupe pudiese echar una mirada más atenta, el hombrecillo le guió hasta un escritorio situado a un lado de la construcción.

—Desde aquí puedes llamar —le dijo el hombre.

Señaló un aparato telefónico medio enterrado entre pilas de

libros y agendas.

Mientras Jupe llamaba a su casa, Bob, Pete y Hans miraron con curiosidad a su alrededor. Sobre la mesa larga que se hallaba cerca de la entrada del granero divisaron varios marcos de madera cuadrados de unos treinta centímetros de lado. Los marcos tenían una tela clavada con tachuelas por un lado, y por el otro unos paneles de vidrio. Parecían cajas oscuras para fotos, pero estaban vacías. Había una cámara montada sobre un falso piso, enfocada hacia uno de los marcos.

En otra mesa se veían varios frascos grandes de vidrio. Bob atisbó dentro de uno y vio algo parecido a hebras de musgo. Después, muy asombrado, se dio cuenta de que no eran hebras de musgo sino como cadenas de hormigas, unas hormigas de patas largas y color pardo, que se enlazaban unas a otras por las patas y las mandíbulas. Bob miró fijamente a aquellos insectos, con fascinación y un poco de asco.

Jupiter colgó el teléfono.

—Todo está arreglado —anunció—. Tío Titus nos recogerá dentro de media hora en el camino de Rock Rim.

—¡Bravo! —se alegró el calvo.

Avanzó como para hacer salir a sus visitantes, pero le detuvo la preguntona voz de Bob:

—¿Colecciona usted hormigas?

—Oh, sí, sí, claro —asintió el hombrecillo. Su voz se tiñó de cierto calor por primera vez—. Pero no las colecciono. Las observo y anoto lo que hacen. Después, intento adivinar qué harán luego. Las observo continuamente y algunas veces lo adivino.

—Ya. Usted es un *entomólogo* —dijo Jupiter. El otro sonrió.

—Hay pocos chicos de tu edad que conozcan esa palabra.

—Oh, Jupe lee mucho —explicó Pete—. La mayor parte de las veces no sabemos de qué habla. ¿Cómo le ha llamado… *ento*… *estómago*?

—Entomólogo —le aclaró el calvo—. Se trata de un científico dedicado a estudiar los insectos…, y eso es lo que soy. Me llamo Woolley, doctor Charles Woolley. He escrito varios libros sobre los ejércitos de hormigas. Ahora trabajo en uno nuevo, pero aún no sé cómo acabará.

Woolley sonrió y a Jupe se le ocurrió pensar que, cuando quería,

el entomólogo era un individuo agradable. Jupe también pensó que Woolley tenía una cabeza excesivamente grande para su frágil cuerpo, y que sus ojos, protegidos por las gafas, sobresalían demasiado. Con su calvicie casi en cúpula y su cara terminada en una barbilla puntiaguda, Woolley se parecía a una hormiga. Jupe miró fijamente su frente como esperando verle crecer las antenas.

Woolley se llevó una mano a la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Tengo algo en la frente?

—Oh, no, no —sobresaltose Jupe—. Estaba pensando en su libro. Si no sabe aún cómo terminará, deduzco que es porque aún no ha finalizado sus estudios de las hormigas. Éste es su laboratorio, ¿verdad?

—Toda esta ladera montañosa es mi laboratorio —le corrigió Woolley—. En este granero llevo a cabo mis estudios especiales. Esos marcos que veis guardan las hormigas mientras las fotografío. La cámara que hay encima de la mesa tiene una potente lupa. Y en aquel rincón hay un cuarto oscuro. Las hormigas que hay en los frascos las cogí de una colonia que vive en el pequeño invernadero que hay detrás del granero. Al menos, ahí es donde vive ahora la colonia. Las hormigas tal vez decidan trasladarse a otra parte. Ya estarán a punto de emigrar.

—¿Y cuando emigren usted terminará el libro? —quiso saber Bob—, ¿adónde se irán?

—Probablemente no muy lejos —repuso Woolley—. Pueden subir un poco por la colina que hay y acercarse más a la casa. Como forman un ejército de hormigas, al lugar donde descansan lo llamamos un *vivac*…, un campamento. Las hormigas son semejantes a las abejas. Toda la colonia depende de la reina. Cuando ésta se halla a punto de poner los huevecitos, está muy gorda y la colonia se queda en un sitio fijo, y las hormigas obreras salen cada día en busca de comida. Cuando la reina ya ha puesto los huevecillos vuelve a estar delgada y puede moverse, y es entonces cuando la colonia puede emigrar. La colonia del invernadero ya ha emigrado varias veces desde que yo estoy aquí. Os aseguro que un gran ejército de hormigas avanzando es una vista impresionante.

—No sabía que hubiese ejércitos de hormigas en este país —dijo Jupiter, frunciendo el ceño—. He leído historias de horror respecto a los ejércitos de hormigas de África. ¿No son las que invaden las

aldeas y se comen todo lo que encuentran, incluso grandes animales?

Woolley asintió casi con fervor.

—Absolutamente todo —dijo—. La mayoría de hormigas son vegetarianas, pero los ejércitos de hormigas son carnívoros, son nómadas devoradores. Los africanos llaman a sus ejércitos de hormigas los «visitantes», y huyen cuando una columna se acerca a su poblado. Estas hormigas pueden tragarse con facilidad a un ser humano… ¡seguro!

Pete se estremeció, pero Woolley continuó hablando con entusiasmo, sin parecer afectado por el horrible retrato que estaba describiendo.

—Las hormigas tienen costumbres propias, no obstante. Comen ratas y ciempiés y todo lo que hallan, y por eso pueden ser útiles a la agricultura. Cuando los africanos vuelven a sus aldeas después del ataque de un ejército de hormigas encuentran sus chozas completamente limpias, sin ninguna clase de bichos.

Los Tres Investigadores se contemplaron maravillados.

—Los ejércitos de hormigas —prosiguió el infatigable profesor— que tenemos en este continente no son tan feroces como los africanos. Si pueden, se comen animales pequeños, pero en su mayoría se alimentan con otros insectos. En realidad, están más extendidas de lo que se supone. Hay una especie en México y Panamá, y otro tipo en Estados Unidos. Pueden encontrarse en cualquier lugar situado al sur de los cuarenta y cinco grados de latitud, o sea que las hay incluso al norte de Oregón y del Estado de Maine.

El entomólogo hizo una pausa para aclararse la garganta.

—Luego, tenemos esas hormigas de esta colina. No son exactamente la clase de ejército que uno esperaría hallar por aquí. Sus patas son más largas que las que se habían visto anteriormente en esta zona, y la armadura de su cuerpo es más gruesa.

Woolley volvió a callar y su rostro se iluminó de emoción.

—¿Queréis ver algo asombroso? —inquirió.

No aguardó la respuesta sino que abrió la puerta y salió al campo. Hans y los tres amigos le siguieron colina arriba.

—Esta tierra pertenece a Chester Radford —explicó Woolley—. Tal vez lo conozcáis. Es muy rico y muy generoso. Apoya una gran

cantidad de obras científicas. Yo estaba dando una vuelta por aquí la primavera pasada cuando descubrí un extraño ejército de hormigas. Confirmé que eran muy raras y que estaban dentro de la hacienda de Radford. Él vive en el extranjero, pero logré ponerme en contacto con él. Entonces me dio permiso para vivir aquí y utilizar el granero como laboratorio. También concedió unos fondos procedentes de la Fundación Radford para Educación Superior de las Ciencias, y de esta manera puedo continuar con mi labor.

Woolley se detuvo delante de un pequeño invernadero, que tenía un aspecto de gran abandono. La puertecita de la construcción chirrió cuando la abrió el científico.

—¡Aquí tenéis un ejército de hormigas! —Charles Woolley se arrodilló y señaló una abultada masa que colgaba de la cara inferior de una mesa. Se movió ligeramente a causa de la corriente de aire provocada al abrirse la puerta. Aquel movimiento le recordó a Jupiter el modo cómo se mueve el pelo de una piel animal cuando alguien sopla encima. La masa era un inmenso grupo de hormigas, todas unidas unas a otras.

—¡Sopla! —se asombró Pete.

—Es fascinante, ¿eh? —sonrió Woolley con orgullo—. Y es muy distinto de todos los demás ejércitos de hormigas que he visto. Tal vez se trata de una nueva subespecie o de unas mutantes. ¿Cuánto tiempo llevan aquí? ¿De dónde proceden? ¿Adónde van? A estas preguntas intento hallar respuesta.

Hans contempló, preocupado, la masa de insectos.

—Opino que será mejor irnos —murmuró—. El señor Jones no tardará en llegar.

Salió del invernadero y un minuto después le siguieron los muchachos.

Dando un rodeo fuera del trigal, todos descendieron a través de la maleza de la colina hacia el camino de Rock Rim. Jupe miró una vez hacia atrás. Woolley se hallaba de pie cerca de la valía del trigal, contemplándolos. El espantapájaros de la valla también parecía mirarlos, con sus ojillos negros y triangulares y la malvada sonrisa.

—Es un tipo raro —comentó Pete—. ¡Y está chiflado por las hormigas!

—No es esto lo raro —replicó Jupe—. ¡Lo raro es que un gran

científico me confundiera con un espantapájaros vivo!

CAPÍTULO 3

Intervienen unos desconocidos

—¡Bien, lo que sé es que hay más de ocho kilómetros desde aquí hasta el cruce del camino de Rock Rim —recordó Pete—, y que casi todo el trayecto es cuesta arriba! Además, ¿por qué he de pedalear en bici durante ocho kilómetros en las horas más calurosas del día sólo para echar otra ojeada a aquel espantapájaros?

Habían transcurrido varias horas desde la aventura de los chicos en la colina de la hacienda Radford. Jupiter, Pete y Bob estaban sentados en el café Miramar de Rocky Beach, tomando unos helados y comentando los sucesos de aquella mañana. Jupe estaba explicando que se había excusado con su tío para no ir por segunda vez de compras a la montaña. Tío Titus se había marchado, pues, a la cabaña de las montañas de Santa Mónica, ya que Jupe deseaba volver a aquel extraño trigal. Pete y Bob no se mostraban muy entusiasmados con el cambio de planes.

—¿No sentís curiosidad? —inquirió Jupiter. Su tono era de reproche—. ¿No queréis investigar nada respecto a aquel siniestro espantapájaros?

—No es siniestro —declaró Pete—. No es más que un montón de trapos viejos.

—Está bien, pero ¿por qué Charles Woolley creyó ver un espantapájaros vivo en la colina? —replicó Jupe—. ¿Y por qué me atacó?

—Creo que estás haciendo de la nada un gran misterio —refunfuñó Bob—. Woolley se enfadó un poco al verte, nada más.

Jupiter negó con la cabeza.

—No, no es esto, porque estaba demasiado enfadado. O asustado. ¿Cuántas personas se muestran realmente violentas a causa de un intruso? Woolley llevaba una piedra en la mano y, si me golpea, podía haberme fracturado el cráneo.

Jupiter reflexionó unos segundos y continuó su exposición de los hechos.

—Sin embargo, no parece una persona violenta. Cuando vio quiénes éramos se calmó al instante. Sólo se enfureció cuando creyó que yo era una «cosa». ¡Recordad que me llamó «cosa maldita» como si yo no fuese una persona! Esto no es natural. Si me hubiera llamado granuja o intruso, ni siquiera le habría prestado atención. ¡Pero me llamó «una cosa»! Luego, cuando se disculpó, aseguró que me había confundido con el espantapájaros.

Pete se echó a reír.

—Estás demasiado gordo para ser un espantapájaros —exclamó.

Un joven que iba en mangas de camisa y llevaba unos pantalones oscuros se hallaba tomando una taza de café en el mostrador, que estaba a un lado del local. De pronto volvió la cabeza y miró fijamente a Jupiter.

—Eres demasiado robusto para ser el espantapájaros —repitió, y añadió—: y eres demasiado bajo.

Los tres amigos contemplaron boquiabiertos al que acababa de hablar. Éste cogió su taza de café y se acercó a la mesa. Pete se movió para dejarle sitio.

—Supongo que os referís al espantapájaros del cañón Chaparral —continuó el desconocido—. El que corretea por la hacienda Radford. ¡Yo no podría resistirlo si hubiese otro espantapájaros vagabundo en el mundo!

—¿Quiere decir que aquel espantapájaros anda? —preguntó Jupe.

El hombre asintió. Le encantaba la sensación que había creado.

—Yo lo vi —les contó a los muchachos—. Me llamo Conklin, Larry Conklin. Trabajo para la compañía Sistemas de Seguridad. Mi empresa fabrica sistemas de alarma contra ladrones, y nosotros mismos instalamos las alarmas. Fuimos nosotros los que pusimos el sistema de alarma en el Museo Mosby del cañón Chaparral.

—Conozco el museo —asintió Jupiter.

—Fabuloso, ¿verdad? —ponderó Larry Conklin—. Me dijeron que el viejo millonario Mosby, el que lo construyó, quería que su casa fuese más resistente que una fortaleza. Y necesita serlo porque está lleno de cuadros procedentes de todo el mundo. Nosotros pusimos cables por toda la construcción al instalar un supersistema

de alarma. Y al menos una vez por semana comprobamos su funcionamiento.

—Pero ¿qué pasa con el espantapájaros? —quiso saber Jupiter.

—Oh, sí. Bien, me hallaba yo en el Museo Mosby una tarde, hace aproximadamente una semana, y me disponía a entrar en mi auto para largarme, cuando vi al espantapájaros que daba vueltas por la hacienda Radford. Exactamente al otro lado del camino. Sólo lo vi un segundo. Luego, corrió colina abajo y desapareció.

Larry Conklin hizo una pausa para tomar un sorbo de café.

—¿Y después? —le apremió Jupiter.

—Después… nada —respondió Conklin—. Pensé que estaba viendo visiones. Anochecía y la luz suele jugar muchas bromas. Me quedé quieto y traté de revivir lo que acababa de ver, como cuando la moviola repite una jugada en la televisión. Lo vi muy claro. Era un espantapájaros. Pero no me atreví a llamar a la puerta del Museo Mosby y decirles que había un espantapájaros suelto por la vecindad. ¡Habrían creído que estaba loco!

—¡Seguro! —asintió Pete.

—Por esto me ha alegrado mucho oíros hablar del espantapájaros, chicos —sonrió Conklin. Luego miró a Jupe—. Con que alguien te tomó por el espantapájaros, ¿eh? Pues no os parecéis en nada.

—Yo subía por el trigal —explicó Jupe—. Y la persona que me confundió con el espantapájaros no podía verme con claridad.

—Eso lo explica todo —declaró Conklin.

—¿Cómo era tu espantapájaros? —preguntó Bob, extrañado.

Larry Conklin frunció el entrecejo.

—Oh, de estatura media. Tal vez de metro setenta. Delgado. Con un sombrero negro y una chaqueta clara. No le vi las facciones, ya que su rostro era solamente como un borrón. De las mangas le salían como unas pajas. Por esto supe que era un espantapájaros.

Conklin apuró su café y se levantó.

—No me gusta meterme donde no me llaman —dijo—, y seguramente tampoco a vosotros. Pero hubo algo muy raro en aquel espantapájaros. Algo… maligno. ¿Por qué no os olvidáis de todo el asunto?

Los muchachos no respondieron y Conklin salió del establecimiento. Jupiter miró casi con timidez a sus dos amigos.

—¿Queréis olvidaros de todo el asunto?

—Sí… pero tú no nos dejarás —suspiró Pete—. De modo que será mejor ir allá. Hay un largo trecho hasta el trigal.

Los tres muchachos cogieron sus bicicletas que estaban en la calle y pronto estuvieron pedaleando hacia el norte por la autopista de la costa. Giraron hacia el cañón Chaparral y ascendieron por la montaña. Cuando llegaron al sitio donde el camino de Rock Rim se bifurcaba a la derecha, Pete se detuvo y esperó a que Jupe y Bob se le reuniesen.

—¿Tenemos que cruzar por el trigal como esta mañana? —quiso saber.

—No tengo ganas de volver a irritar al doctor Woolley —repuso Jupiter—. Mira al frente. ¿Aquello no es un sendero que atraviesa la hacienda Radford y desciende por la colina hasta el trigal?

—Podríamos enfadar al doctor Woolley casi tanto como por el camino de tierra —indicó Bob.

—Al menos no pareceremos intrusos —replicó Jupe.

Acto seguido abrió la marcha por el cañón Chaparral arriba hasta el punto donde un sendero atravesaba las tierras de Radford. Desde allí, los muchachos podían divisar el granero hacia la mitad de la colina, donde Woolley tenía su laboratorio. A la izquierda del granero y un poco más arriba se hallaba el invernadero donde vivían las hormigas bajo la mesa. Más allá del invernáculo había una fila de eucaliptos a través de la ladera. El camino de tierra terminaba en los árboles.

Jupe miró al frente, hacia el cañón Chaparral. De este modo vio una casa blanca en forma de «L» con un tejado de tejas coloradas. En el ángulo formado por las dos alas de la casa, había una terraza con una piscina. En torno a la casa se veían jardines muy bien cuidados.

Al otro lado del camino había otro edificio anticuado y desprovisto de ventanas. Estaba hecho completamente de hormigón.

—Es el Museo Mosby —explicó Pete—. Un edificio muy raro, y también un lugar muy raro para albergar un museo, en estos montes.

—Fue el hogar de Mosby mientras vivió —continuó explicando Jupiter—. Por aquí viven muchas personas acaudaladas. Y al menos, ese edificio es funcional. Como alberga una gran colección

de arte, resulta una ventaja que no tenga ventanas. Así es absolutamente seguro.

—Y muy feo —se burló Bob—. ¡Seguro que los Radford sufrieron un ataque cuando fue construido!

Los muchachos empezaron a pedalear hacia abajo por la polvorienta senda, en dirección a los eucaliptos. Ahora estaban inmóviles. Los tres amigos iban recordando a Charles Woolley tal como le habían visto por primera vez aquella mañana, rabioso y amenazador.

Cuando llegaron a la fila de árboles, los muchachos pudieron divisar el trigal y el espantapájaros. Dejaron las bicicletas y se acercaron a pie hasta la valla que rodeaba el campo. Allí contemplaron con gran atención el espantapájaros.

No tenía patas. Estaba sostenido por un palo clavado a la valla. Otro palo se hallaba clavado en ángulo recto al primero y formaba los brazos. El espantapájaros llevaba un sombrero negro, una descolorida chaqueta de paño con las mangas llenas de paja, y unos viejos guantes grises de trabajo. La cabeza era de arpillera rellena de paja, atada al cuello con una cuerda. Como ojos le habían pintado unos triángulos negros, y un trazo negro componía la boca, con la sonrisa malvada.

—No podría andar —reflexionó Jupiter—. No es posible.

Oyeron un jadeo. Los muchachos miraron a su alrededor. Una mujer se hallaba en un sendero que cruzaba por entre la fila de eucaliptos. A primera vista parecía salida de un anuncio de algún producto muy caro. Tenía un rostro fino y aristocrático y lucía un elegante conjunto formado por pantalones de seda azul y una blusa también de seda, floreada. Pero una ojeada más atenta dejaba ver su cabello rubio y desteñido, unas facciones cansadas y unos ojos atemorizados.

La mujer miró fijamente a los tres amigos.

—¿Qué has dicho? —le preguntó a Jupe.

—He dicho…

Jupiter iba a hablar con desenvoltura, pero de pronto calló. Le parecía ridículo repetir que el espantapájaros no podía andar, y a Jupiter no le gustaba quedar en ridículo.

—Has dicho que no puede andar —le recordó la recién llegada. Había levantado la voz, con un tono de aspereza, como si apenas

pudiese dominarse—. ¿Qué sabes de este espantapájaros?

—Nada —repuso Jupiter—. Hallamos a un señor en la ciudad, el cual nos contó que por aquí había un espantapájaros que andaba. Nos pareció muy extraño y hemos venido a comprobarlo por nosotros mismos.

—¿Un hombre vio al espantapájaros? —La desconocida tenía una expresión de intensa curiosidad—. ¿Qué hombre? ¿Dónde está?

Jupiter vaciló. Larry Conklin trabajaba para la empresa que era responsable de la seguridad del Museo Mosby. ¿Qué pensarían sus jefes si se enteraban de que Conklin iba pregonando un cuento extraño respecto a un espantapájaros que había visto vagabundear a la hora del crepúsculo?

—¿Y bien…? —se impacientó la mujer.

—Oh, era un transeúnte, nada más —respondió Jupiter—. No lo conocemos. Dijo que vio al espantapájaros cerca de la hacienda Radford.

—¡Lo sabía! —gritó la mujer. Luego echose a reír histéricamente —. ¡Sí, el espantapájaros anda! ¡Anda y ahora ya hay un testigo!

Se llevó las manos a la cara y prorrumpió en llanto.

CAPÍTULO 4

La mujer chiflada

Los muchachos contemplaron asombrados el llanto de la desconocida. No sabían qué hacer. Por fortuna, se calmó rápidamente y miró a los tres amigos con timidez.

—Lo siento —se disculpó—. Pensaréis que estoy loca. Bueno, todo el mundo lo piensa. Pero no lo estoy, ¿verdad? ¡El espantapájaros anda por esta colina!

Jupiter miró con escepticismo al espantapájaros sin patas.

—Bueno, naturalmente no pudo ser este espantapájaros —continuó la mujer—. Quizá sea otro que se le parece.

Jupiter sonrió cautelosamente.

—¿Quiere decir que tal vez este espantapájaros tiene un hermano gemelo?

—¿A quién le importa eso? —exclamó la mujer, airada—. ¡Alguien lo ha visto andar! ¿Queréis acompañarme a casa? Me gustaría que le dijerais a la señora Chumley que yo no veo visiones.

—Apenas podremos decirle nada —se excusó Jupe.

—¡Entonces, fuera de aquí! —se enfureció la mujer—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¡Esto no es asunto vuestro!

—Verdad —asintió Jupiter imperturbable—. Pero un espantapájaros que anda es un misterio muy interesante. Y a nosotros nos gustan los misterios.

El muchacho abrió su cartera, sacó una tarjeta y la entregó a la mujer, la cual leyó:

LOS TRES INVESTIGADORES	
"Investigamos Todo"	
? ? ?	
Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—No lo entiendo —confesó la mujer.

—Somos investigadores privados —le aclaró Jupiter.

—¡No es posible! —exclamó la mujer.

—Pues lo somos —le aseguró Jupiter. Después habló con toda su seriedad—. Como indican los tres interrogantes de la tarjeta, nosotros descubrimos los enigmas más extraños. Y jamás consideramos raras las ideas de los demás. Al menos, nunca antes de investigarlas. Por esto hemos tenido éxito en muchos casos que no han logrado esclarecer otros detectives más convencionales.

—Creo comprender lo que dices —asintió la mujer—. De acuerdo, os contrataré. Venid a casa y decidle a la señora Chumley que el espantapájaros anda y no perderéis nada por la molestia.

Jupiter consultó con la mirada con sus amigos.

—No queremos dinero sólo por repetir el testimonio de un desconocido, ¿verdad, chicos?

—Oh, no —dijo Bob.

—Bueno, vamos entonces —les urgió la mujer.

Anduvo sendero arriba hacia la casa y los Tres Investigadores la siguieron.

—¿Quién es la señora Chumley? —preguntó Pete.

—Era la secretaria de mi madre y ahora cuida de la casa —explicó la mujer—. A propósito, yo soy Leticia Radford. Vivo aquí. A veces. Cuando no estoy en otra parte.

—¿Y usted vio andar al espantapájaros? —quiso saber Jupe.

—Varias veces. Creo que… me está buscando. Al oscurecer. Siempre al oscurecer.

Se hallaban ya al otro lado de los árboles, atravesando el parque.

—No lo ha visto nadie más —prosiguió contando la mujer—. ¡Y todos creen que estoy loca! Piensan que me lo he imaginado.

Se detuvo. En su rostro había una expresión de miedo y disgusto.

—Odio a los espantapájaros. Y a los insectos. ¡Detesto a los insectos!

De pronto se estremeció todo su cuerpo.

—No importa. Vamos, venid y contadle a la señora Chumley lo que me habéis dicho. Quería que fuese a la consulta de un psiquiatra de Beverly Hills. Cree que estoy chiflada.

La señorita Radford atravesó el parque y luego subió varios peldaños de ladrillo que conducían a la terraza situada en un lado de la mansión. Los chicos la siguieron y contemplaron admirados la enorme piscina que ya habían visto desde el camino. Cerca de la piscina habían instalado una mesa para dos personas. Un individuo delgado, de cabello color de arena, con chaqueta blanca, se hallaba junto a la mesa como comprobando que todo estuviese en completo orden.

—Burroughs, ¿dónde está la señora Chumley? —le preguntó Leticia Radford.

—En su habitación, señorita —repuso el sirviente. Tenía acento británico—. La señora Burroughs ha ido a ayudarla. Dijo que…

—No importa, ya está aquí.

Una mujer que llevaba un uniforme negro con un delantal blanco empujó una silla de ruedas a través de una puerta que daba a la terraza. En la silla iba una mujer de unos sesenta años. Su cabellera blanca estaba muy rizada y se había puesto un poco de colorete en las fláccidas mejillas. Tenía las piernas tapadas con una manta de punto.

—Ah, Leticia, ya estás aquí, querida —exclamó la anciana. Sus ojillos vivarachos y muy negros se posaron en los tres muchachos—. ¿Quiénes son esos jovencitos? —indagó.

—Esos muchachos son los Tres Investigadores, señora Chumley —le informó Leticia. Miró la tarjeta que aún tenía en la mano y después se fijó en Jupe—. Supongo que tú eres Jupiter Jones, el Primer Investigador.

—Exacto.

—Y que ese chico musculoso es Pete Crenshaw —prosiguió—, y

que el de las lentes es Bob Andrews, que se dedica a buscar datos.

—Tiene razón —sonrió Bob.

—Encontré a estos muchachos intrigados por el espantapájaros que ese majareta de Woolley instaló en el trigal… ¡y adivine lo que dicen! —exclamó Leticia.

—¿Qué dicen, querida? —inquirió la vieja de la silla de ruedas.

—Estos muchachos sintieron curiosidad porque un hombre al que conocieron en la ciudad vio caminar al espantapájaros.

El tono de Leticia fue de triunfo, pero la señora Chumley apenas pareció cortésmente interesada.

—Quizás a estos chicos les gustaría quedarse a tomar el té y contarnos todo el asunto —invitó la anciana—. Burroughs, ¿quiere poner tres sillas más?

—Sí, señora —asintió el sirviente de la chaqueta blanca.

Él y la señora Burroughs entraron en la casa, y la señora Chumley maniobró su silla hacia la mesa del té.

—De modo que habéis encontrado a un individuo que vio andar al espantapájaros —les dijo a los muchachos—. ¡Qué extraño! Sentaos y contárnoslo todo.

Jupiter tomó asiento junto a la señora Chumley.

—Sí, es muy extraño —repitió. No tuvo tiempo de añadir nada más, puesto que Charles Woolley subía por la escalerilla hacia la terraza. Sus pupilas, detrás de las gruesas gafas, estaban fijas en los muchachos, en expresión acusadora.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el profesor.

—Estábamos a punto de tomar el té, doctor Woolley —replicó Leticia con frialdad—. ¿Deseaba algo?

Woolley dio dos pasos al frente.

—¡Vosotros y vuestra furgoneta estropeada! —les gritó a los tres amigos—. ¡Mentisteis! Sólo queríais una excusa para entrar en mi laboratorio y… y…

El profesor calló, sin saber qué debía añadir.

—Para entrar en su laboratorio… ¿y hacer qué? —le animó Jupiter—. Hicimos una llamada telefónica, nada más. Luego cosa extraña, encontramos a un individuo que afirmó haber visto andar a ese espantapájaros. Y tenemos entendido que también lo ha visto la señorita Radford, aunque afirma que es la única de por aquí que lo ha visto. ¿Es verdad eso, doctor Woolley?

Charles Woolley no contestó y se le enrojecieron las mejillas.

—¡Usted también lo ha visto! —proclamó Leticia. Se aproximó al profesor—. Lo ha visto, ¿verdad?

—Pues… realmente vi algo —admitió el profesor con desconsuelo—. Fue la noche que llamé a la policía, la noche en que alguien entró en mi laboratorio. Capté la visión de algo que parecía un espantapájaros.

—¡Pero usted aseguró que sólo era un intruso! —protestó Leticia.

—No quería asustarlas —contestó Woolley—. Además, ya tenía bastantes problemas con la policía. El jefe Reynolds vino de Rocky Beach con el policía que respondió a mi llamada, y tendrían que haber visto su expresión cuando les dije que un espantapájaros había entrado en mi laboratorio, me había pegado en la cabeza y me había robado un frasco lleno de hormigas.

Leticia se echó a reír.

—¡Qué maravilloso! —exclamó—. ¡El jefe pensó que usted estaba loco! ¿Pero por qué no me lo contó a mí? Todos los de esta casa han creído que yo estaba perturbada. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Cómo ha podido ser tan cruel?

—He de considerar mi reputación de científico —repuso Woolley con enojo—. No puedo verme envuelto en esas tonterías. ¡Estoy enfrascado en una investigación de suma importancia!

—¡Oh… oh…! —gimió Leticia—. ¡Usted me repugna!

Dio media vuelta y echó a correr hacia la casa. La señora Chumley, muy preocupada, la siguió con la mirada.

Woolley suspiró.

—¡Que Dios me libre de las mujeres histéricas! —murmuró. Se volvió hacia los muchachos—. No habéis explicado todavía por qué estáis aquí.

—Estábamos examinando el espantapájaros —explicó Jupiter—. Como usted me confundió esta mañana con uno, pensamos que valía la pena investigar.

—Esta mañana fuisteis unos intrusos —les acusó el profesor—. Y ahora habéis venido a meter las narices donde nadie os llama.

—Si sospecha de nosotros, ¿por qué no llama al jefe Reynolds? —sugirió Bob—. Nos conoce mucho.

—Lo haré —asintió Woolley. De repente levantó la voz—.

¡Burroughs, tráigame un teléfono!

Un momento más tarde apareció el mayordomo con un teléfono. Lo enchufó al lado de la puerta, le entregó el aparato a Woolley y volvió a desaparecer en el interior de la casa. Woolley no tardó en estar conversando con el jefe Reynolds de Rocky Beach.

—Aquí Charles Woolley. Le llamo desde la mansión Radford. Tres chicos han estado yendo y viniendo todo el día por aquí, examinando a mi espantapájaros y me pregunto si…

Calló unos segundos para escuchar.

—Sí, uno de ellos es bastante gordo —afirmó.

Hizo otra pausa y miró a Jupe.

—¿Tú eres Jupiter Jones? El chico asintió. Charles Woolley volvió a hablar por el aparato.

—Sí, es Jupiter Jones.

Escuchó de nuevo, le dio las gracias al jefe de policía y colgó.

—El jefe Reynolds me pide que os comunique que no debéis meteros en líos —informó a los chicos—. Aunque ha añadido que no sois peligrosos. En realidad, cree que sois buenos muchachos. Pero yo no estoy tan seguro de ello.

En aquel instante se oyó un alarido dentro de la casa. Fue un grito muy alto que duró… duró… duró…

—¡Dios mío! —gritó también la señora Chumley—. ¡Es Leticia! ¿Qué ocurre ahora?

CAPÍTULO 5

Un susto espantoso

Woolley y los Tres Investigadores hallaron a Leticia Radford acurrucada contra una pared del pasillo de arriba.

—¡Hormigas! —chilló, señalando la puerta—. ¡Allí! ¡Millones de hormigas!

—¡Pobre de mí! —exclamó Woolley.

Abrió la puerta y él y los muchachos se encontraron en una salita. Más allá se veía un gran dormitorio cuadrado con una cama de columnas. Y en la cama, correteando de un lado a otro ¡había centenares de hormigas!

Woolley se paró en seco y miró la cama como sin saber qué hacer.

—¡Señora Burroughs! —gritó Leticia desde el pasillo—. ¡Traiga un insecticida, por favor! ¡Deprisa!

—¿Es posible que sean éstas las hormigas que le robaron? —preguntó Jupe.

Woolley anduvo unos pasos y observó a las hormigas de la cama.

—Podrían serlo —admitió.

—¡Ya voy! ¿Qué pasa aquí? —inquirió una voz cálida a espaldas de los muchachos.

Éstos dieron media vuelta.

En el umbral se hallaba la señora Burroughs. En la mano sostenía un frasco de insecticida. Leticia se asomó a la habitación por detrás del ama de llaves.

—Apártense, por favor —pidió la señora Burroughs—. Ahora mismo daré buena cuenta de estos bicharracos.

La señora Burroughs poseía un aire de gran confianza, y su pronunciación era bastante vulgar, muy propia de los barrios bajos de Londres. Avanzó con determinación y empezó a rociar a las

hormigas con el insecticida.

—No tema, señorita —le aconsejó a Leticia—. Mataremos a todos esos bichos y luego cambiaré las sábanas, de manera que usted podrá dormir cómodamente, como si nada hubiese ocurrido.

Leticia miró fijamente a Woolley.

—¡Usted tiene la culpa! —le acusó—. Antes de que usted llegase con sus cámaras y sus frascos llenos de hormigas, aquí nunca habíamos tenido insectos de ninguna clase.

—Mi querida Leticia —repuso el profesor—, las hormigas ya pululaban por la colina antes de mi llegada. En cuanto a entrar en esta casa…

—No entraron —intervino Jupiter—. Las trajeron.

Se agachó y recogió un frasco que había caído, quedando parcialmente debajo de la cama. Dentro todavía quedaban algunas hormigas.

—¿Es suyo? —le preguntó a Woolley.

El científico asintió.

—Parece el mismo que la otra noche me robó el espantapájaros —opinó.

Jupiter sonrió maliciosamente.

—¡Un espantapájaros ladrón! Tanto mejor. Este caso se está poniendo muy interesante.

—¡No tienes por qué estar tan contento por esto! —le reprochó Leticia Radford. En sus pálidas mejillas había unas manchitas coloradas, señal de irritación—. ¡Podéis marcharos! ¡Y usted también, doctor Woolley! ¡Y llévese sus horribles hormigas! ¡Esta noche llamaré a mi hermano y haré que mañana mismo le eche de aquí!

—Bueno, bueno —terció la señora Burroughs, como si quisiera consolar a una niña.

Dejó el insecticida a un lado, levantó la colcha de la cama y la dobló sobre las hormigas muertas. Luego, le entregó la colcha llena de hormigas a Woolley.

—Llévese esto —le dijo—. Muy lejos de aquí. Más tarde ya averiguaremos quién lo hizo.

Woolley, tímidamente, cogió la colcha y se marchó. Los Tres Investigadores le siguieron hasta el vestíbulo de la planta baja. El científico se detuvo y miró a los chicos.

—Por lo visto ya estáis fuera del caso. Espero que a mí no me impidan seguir adelante con mi trabajo. Leticia siempre está despidiendo a la gente por un motivo u otro. Pero la mitad de las veces se olvida de ello tan pronto como se tranquiliza. Ya veremos si esta noche llama a su hermano.

Se encogió de hombros y se encaminó a la puerta, acarreando la colcha llena de hormigas muertas. Los muchachos atravesaron el vestíbulo y salieron a la terraza. La señora Chumley seguía allí, tomando su té, tan tranquila, como si una invasión de hormigas fuese cosa de todos los días. Los investigadores alegaron que no podían quedarse a tomar el té. La señora Chumley les miró cortésmente apenada y les dijo adiós.

Los tres amigos regresaron a Rocky Beach justo a tiempo de cenar. Ya no tuvieron ocasión de comentar los extraños acontecimientos del día hasta que a la mañana siguiente se reunieron todos en el taller de Jupiter.

Se hallaba en un rincón del «Patio Salvaje», disimulado con montones de chatarra bien dispuestos. Así quedaba al abrigo de la intemperie, especialmente gracias a un tejadillo que daba la vuelta al perímetro del patio, y protegía artículos muy valiosos. El taller contenía la prensa de imprimir que Jupe había reparado con viejas piezas del patio. También había un torno, una sierra y una taladradora, junto con la silla giratoria de Jupiter y el banco de trabajo.

Jupe se hallaba sentado en la silla, mirando al vacío, cuando Bob y Pete entraron en el taller.

—¿Estás pensando en el espantapájaros? —sonrió Bob.

—¿Vosotros no? —replicó Jupe.

—Seguro. Y en las hormigas. ¿Quién pudo querer robar un puñado de hormigas y ponerlas en la cama de la señorita Leticia?

—Alguien que odia a Leticia —opinó Pete—. Claro que es fácil que a alguien no le guste. Tiene bastante mal carácter.

Pete calló de pronto. Sobre la prensa de imprimir brillaba una luz a intermitencias, lo cual indicaba que en su puesto de mando sonaba el teléfono.

El puesto de mando de los jóvenes detectives era un viejo remolque que no estaba lejos del taller de Jupe. Se hallaba oculto a la curiosidad general por montones de chatarra inservible. Tío Titus

les había regalado el remolque que no estaba lejos del taller de Jupe. Se hallaba tan invisible que había acabado por olvidarse del mismo. Los Tres Investigadores procuraban no recordárselo.

—¡Ajá! —exclamó Jupiter al ver la luz—. Ya pensé que alguien nos llamaría esta mañana.

Pete pasó detrás de la imprentilla y apartó a un lado la rejilla de hierro que cubría la abertura seccional de una tubería de ancho diámetro. Seguido por los demás, se arrastró por el interior de la tubería, que estaba forrada con pedazos de estera. Aquél era el túnel dos, uno de los pasadizos secretos que desembocaban en el remolque. El túnel pasaba por debajo de unas vigas de hierro oxidadas, hasta llegar a una abertura hecha debajo del remolque.

El teléfono aún llamaba. Pete, tras escuchar, sonrió.

—No, soy Pete —dijo—, pero están también Jupe y Bob. Volvió a escuchar y respondió:

—Ya veré.

Tapó el micrófono con la mano.

—¡Adivinad quién es! —exclamó.

—Leticia Radford —repuso Jupiter—. Desea que descubramos quién la persigue disfrazado de espantapájaros y quién puso las hormigas en su cama.

—Hasta un genio puede equivocarse —rió alegremente Pete—. Es el profesor Woolley, y quiere que descubramos quién persigue a Leticia y quién puso las hormigas en su cama. Pide que vayamos a verlo. El jefe Reynolds le dio este número de teléfono.

—¡Bien, bien, bien! —exclamó Jupiter—. ¡Al final tenemos entre manos un nuevo caso! Yo puedo ir. ¿Y tú, Bob?

El aludido asintió.

—¡Ahora vamos a su casa! —gritó Pete por el teléfono.

CAPÍTULO 6

Una bomba de relojería

Menos de una hora más tarde los Tres Investigadores se hallaban en el granero pintado de rojo de la hacienda Radford.

—Anoche, Leticia no llamó a su hermano —anunció Woolley con alivio. Estaba sentado en un taburete y tenía los codos apoyados en una mesa donde se veían bien colocados unas llanas, unos alicates y unos fórceps. Claro que Chester Radford seguramente no le habría hecho caso. Pero estuve meditando y… en fin, no puedo seguir ignorando por más tiempo ese asunto del espantapájaros. No sólo es un problema de Leticia sino también mío. Alguien utiliza mis hormigas para asustarla. Y no puedo permitir que alguien malogre o perturbe mi labor investigadora.

—Es verdad —asintió Jupe.

—Esta mañana llamé al jefe Reynolds —continuó el profesor—, y le conté el incidente de ayer con las hormigas. También le dije que Leticia había visto andar al espantapájaros varias veces. El jefe no se lo tomó muy en serio. Piensa que se trata de unos chiquillos que quieren gastarnos una broma. Luego añadió que se trata de un caso perfecto para vosotros.

—¿Y usted qué opina? —quiso saber Jupiter—. ¿Que unos chiquillos desean gastarnos una broma?

—No hay chiquillos por aquí —repuso Woolley con gravedad—. La mansión Radford y el Museo Mosby son los dos únicos edificios en dos kilómetros a la redonda. Ya conocéis a todos los que viven en la mansión. En el museo está Gerhart Maiz, que es el encargado, y un par de guardas que trabajan también como ayudantes y que todas las tardes se marchan a casa a las cinco en punto. Maiz vive en el museo, pero no es un tipo aficionado a las bromas.

—Ya entiendo —asintió Jupe—. Muy bien. Si desea que los Tres Investigadores lo acepten a usted como cliente, será mejor que

empiece por el principio y nos cuente todo lo que sepa del caso. Tal vez sea muy sencillo identificar al espantapájaros para un extraño, alguien que no esté involucrado emocionalmente en el caso.

Bob sacó una libreta y un bolígrafo del bolsillo y se dispuso a tomar notas.

—Bien, yo soy el responsable del espantapájaros —empezó el profesor. Me refiero al de la valla. Lo hice con unas ropas viejas que la señora Burroughs halló en el ático de la mansión. También planté el trigal, para estar seguro de que a las hormigas no les faltaría comida. No tenéis idea de qué modo los trigales y otros campos de cereales atraen a los insectos.

—Me lo figuro —dijo Pete.

—Como ya os conté, vine aquí por las hormigas. Sólo ellas me interesan. No paso mucho tiempo en la mansión, por lo que no tengo muchas relaciones con sus habitantes. Aparte de los fondos proporcionados por Chester Radford, puedo utilizar el granero como laboratorio, y estoy, como inquilino grato, en el pabellón para invitados que hay en el parque.

—¿Un pabellón para invitados? —se interesó Jupe—. ¿Dónde está?

—Es una casita que se halla a cierta distancia de la casa principal —explicó Woolley—. Más arriba de la colina. Ayer no la visteis. Entre la casita y la mansión hay una fila de robles.

—Una situación estupenda —ponderó Jupe—. Ahora comprendo por qué usted no quiere irse de aquí.

—Naturalmente —confesó el profesor—. Tengo un permiso de mi facultad de la Universidad de Los Ángeles, y sería una tontería abandonar mi tarea aquí. Colaboro con el profesor William Taylor, una eminencia científica. No, no quiero abandonar este trabajo. Todo iba bien… hasta que Leticia volvió a su casa.

Bob levantó la vista.

—¿Estaba fuera cuando usted vino aquí? —inquirió.

—Sí. Yo llegué en mayo y Leticia apareció en junio. Probablemente no conocéis a Leticia, pero es una perpetua turista. Se pasa casi todo el año en Europa. Pero, cuando tiene algún lío masculino, vuela a su casa.

—Cuando tiene ¿qué? —quiso aclarar Pete. Woolley sonrió.

—Leticia es famosa por sus amoríos. Ha estado prometida varias

veces, pero no se casa. Su compromiso siempre se rompe. Ocurre algún trastorno… y ¡zas! Entonces, viene a esta mansión de los montes de Santa Mónica a descansar y a curarse su corazón maltrecho. Ahora intenta olvidar a un conde húngaro, que hizo un poco el oso.

Todos rieron el chiste y el profesor continuó:

—A Leticia no le gustan los insectos, y estoy seguro de que lo habéis observado. Por esto se sintió profundamente disgustada cuando me encontró en su propiedad estudiando las hormigas. Y, cuando vio andar al espantapájaros, lo relacionó conmigo, sin duda por haber colocado uno en la valla.

—¿Lo ha visto a menudo? —quiso saber Jupiter.

—Cinco veces. Y la pone frenética. Una vez, le tiró unos insectos y la señora Chumley creyó que se había vuelto loca. Claro está, nadie creyó que hubiese visto andar a un espantapájaros. La señora Chumley insistió en que fuese a visitar a un psiquiatra de Beverly Hills, pero puesto que lo del espantapájaros es verdad, poco podría ayudarla un médico.

—Háblenos de la señora Chumley —propuso Jupe—. Actúa como si…

—… si fuera la verdadera dueña de la casa —concluyó Woolley —. Seguro. Fue la secretaria social de la señora Harrison Radford, madre de Leticia. La señora Radford falleció hace varios años, mucho después de morir su marido, y por entonces la señora Chumley sufrió un accidente. Cayó a la piscina que estaba en reparaciones, por lo que se hallaba vacía. Se rompió las dos caderas. Las fracturas no se cerraron debidamente, por cuyo motivo se ve confinada a la silla de ruedas.

—¿Y el matrimonio Burroughs? —inquirió Jupiter.

—Son nuevos en la casa. La señora Chumley los contrató en febrero. Y nada más. No hay más sirvientes. Bueno, están los jardineros, pero sólo vienen dos veces por semana. Lo mismo que el cuidador de la piscina. Gerhart Maiz, el encargado del museo, viene de cuando en cuando a jugar al ajedrez con la señora Chumley, pero no puedo imaginar que sea un tipo peligroso. Alguien está queriendo asustar a Leticia, y no sé por qué. Ella me echa a mí las culpas y, si consigue que me echen de la propiedad… bueno, tal vez llegue a lamentarlo.

—¿A lamentarlo ella, doctor Woolley? —se extrañó Jupiter—, ¿a qué se refiere?

—Me refiero a que ignoro muchas cosas de las hormigas que hay aquí. ¿Pertenecen a una nueva subespecie? ¿Constituyen una nueva clase de mutantes? Una cosa es segura: forman un ejército y pueden comerse cualquier cosa viva.

El profesor miró gravemente a los Tres Investigadores antes de añadir:

—Eventualmente, las colonias de hormigas de esta colina se dividirán. Las jóvenes reinas abandonarán la colonia madre y se llevarán consigo hormigas obreras para fundar una nueva colonia. Y cuando esto ocurra quiero estar aquí. Quiero saber cuántas colonias fundarán y cómo crecen… y en qué tiempo. ¿Hasta dónde emigrarán? Vosotros no habéis visto ninguna emigración de hormigas, pero tenéis que imaginar una procesión de un metro de anchura, ondulando por la tierra, devorando cuánto hallan al paso. Quizá lleguen a invadir edificios…

—¿Podrían resultar… peligrosas? —preguntó Pete.

—Es posible. Esas hormigas —repuso Woolley— ya se han comido a varios animalitos, como topos y ratones. Son hormigas antropófagas. A veces hallo diminutos esqueletos en la colina, invadidos aún por las hormigas. Cuando terminan, sólo quedan los huesos.

—Dicho de otro modo —razonó Jupe—, que son como una especie de bomba de relojería. ¡Una bomba de relojería llena de hormigas!

—Exactamente —puntualizó el profesor.

Por la puerta abierta del laboratorio se coló un sonido indefinible. Los muchachos miraron a su alrededor.

En el umbral se perfilaba Leticia Radford. Componía una figura muy elegante con su vestido blanco… salvo que tenía los ojos desmesuradamente abiertos por el terror.

—¡Horrible! —gritó—. ¡Esto es horrible! ¡Unas hormigas antropófagas en mi casa! ¡No puedo resistirlo!

Y se echó a llorar.



CAPÍTULO 7

Un cuento de terror

—Leticia, ¿no has pensado en dejarte de histerismos para variar? —la recriminó Charles Woolley. Le ayudó a sentarse en un taburete, cerca de la mesa y le dio una cajita de servilletas de papel—. Vamos, sécate los ojos como una chica buena y tranquilízate. Te prometo que, mientras yo esté aquí y las vigile, estas hormigas no te harán nada. Estos chicos intentarán ayudarnos en el problema del espantapájaros.

La joven cogió una servilleta y se secó los ojos.

—¿Ayudarnos, cómo? —preguntó muy sorprendida—. ¿A quiénes? ¿A usted y a mí?

—Naturalmente. Nosotros somos los perseguidos —indicó el científico—. El espantapájaros surge de las sombras ante ti, y a mí me pegó en la cabeza y me robó las hormigas. Bien, tenemos que actuar de algún modo.

Leticia hipó un poco.

—De acuerdo —dijo después—, pero esos chicos… ¡sólo son unos niños!

—¿Te gustaría acudir a un detective privado y contarle que un espantapájaros te persigue? —se burló Woolley—. Supongo que le encantaría quedarse con tu dinero, por poco pillo que fuera, sin hacer nada.

—No me gustaría —reconoció Leticia—. Pensaría que estoy loca.

—Pero yo sé que no lo estás, Leticia —replicó el profesor—. Recuerda que el espantapájaros me golpeó en la cabeza.

Leticia se puso a temblar.

—¡Espantapájaros! —exclamó—. ¡Oh, es horrible! ¡Todo sucio y lleno de arañas!

—¿Lleno de arañas? —interesose Jupiter—. Todo el mundo piensa que los espantapájaros están llenos de paja.

—Bueno, sí, también —admitió Leticia—. Pero las arañas viven en la paja. Lo sabríais si os hubiese caído encima uno. Me ocurrió de niña. El día de Todos los Santos fui con mis padres a comprar una calabaza en una granja del valle. En la empalizada había un espantapájaros. Quise ver cómo era de cerca. Me subí a la valla y el espantapájaros…

—¿Le cayó encima? —terminó Jupiter.

—Fue terrible —asintió ella—. Estaba muy sucio. Debía llevar en aquella valla un millón de años. Al caer se rompió… y saltaron muchas arañas… Estaba lleno de nidos de arañas. Corretearon por mi cara y mi cabello… ¡Ajjj! Aún hoy no quiero pensar en ello.

—Hum… —murmuró Jupiter—. Y naturalmente, desde entonces, a usted le asustan extraordinariamente los espantapájaros y las arañas.

—No me gusta ninguna clase de insecto —puntualizó Leticia.

Miró a su alrededor con asco, dándose cuenta de que se hallaba en el laboratorio del profesor.

—Ya comprendo por qué no te gusta que viva aquí —rezongó Woolley—, pero créeme. No quisiera hacer nada que te asustara. ¿Qué ganaría yo con ello?

—¿Qué puede ganar nadie? —replicó Leticia—. Yo no me meto con nadie. No hago mal a nadie. Sólo intento vivir tranquila en la casa que es mi verdadero hogar… ¡Y no puedo! ¡Un espantapájaros me está volviendo loca!

Parecía estar a punto de echarse a llorar otra vez. Jupiter habló rápidamente.

—Señorita Radford, seamos lógicos. Sea quien sea el que pretende asustarla, debe conocer su aversión a los espantapájaros. ¿Cuánta gente lo sabe?

Leticia jugueteó unos instantes con sus pendientes de oro y meditó unos segundos.

—No es ningún secreto. Pueden saberlo muchos. Naturalmente, lo sabe la señora Chumley. Estaba con nosotros el día en que… me cayó uno encima. Y vio las arañas. ¡Pero es una tontería pensar que la señora Chumley pueda ser el espantapájaros! Siempre ha sido buena conmigo. Y hace cinco años que no abandona la silla de ruedas más que para meterse en cama. Y aun entonces tienen que ayudarla.

—¿Y el matrimonio Burroughs? —preguntó Jupe—. ¿Lo sabían antes de que empezase el… asunto?

—Supongo que sí. Es posible. Poco después de trabajar para nosotros, yo me hallaba viendo la televisión en el salón con la señora Chumley, y en el programa dieron la película *El mago de Oz*. Me vi obligada a cambiar de canal. No pude asistir a la proyección de aquella película, a pesar de que el espantapájaros que sale lo interpreta Ray Bolger. Recuerdo que los Burroughs estaban presentes cuando empezó la película. Yo le dije a la señora Chumley que los espantapájaros me asustaban mucho. Tal vez ella contara más tarde a los Burroughs lo que me ocurrió hace años, cuando era niña.

—La señora Chumley me lo contó a mí —confesó el profesor—. Dijo que era una vergüenza que todavía te asustase el espantapájaros de *El mago de Oz*.

—Aquel día también estaba en casa Gerhart Maiz —agregó Leticia—. Ahora lo recuerdo. Viene a menudo a ver a la señora Chumley, de manera que también debe estar enterado de mis miedos.

—¿Y todo esto pasó antes de que usted viese el espantapájaros por primera vez? —quiso aclarar Jupe.

—Sí. Era la primera semana que yo estaba en casa. Sólo… quería descansar y no preocuparme por nada. En Europa… tuve un gran trastorno.

Calló y Jupiter se acordó de su compromiso roto. ¿Cuántos años tendría Leticia? En torno a sus labios había unas arruguitas, y en sus ojos se notaba el cansancio. No era muy joven, parecía crónicamente desdichada.

—Unos días después de la proyección de aquella película —prosiguió Leticia estremeciéndose—, me fui una tarde en el coche a dar un paseo por la costa. El… esa cosa estaba en el asiento de atrás. Lanzó una terrible risa gutural y se levantó. Yo poseo un descapotable, por lo que la figura pudo moverse con agilidad. Abrió los brazos y… de pronto sentí unos insectos en mis cabellos y en la falda. Hormigas no. Eran esos horribles bichitos que están debajo de las piedras. Son negros y miden unos dos centímetros, y parecen llevar unos goznes como tanques blindados.

El profesor y los Tres Investigadores asintieron, animándola a

continuar.

—Chillé y el espantapájaros saltó del coche. ¡Cuando los Burroughs salieron al porche ya había desaparecido!

—¡Oh, qué susto! —murmuró Pete, muy pálido.

—Enorme —admitió Leticia.

—De modo que está claro que el falso espantapájaros conocía sus dos temores —razonó Jupiter—. Pudo saberlo por cualquiera de la casa o por Gerhart Maiz. Háblenos del señor Gerhart.

Leticia se encogió de hombros.

—No hay mucho que decir. Lleva muchos años como encargado del museo Mosby. Ya estaba allí antes de que el señor Mosby falleciese y ahora vive en la casa Mosby y… y esto es todo lo que sé.

—No es mucho —comentó Bob, que estaba tomando notas.

Jupe miró a Woolley, quien movió la cabeza con pesar.

—A mí que me registren —exclamó—. Apenas me he fijado en ese individuo.

Leticia arrugó la frente en señal de concentración.

—Realmente no se sabe mucho de Gerry. Estuvo en el Instituto Artístico Graham de Los Ángeles y luego entró a trabajar a las órdenes del señor Mosby. Ahora vive en el museo y tiene a su cargo a los dos hombres que trabajan allí durante el día. Se dedica a obras de restauración de los cuadros y demás objetos de la colección, y enseña las galerías a los visitantes. Antes de ir, los visitantes tienen que quedar citados, a fin de no interrumpir continuamente su trabajo. Creo que es un empleo excelente.

—¿Tiene familia? —quiso saber Jupe.

—No —repuso Leticia—. Jamás le he oído hablar de nadie.

—Soltero, ¿eh? —comenté Jupe—. ¿En qué ocupa su tiempo libre?

—En poca cosa. Juega al ajedrez con la señora Chumley, nada más —Leticia se animó ligeramente—. Pensándolo bien, hoy vendrá a almorzar y luego, él y la señora Chumley jugarán al ajedrez. Venid también vosotros a comer.

Jupiter asintió.

—Gracias, nos gustará conocerlo. Tendremos que conocer a todos aquéllos a los que usted, señorita Leticia, ve con regularidad. ¡Porque la persona que intenta asustarla es, casi con toda seguridad, alguien a quien usted conoce!

CAPÍTULO 8

El cofre del tesoro

El almuerzo lo sirvieron en el comedor de la mansión Radford. La señora Chumley presidió la mesa desde la cabecera, y la señorita Leticia ocupó el otro extremo. Gerhart Maiz se sentó a la derecha de la señora Chumley, y habló mucho sobre el museo Mosby.

—Tenemos un cuadro del gran pintor Vermeer de gran calidad —les dijo a los muchachos.

Tenía unas pupilas azules detrás de sus lentes con montura de oro, y su cabello, cortado muy corto, era tan rubio que parecía blanco. Su tez tenía un tinte rubicundo, y en sus mejillas se transparentaban las venillas, así como en el puente de su nariz.

—Vermeer fue una maravilla —continuó—. Uno de los mejores pintores holandeses. A la señora Chumley le gusta mucho. ¿No es cierto, señora Chumley?

La mujer de la cabecera de la mesa asintió con gravedad.

—La señora Chumley posee una copia de nuestro Vermeer —explicó Maiz—. Se titula *Mujer con una rosa,* y fue realizada por un estudiante, me refiero a la copia, claro. Nosotros permitimos que los jóvenes que desean aprender las técnicas de los viejos maestros acudan a las galerías y copien las pinturas famosas. Naturalmente, han de pedir el permiso por anticipado, y sus copias no pueden tener las mismas medidas que los originales.

—Mi copia del Vermeer es mayor que el original —intervino la señora Chumley—. A no ser por esto, nadie sabría diferenciar un cuadro del otro.

Terminó su almuerzo y dejó la servilleta encima de la mesa.

—¿Queréis ver mi cuadro, muchachos? —preguntó.

Maiz no aguardó la respuesta. Apartó la silla de ruedas de la mesa. Leticia y los muchachos les siguieron hasta un saloncito cuyas ventanas daban al parque, por detrás de la casa. Por una puerta

abierta, los chicos vieron que el saloncito formaba parte de una especie de apartamento, con un dormitorio adyacente.

—Éste fue el apartamento de mi madre —explicó Leticia—. Siempre me ha gustado. Cuando el fuego está encendido es muy acogedor.

—Bueno, querida —terció la señora Chumley—, ya sabes que yo no debería estar aquí. En el ala de los criados hay un dormitorio libre. Puedo llevar allí mis cosas.

—No sea tonta, señora Chumley —replicó Leticia—. No tiene por qué trasladarse.

La anciana indicó el cuadro que colgaba encima de la enorme chimenea.

—Ésta es la copia del Vermeer.

Los muchachos la estudiaron en silencio. Era el retrato de tamaño natural de una joven ataviada con un vestido azul y un gorrito de encaje. Estaba asomada a una ventana y en la mano sujetaba una rosa amarilla.

—Es precioso, ¿verdad? —inquirió Maiz.

La señora Chumley hizo girar su silla de ruedas.

—Esta tarde no irá ningún visitante al museo —le dijo al encargado—. ¿Por qué no lleva a los muchachos para que den una vuelta por las galerías?

—Encantado —asintió Maiz—, pero yo había venido a jugar al ajedrez, ¿se acuerda?

—Jugaremos más tarde.

—Muy bien —convino Maiz—. ¿Queréis ver nuestros tesoros, muchachos?

—¡Seguro! —exclamó Jupiter—. Mis tíos estuvieron en el museo hace unos años, cuando todavía vivía el señor Mosby. Mi tía todavía lo recuerda como una deslumbrante maravilla.

Maiz miró a Leticia.

—¿Quiere venir usted? —le propuso.

—No, gracias. He visto ese museo más de un millón de veces.

—Entonces, no tardaremos en volver —prometió Maiz, ignorando la aspereza de Leticia.

Luego se fue con los muchachos al otro lado del sendero hacia el edificio sin ventanas que albergaba la excelente colección de arte del difunto Mosby.

—Existen muchos cofres y cajas de seguridad en los bancos que no están tan seguros como en esta casa —explicó Maiz.

Llamó al timbre y un guarda les cedió el paso. Dentro había un vestíbulo cuadrado y vacío, salvo por varias vitrinas y un antiguo tapiz que mostraba una doncella leyendo en una campiña florecida.

—Cada aspecto de este edificio contribuye a la seguridad de las obras de arte —iba explicando Maiz—. Ya habéis visto que no hay ventanas. El sistema de alarma fue fabricado especialmente para nosotros. Durante el día hay unos guardas, sólo porque es entonces cuando vienen los visitantes. La iluminación es exactamente igual a la luz del día, pero no arroja sombras ni produce calor que pueda desteñir o agrietar las superficies antiguas, como hace la luz del sol. Tenemos controlada la humedad y la temperatura es constante durante las veinticuatro horas del día. Este edificio es el sueño de un encargado de obras de arte.

Maiz empezó a enseñarles a los admirados muchachos el extraño edificio. En la planta baja había habitaciones decoradas con maderas procedentes de castillos europeos. Había vitrinas llenas de antigüedades de plata y oro, viejos jarrones de cristal y libros bellamente iluminados.

—¿Y los famosos cuadros? —se interesó Jupiter.

—Arriba —dijo Maiz.

A continuación, condujo a los tres amigos hacia una escalinata que daba dos vueltas junto a una pared asombrosamente angular. En la escalera había dos anchos rellanos, y en uno había un antiquísimo reloj de pared.

También había unas mesas de mármol contra las paredes del último rellano. Encima de cada una había un objeto exquisito.

—Aguardad y ya veréis —les prometió Maiz. Se detuvo al lado de la mesa—. Son casi las dos. Ahora, observad los prismas que cuelgan de estos candelabros.

Los muchachos miraron fijamente los candelabros de plata de la mesa. El reloj de pared de la escalera dio la hora… y los prismas de los candelabros se movieron.

—Me gusta esto —sonrió Gerhart Maiz—. Los prismas están tan bien equilibrados que vibran cuando suena el reloj. Están sincronizados con éste. Los candelabros son una adquisición reciente. Los compré el año pasado. Naturalmente, con la

aprobación de la junta rectora.

Continuó caminando y los muchachos le siguieron a una sala que contenía un pequeño escritorio de madera coloreada, una butaca delicadamente trabajada y un cuadro.

—¡Canastos! —exclamó Pete.

Era el original del cuadro que habían admirado en el salón de la señora Chumley.

—Es el mismo cuadro y no obstante es diferente —reconoció Bob, estudiando el retrato de la joven con la rosa en la mano.

—La diferencia estriba, claro está, en que este cuadro lo pintó Vermeer —explicó Maiz—. La copia es excelente… pero no es más que una imitación. Le falta el toque del maestro.

Los muchachos callaron unos instantes. De pronto, Bob preguntó algo extrañado:

—Pues parece nuevo. ¿Verdad que Vermeer vivió hace mucho tiempo?

—Hace más de trescientos años —replicó Maiz—. Este cuadro es, probablemente, de 1660. Cuando lo adquirió el señor Mosby, tenía varias capas de barniz y presentaba un tono pardusco. Yo le quité todo el barniz y surgió este color tan fresco.

—Debió ser muy difícil quitarle el barniz, ¿verdad? —quiso saber Pete.

—Limpiar o restaurar un cuadro es un verdadero arte —asintió Maiz—. Pero tiene sus recompensas. En la sala contigua hay varios Rembrandt que estaban amarillentos, con grandes sombras negras. Yo los limpié y ahora ofrecen un colorido lleno de vida. Venid, os los enseñaré.

Al salir al pasillo, Jupiter olió con fuerza.

—Huelo a algo aceitoso —murmuró—. ¿Es por lo que usted usa en sus restauraciones?

—Seguramente se trata de olor a pintura o alguno de los disolventes que yo empleo en los cuadros —razonó Maiz—. Tengo el taller en el tercer piso. No está abierto a los visitantes… ni siquiera a los especiales como vosotros. Yo vivo en el tercer piso.

Bob miró en torno suyo.

—Aquí debe sentirse completamente solo. Todo está tan quieto.

—A veces sí resulta solitario —contestó Maiz—. Tengo un apartamento en Santa Mónica y, cuando esta quietud me hastía, me

marcho allí. Pero en conjunto, disfruto estando solo.

Maiz se dirigió a la galería contigua a la del Vermeer, y allí los muchachos admiraron los Rembrandt restaurados por el encargado del museo: un paisaje y un retrato de mujer. Luego, pasaron de una sala a otra. Había cuadros de Rubens y Van Dyke y otros grandes maestros… y muchos de artistas menos conocidos.

Al cabo de más de media hora Maiz les anunció que la visita había terminado. Condujo a los muchachos abajo hasta la puerta. El guarda ya no estaba en el vestíbulo, por lo que Maiz cerró la pesada puerta a sus espaldas. Luego, mediante una llave activó el sistema de alarma. Después, él y los chicos empezaron a cruzar el sendero en dirección a la mansión Radford.

Se hallaban en el centro del sendero cuando empezó el alarido, que destruyó la paz de aquella tarde de verano. El chillido, agudo y penetrante, duró… duró…

—¡Otra vez no! —gimió Pete, echando a correr.

CAPÍTULO 9

El misterioso observador

Pete y Bob atravesaron el parque y subieron precipitadamente la escalerilla de la terraza.

—Es Leticia otra vez —concluyó Maiz con tono cansado, en tanto él y Jupiter seguían más despacio a los otros.

Leticia se hallaba al borde de la piscina, descalza y con un bañador mojado. Agarraba una toalla de baño y aún chillaba.

—¡Cállate, Leticia! —le ordenó la señora Chumley.

Jupe miró a todas partes, mas por lo que alcanzó a ver no había nada peligroso ni cerca ni lejos. Sin embargo, Leticia continuaba gritando.

La señora Burroughs salió a toda prisa de la casa. Cogió a la joven por los hombros y la sacudió.

Leticia dejó de chillar y se puso a llorar. La señora Burroughs la rodeó con sus brazos.

—Vamos, señorita, ya pasó. Todo va bien.

La señora Burroughs acompañó a Leticia hacia la mansión. Los muchachos oyeron cómo el ama de llaves la iba consolando, mientras subía la escalera con la joven.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Gerhart Maiz.

Antes de que la señora Chumley pudiera responder, apareció el profesor Woolley en los peldaños que daban al parque.

—La he oído chillar…, como de costumbre —explicó. Burroughs salió a la terraza con aspecto frío y reposado.

—Ya he dispuesto del animal —anunció. El profesor frunció el entrecejo.

—¿Animal? ¿Qué animal?

La señora Chumley suspiró.

—Leticia quiso tomar un baño, y cuando salió de la piscina una enorme araña, muy peluda, se escurrió por la terraza. ¡Ella,

naturalmente, chilló!

—Creo que esa clase de arañas se llaman tarántulas —dijo Burroughs sin perder la compostura—. Logré atraparla arrojándole una toalla encima. Ahora está en el cubo de la basura… muerta. Me tomé la libertad de arrojar la toalla al cubo junto con la araña.

—Bien hecho, Burroughs —aprobó la señora Chumley—. Hizo muy bien.

—¿Una tarántula? —gritó Woolley—. No puedo censurar a Leticia por asustarse. No me gustaría sentir que una tarántula corre por entre mis pies descalzos, a pesar de que las arañas no me asustan.

—Leticia está segura de que todo esto forma parte de un plan —dijo Maiz—. Sí, piensa que todo es parte de un plan malvado.

La señora Chumley parecía abatida.

—No es bueno para ella estar tanto tiempo aquí sin hacer nada —murmuró—. Me gustaría que se volviera a marchar a Europa. O, al menos, que se alejase por algún tiempo de esta casa. Creo que, tan pronto como esté más tranquila, le aconsejaré que baje a Beverly Hills y permanezca allí unos días. Podría ponerse en contacto con algunas de sus viejas amistades y efectuar algunas compras… y naturalmente visitar al doctor Wimple. Sí, lo mejor sería llamar al doctor Wimple. Debe enterarse de este último susto.

—Lo sabrá —predijo Maiz—. Leticia no dejará de comunicárselo a su psiquiatra, diciéndole que una tarántula se ha agregado a la colección de cosas que la torturan.

—Usted habla como si ella se imaginase esas cosas —intervino Jupe—. La tarántula no ha sido una visión. No pudo serlo. El señor Burroughs la ha matado y arrojado a la basura.

—Oh, claro que no es imaginaria. No lo dije por eso —se corrigió Maiz—. Pero no forma parte de ningún plan. Es solamente una coincidencia que haya aparecido en la terraza.

—Supongo que así es —asintió Jupiter. Maiz le contempló fijamente.

—Hablas como si realmente las fantasías de Leticia pudiesen ser verdad.

—Tal vez lo sean —afirmó Jupe. Consultó su reloj—. Son ya más de las tres. Será mejor que regresemos a Rocky Beach.

—Volved otra vez —les invitó la anciana señora Chumley.

—Muchas gracias —dijo Jupiter—. Y dé las gracias de nuestra parte a la señorita Radford por el almuerzo.

—Estaré en contacto con vosotros —prometió el profesor, agitando la mano en señal de despedida.

—Una curiosa mansión —comentó Jupiter, mientras los Tres Investigadores descendían por la colina hacia el granero donde habían dejado las bicicletas—. La única que parece una intrusa es Leticia Radford, y está en su casa. Los demás se comportan como si la joven fuese una niña traviesa a la que nadie quiere. Incluso, cuando obviamente no ve visiones, como en el caso de la tarántula o del espantapájaros, los demás se comportan como si estuviera trastornada.

—Quizá se lo merezca —adujo Pete—. ¿Cuántas veces ha tenido un ataque de histerismo desde que la conocemos?

—Sí —dijo Jupe—, no es una mujer sosegada.

—¿Crees que colocaron la tarántula, igual que las hormigas? —preguntó Bob.

—Tal vez sí, tal vez no —Jupe se encogió de hombros—. En esta zona no hay tarántulas. Pero una araña encaja en la forma de torturar a Leticia. De repente se detuvo y prestó atención. A su izquierda sonaba un crujido.

—¡Hay alguien en el trigal! —susurró.

—¡Vamos allá! —urgió Pete, echando a correr hacia la plantación de trigo.

El crujido se convirtió en el ruido de alguien que huía, pisoteando las plantas. Los muchachos corrieron detrás del intruso, pero se hallaban aún a medio trigal cuando oyeron cómo un auto arrancaba en el sendero que pasaba más abajo de la hacienda Radford. Llegaron al claro a tiempo de divisar un camión decrépito enfilar el cañón Chaparral.

—¡Maldición! —gritó Pete.

Bob miró al camión, intentando percibir la matrícula, pero el vehículo iba a demasiada velocidad y levantaba una nube de polvo.

—¡Esto se complica! —gritó Jupe.

Llegó dando jadeos junto a sus compañeros, con la cara enrojecida por el esfuerzo, pero tremendamente emocionado.

—Esto añade una nueva perspectiva a nuestro misterio —declaró—. Yo estaba ya dispuesto a decidir que alguien de la

mansión Radford es el responsable de la persecución que sufre Leticia, pero ahora parece que hay al menos una persona que no forma parte de los que viven en la mansión y que está interesada en lo que allí sucede.

—¿Piensas que hemos asustado al espantapájaros? —preguntó Bob.

—No lo sé —confesó Jupiter—. Pero la conducta de ese tipo es sospechosa. ¿Por qué ha huido de nosotros?

—A lo mejor sólo quiso echar una ojeada —apuntó Pete.

—Es muy improbable, porque tenía un camión —le recordó Jupiter. Luego, el muchacho miró hacia la casa tapiada con tablas que se hallaba contigua a la propiedad de los Radford. El patio de la antigua casa era una maraña de cizaña, y el cartel que anunciaba *EN VENTA* estaba sumamente descolorido.

—No hay duda de que el camión aparcó allí —dijo Jupiter, indicando el sendero de la casa abandonada—. En el camino no hay sitio para un camión.

Trepó por la valla del trigal y se encaminó hacia la casa. Los otros le siguieron.

Tal como Jupiter había supuesto, había una mancha fresca de aceite en el senderito empinado de la casa en ruinas. Jupe tendió la mirada hacia la mansión Radford. Se hallaba bastante a un lado de la misma, de modo que la fila de eucaliptos ya no obstaculizaban toda la vista de la señorial mansión. Pero ahora tenía ante su mirada una parte del granero.

—Si yo quisiera espiar la casa de los Radford —calculó—, no me acercaría más, como ha hecho nuestro desconocido observador, o treparía más arriba.

Bob señaló las ventanas superiores, que carecían de tablas, de la vieja casona.

—¿Desde allí arriba?

—Exacto —asintió Jupe.

Los muchachos procedieron a registrarlo todo y pronto descubrieron que la puerta trasera de la casa estaba entornada solamente.

Penetraron en la casa, recorrieron varias habitaciones en penumbra y vacías de la planta baja, y al final subieron por una escalera que crujía a cada paso.

Un súbito sonido inmovilizó a los tres amigos.

—¡Ratones! —exclamó Pete.

Se tranquilizó y subió corriendo el resto de los escalones, como para asustar a un posible visitante de la casa.

En el segundo piso, al fondo de la casa, había una habitación con un ancho ventanal sin vidrios.

—Desde aquí se divisa muy bien la casa Radford —exclamo—. Se ven las ventanas posteriores, otras laterales y parte de la terraza y el parque. Y esto es lo que miraba alguien.

Pete señaló el suelo, donde alguien había aplastado unas colillas de cigarrillo.

—Un observador misterioso —dijo Jupe—. ¿Habrá visto la reacción de Leticia ante la tarántula, y luego se ha dirigido hacia la casa de los Radford? ¿O estaba allí cuando apareció la araña? No podemos saberlo, ¿eh?

Jupiter hablaba animadamente, como solía hacer a veces cuando un caso ofrecía un giro inesperado.

—Por el momento tenemos una lista de sospechosos que serían capaces de asustar a Leticia.

—Y también de golpear al profesor —añadió Pete—. No nos olvidemos de Woolley. Es nuestro cliente.

—Sí, nos contrató —concedió Jupiter—. Por eso no debemos olvidarlo…, porque también es sospechoso. Al fin y al cabo, ¿qué sabemos de él? Sencillamente, lo que nos contó. ¿Es realmente un entomólogo? ¿O desea vivir en la hacienda Radford por algún otro motivo?

—¿Qué otro motivo podría ser ése? —quiso saber Pete.

—No lo sé. ¿Qué motivo puede tener alguien para atormentar a Leticia? ¿Significa ella una amenaza para alguien? ¿Ha molestado a alguien?

—Sugiero que averigüemos algo más de nuestros sospechosos —intervino Bob.

—Tienes razón —concedió nuevamente Jupiter—. La señora Chumley no pudo ser el espantapájaros porque no puede andar. Pero tenemos que averiguar cosas del matrimonio Burroughs. Y de Maiz. No parece la clase de tipo que roba insectos, pero tampoco es imposible. Y de Woolley. Él colocó el espantapájaros en la valla, y es el que, tal vez involuntariamente, posee las hormigas que

aparecieron en la cama de Leticia. Tal vez sabe más de lo que confiesa. O quizá los ataques a Leticia sean un intento para atrapar a Woolley.

Jupiter meditó antes de reasumir la exposición del caso.

—Tenemos que encontrar el motivo de todos los sucesos que han ocurrido hasta ahora. Cuando sepamos más cosas de nuestros sospechosos, tal vez veamos el motivo. ¡Mañana emprenderemos esta investigación!

CAPÍTULO 10

En busca de respuestas

Al día siguiente, a las diez de la mañana, Pete Crenshaw se presentó en la oficina de referencias de la biblioteca de investigaciones de la Universidad de Los Ángeles. El doctor Barrister, un profesor de la Universidad de Ruxton, había llamado a la biblioteca recomendando al muchacho. Barrister había intervenido en un caso solucionado por los Tres Investigadores, y era muy amigo de ellos. A menudo, les aconsejaba cuando necesitaban información sobre temas académicos.

La joven del departamento no era mucho mayor que Pete. Cuando el muchacho se presentó y mencionó la llamada telefónica del doctor Barrister, sonrió.

—Ah, es usted el que está escribiendo un artículo sobre las hormigas —cogió dos libros de un estante que tenía detrás—. Éstos son los libros que el doctor Woolley escribió sobre su labor en Panamá. Son los que usted necesita, ¿verdad?

—Sí —afirmó Pete sin saber si lo eran. Sentíase cohibido haciéndose pasar por un estudiante. ¿Sabría responder si alguien le formulaba ciertas preguntas académicas? Pete era un atleta, no un amante de los libros. Pero Jupe no había querido escuchar sus objeciones, alegando que un buen detective tiene que saber desenvolverse en todos los ambientes. Luego le ayudó a inventar un cuento y le aconsejó que se mantuviese tranquilo.

Pete llevó los libros del doctor Woolley a una larga mesa, y tomó asiento en una butaca de colorido claro. Abrió uno de los libros y empezó a leer. Media hora más tarde dejó los libros a un lado. Había entendido muy poco de lo leído sobre las hormigas, muy poco más de lo que sabía al entrar en la biblioteca. Los libros eran tremendamente técnicos, y estaban llenos de misteriosos términos científicos. Sin embargo, eran relativamente nuevos y todavía

tenían polvo en las solapas. En cada uno había una fotografía de Charles Woolley con una breve biografía del entomólogo.

Pete tomó notas en una libreta que llevaba consigo. Charles Woolley había obtenido su licencia de bachiller en la Universidad de Los Ángeles, y su grado de profesor en Stanford, y después ingresó de nuevo en Los Ángeles para conseguir el título de entomólogo. Tres años antes había realizado una expedición a Panamá. Aparte de sus títulos académicos y esta expedición, las solapas afirmaban que Charles Woolley era soltero y profesor ayudante en la Universidad de Los Ángeles.

Pete devolvió los libros al mostrador.

—¿Encontró lo que buscaba? —le preguntó la jovencita.

—Oh, sí —mintió Pete con descaro.

—Naturalmente —asintió la muchacha—. Estuve en uno de los cursos del profesor Woolley, y es una autoridad en materia de hormigas. Pensé que sería fácil conseguir una licenciatura en esa ciencia. ¡Qué equivocada estaba! Ese insecto humano nos las hizo pasar moradas…



—¿El insecto humano? ¿Así lo llaman los estudiantes?

La chica se echó a reír y de repente se puso seria.

—Quizá no debí decirlo. ¿Es usted amigo suyo?

—No exactamente —explicó Pete—. Lo conocí no hace mucho en la montaña. En los montes de Santa Mónica. Allí lleva a cabo ciertas investigaciones. ¡Y sí es verdad que parece un insecto gigantesco!

—De acuerdo —sonrió la joven—. Además no le gusta mezclarse con la gente. Sólo le gustan las hormigas. Me sorprende que haya llegado a conversar con usted.

—Me habló un poco de su labor —explicó Pete, lanzándose a contar un cuento improvisado—. Me pareció interesante y decidí estudiar todo lo referente a los ejércitos de hormigas. ¿Sabía que hay algunos en California?

—Creo que sí —afirmó la chica—. Algo estupendo para el doctor Woolley, ¿eh? Así no tiene que marcharse a Panamá.

Pete aguardó un instante por si la jovencita tenía que añadir algo más sobre el doctor Woolley, pero no fue así. Ella dejó los libros en un estante y volvió a enfrascarse en una libreta que estudiaba, al parecer. Pete salió a la luz del sol con su propia libreta de apuntes en el bolsillo. Estaba complacido con su caracterización como estudiante, pero al mismo tiempo sentíase extraordinariamente humillado. No había averiguado nada nuevo sobre el profesor Charles Woolley, salvo que el hombre no era ningún impostor. Era el verdadero doctor Woolley, profesor ayudante de la Universidad de Los Ángeles, había escrito dos libros sobre los ejércitos de hormigas y su retrato aparecía en las solapas de ambos libros para demostrarlo.

Mientras Pete iba reflexionando sobre esto, Jupiter Jones se dirigía hacia Beverly Hills, por el Paseo Doheny.

Había llamado aquella mañana a Leticia Radford, para preguntarle qué agencia de colocación había utilizado la señora Chumley cuando contrató los servicios del mayordomo y su esposa.

—Creo que fue la agencia Barker-Phillips —repuso Leticia—. Es una agencia muy seria y a mi madre le gustaba mucho. Supongo que la señora Chumley se sirve de esa agencia cuando necesita algún sirviente. ¿Quieres que se lo pregunte?

—Oh, no, gracias —objetó Jupiter—. No le comunique a nadie

que le he hecho esta pregunta.

Acto seguido, Jupe se puso sus mejores pantalones y una chaqueta sin ningún remiendo y tomó el autobús hasta Beverly Hills.

La agencia Barker-Phillips estaba instalada en un par de salas bien amuebladas, del segundo piso de un edificio de Doheny. En el despacho exterior, se hallaba una empleada de cabello azulado y una fina tez rosada.

—¿Diga? —preguntóle a Jupiter.

—Me llamo Jupiter Jones. Busco trabajo y…

—¡Oh, querido…! —exclamó la mujer.

—Sí, ya sé que soy muy joven —murmuró rápidamente Jupe—. Pero soy inteligente y estoy acostumbrado a los trabajos duros. Podría ser muy útil en una residencia. Sé limpiar las cosas, reparar objetos y pasear a los perros…

La empleada se echó a reír.

—Es estupendo que un chico de tu edad tenga tanto talento. Sin embargo, las personas que poseen grandes residencias suelen contratar los servicios de criados de más edad. ¿Por qué no miras en los periódicos? O haz una solicitud a un supermercado, y a lo mejor te contratan como chico de recados.

Jupiter dejó que su rostro expresase un gran pesar.

—Esperaba algo mejor —se quejó—. Burroughs me dijo que usted era muy bondadosa.

—¿Burroughs? —repitió la mujer consternada.

—El mayordomo de la hacienda Radford —aclaró Jupe.

La mujer hizo girar su silla, abrió el cajón de un archivador y sacó una carpeta. La consultó y sonrió.

—Ah, sí, Burroughs, el recomendado de lord Armiston. Sí… A él y a su esposa los coloqué con la señora Chumley. Un hombre excelente.

—Yo tengo referencias —expresó orgullosamente Jupiter—. Burroughs me dijo que usted deseaba comprobar las referencias.

—Claro que las comprobamos —asintió la mujer—. No podríamos seguir mucho tiempo en este negocio si la gente no ofreciese referencias excelentes. En el caso de Burroughs, por ejemplo, enviamos un telegrama a su antiguo amo, a Inglaterra. Cuando lord Armiston nos aseguró, por cable, que los Burroughs

eran unos servidores muy fieles y que ella, además, era una cocinera estupenda, les dimos inmediatamente empleo.

La mujer cerró la carpeta y levantó la vista.

—Pero en tu caso no sirven las referencias. Sencillamente, no tenemos empleos para chicos tan jóvenes.

—Ya.

—Me sorprende incluso que los Burroughs te dijesen que acudieras aquí.

—Bueno, no lo dijo con estas mismas palabras —confesó Jupiter—. Lo pensé yo, cuando me contó que ustedes le habían dado la colocación.

—Lo cual es un poco diferente, ¿eh? —sonrió la empleada—. Bueno, vuelve dentro de unos años. Tal vez entonces tendré algo bueno para ti.

Jupiter le dio las gracias y salió, frunciendo el ceño. Burroughs era un mayordomo que había servido en casa de un lord inglés. No era probable que fuese el espantapájaros que colocaba hormigas en los lechos de las personas.

Mientras Jupe aguardaba el autobús de regreso hacia Rocky Beach, Bob estaba muy atareado en el este. Había viajado con Jupiter, pero continuó en el autobús hasta llegar delante del inmenso edificio donde se hallaba el Instituto Artístico Graham. Bob ya conocía un poco aquel instituto, que había contado entre sus alumnos a excelentes artistas. Subió la amplia escalinata y empujó una puerta de bronce macizo.

Al pasar por la puerta, Bob se encontró en un inmenso vestíbulo, con puertas a cada lado. El olor del ambiente le recordó el del museo Mosby. Era el olor a pintura.

—¿Buscas algo, amigo? —preguntóle un muchacho que llevaba tejanos.

Había salido de una sala lateral y llevaba una escalerilla plegable.

—Yo… busco a mi primo —repuso Bob con vacilación.

Arrugó la frente. Jupiter no habría vacilado ni tartamudeado. Jupiter siempre se mostraba aplomado, seguro de sí mismo.

Bob respiró profundamente y cuadró los hombros.

—Mi primo estudiaba aquí. Ahora ignoro su dirección actual y pensé que tal vez aquí tendrían algún archivo…

¡Caramba, esto sonaba mucho mejor!

—Oh, claro —asintió el joven—. Aquí les gusta seguir la pista de todos los alumnos. Las oficinas de la administración están en el segundo piso, en la parte delantera. Pregunta allí.

Bob le dio las gracias al estudiante, subió por la escalinata que arrancaba al final del vestíbulo y encontró el despacho de la administración. Estaba formado por una serie de pequeños cubículos, todos vacíos, excepto por un hombre barbudo que buscaba en un archivo de tarjetones.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó al ver a Bob—. ¿Deseas algo?

—Mi primo estudió aquí —mintió Bob—. Se llama Gerhart Maiz. Yo estoy de paso en Los Ángeles y mi madre me dijo que le visitase. Pero no hallo su nombre en el listín telefónico.

—¿Maiz? —repitió el barbudo—. Seguro, claro. Fue alumno mío hace mucho tiempo. Ahora está de encargado en el museo Mosby.

Bob dejó que su rostro no expresara nada, como si jamás hubiese oído nombrar al museo. El barbudo levantó la vista del archivador.

—El museo Mosby está enclavado en las colinas de Rocky Beach —explicó—, de modo que no debes intentar ir tú solo hasta allí. El museo figura en la guía de teléfonos. Llama a tu primo. Creo que Gerhart está tan orgulloso del museo como si fuese suyo. Haz que te enseñe los cuadros. Allí hay cuadros de los grandes maestros.

—¿Cuadros?

—Exacto. Cuadros de artistas como Rembrandt, Van Dyke y Vermeer. El museo Mosby está lleno de cuadros célebres.

—Oh… —exclamó Bob—. Bueno… yo… supongo que será interesante. El encargado de un museo es una persona importante, ¿verdad? Quiero decir… que supongo que mamá estará muy contenta al saber que Gerry se ocupa en algo importante.

El rostro del barbudo adoptó una expresión más bien neutra.

—Tu primo tiene una posición muy buena y segura. Si esto ha de gustarle a tu madre, seguro que estará contenta.

—Bueno, parece mucho mejor que no tener un buen empleo —suspiró Bob.

—Depende —en el tono del barbudo había cierta acritud—. A veces, los artistas miran las cosas de modo distinto.

—¿Distinto?

—Bien, algunos pensamos que un hombre con el talento de

Gerry debería realizar cuadros propios en lugar de restaurar y cuidar los hechos por otros. Puedes decírselo así. Yo me llamo Edward Anson. Claro que a tu primo le tendrá esto sin cuidado. Ya se lo han dicho otras veces, pero cuando pienso en que su talento se está malogrando…, bien, me pongo furioso.

—¿De veras quiere que le repita eso? —inquirió Bob—. Bueno… yo no lo conozco apenas. En realidad, nunca lo he visto. Es primo segundo de mi madre, no un pariente próximo. A lo mejor no le gusta que se lo diga. Es posible incluso que no quiera verme. Es un tipo… amable, ¿verdad? O no…

—Lo siento —admitió el barbudo—. No quise descargar mis reproches en ti, hijo. Supongo que Gerry es amable con los demás. Y puedes estar seguro de que hace lo mejor que sabe. Probablemente se tomará un día de permiso y te acompañará a Disneylandia o a la Montaña Mágica. Esto no es muy original, pero él no siempre lo fue. Era un mimo tremendo. Podía imitar el estilo de cualquier pintor.

El barbudo hizo una pausa y agregó:

—Naturalmente, no lo sabías. Ni siquiera conoces a Gerry, ¿eh? Oh, no me hagas mucho caso. Yo no soy más que un viejo idealista que cree que los buenos artistas deben pasar hambre si quieren llegar a la meta. El hambre estimula los jugos de la imaginación creadora —el barbudo sonrió—. Ve a visitar a Gerry y, cuando le veas, dile que venga a visitarme alguna vez.

—Sí, señor.

Iba ya a marcharse Bob cuando el barbudo le llamó.

—Un primo… Es gracioso. No sabía que Gerry tuviese parientes. Nunca los nombró. Siempre me pareció autosuficiente y… altanero.

Bob sonrió.

—Todo el mundo tiene algún pariente —expresó.

—Cierto. Todavía no fabricamos a los seres humanos en las fábricas, ¿verdad? Pero a veces resulta difícil imaginarse a ciertas personas como habiendo tenido padre y madre. Vamos, ve a ver a Gerry y diviértete en Los Ángeles. Y recuerda que tienes que decirle a Gerry que venga a verme. Me gustaría charlar con él de su trabajo.

—Sí, señor. Muchas gracias. Adiós —despidiese Bob.

El muchacho bajó por la escalinata y salió a la calle. Llegaba un autobús y echó a correr para cogerlo. Se instaló junto a una

ventanilla dispuesto a soportar el largo trayecto hasta la costa, y reflexionó respecto a la entrevista que acababa de sostener. Se había enterado de que Maiz tenía talento artístico, y que le consideraban autosuficiente y «altanero». Tal vez, también, más apegado a la seguridad que al arte. Estos hechos perfilaban más el retrato de Maiz, pero no lo cambiaban. Sin duda, era lo que parecía: un encargado de museo valiosísimo.

Bob suspiró. Su investigación no había arrojado ninguna luz sospechosa. Tal vez Jupe o Pete habrían tenido más suerte. De lo contrario, los jóvenes detectives tendrían que buscar un ángulo nuevo. ¡Porque de un modo o de otro tenían que descubrir al espantapájaros!

CAPÍTULO 11

El espantapájaros ataca de nuevo

—¿Qué significa eso de que me habéis investigado? —se enojó el profesor Woolley—. ¿Cómo os habéis atrevido? Os dije todo lo que necesitabais saber.

—Hemos descubierto que es mejor no fiarse demasiado de la gente, doctor Woolley —se excusó Jupiter—. Hemos comprobado los datos de todos aquellos que, según nuestros conocimientos, pueden estar relacionados con la tortura que sufre Leticia Radford.

Estaba anocheciendo. Jupiter, Pete y Bob habían pasado la tarde realizando varias tareas y comparando sus notas. Después de cenar habían subido a la colina para charlar con su cliente. Habían hallado al doctor Woolley en su laboratorio, y éste había reaccionado coléricamente cuando Pete le contó su investigación en la Universidad de Los Ángeles.

—Comprendo sus sentimientos, doctor Woolley —intentó suavizarle Jupiter—, pero ha de estar de acuerdo en que nosotros no podemos fiarnos de nadie… y que tenemos que aclarar nuestras dudas.

—Sin embargo… —rezongó el profesor.

—Por lo que sabemos, nadie de la mansión Radford tiene el menor motivo para llevar a cabo esa campaña de terror contra Leticia, por lo que tenemos que buscar por otra parte. No hay razón aparente para esta crueldad, y no obstante se han tomado muchas molestias para ser crueles.

Woolley suspiró.

—Leticia no es una mujer lista y sabe ser ruda e irritante —comentó después—. Pero no me imagino que jamás haya causado mal a nadie.

—¿No pudo hacer algún mal sin saberlo? —inquirió Jupe—. Una vez usted dijo que había estado prometida en diversas ocasiones

para casarse, sin que la boda llegara a celebrarse. Tal vez dejó plantado a un novio…

—Según la señora Chumley, ella no deja plantados a los novios. Son éstos los que la dejan plantada a ella.

—¿Sí? —sonrió Jupiter.

—Sí. La señora Chumley insinuó que alguno de sus novios era «inconveniente» y que el hermano de Leticia los había ahuyentado. Algunos eran aventureros de la peor clase, que sólo la cortejaban por su dinero y la dejaban cuando el hermano les ofrecía una cantidad. Y supongo que otros simplemente se cansaron de ella. Resulta difícil convivir con ella algún tiempo.

Jupiter asintió.

—¿Dónde está ahora?

—Por el momento, en Beverly Hills, pero no estará allí largo tiempo —declaró Woolley—. La noche pasada se tranquilizó y decidió que la araña no correteó por sus pies a propósito. La señora Chumley la convenció para que se marchase a Beverly Hills unos días y se divirtiese un poco.

—Ya.

—Esta tarde subí a la casa en busca de un poco de café, y la señora Burroughs me contó que Leticia se había encontrado con un antiguo novio en el hotel Beverly Wilshire. Esto la trastornó tanto que llamó para anunciar que volvería esta noche a casa.

—¿Esta noche? —se extrañó Jupe.

—La señora Chumley intentó convencerla para que simplemente se cambiase de hotel y olvidase a su pretendiente, pero no quiso y vendrá esta noche.

Apenas acababa Woolley de pronunciar estas palabras cuando todos oyeron un grito.

—¡Ya ha llegado! —anunció Pete, corriendo hacia la puerta.

Jupe y Bob le siguieron de cerca colina arriba. Charles Woolley también les siguió, quejándose con amargura.

Ya casi era de noche. El grito continuaba. Leticia Radford parecía más asustada que las veces anteriores.

—¡No! —chillaba—. ¡No, no! ¡No, por favor!

Los gritos cesaron, y se oyó un violento sollozo, ¡y entonces, como un duende espectral de formas inciertas, apareció el espantapájaros!

Las luces de la terraza brillaban más arriba y los muchachos percibieron un rostro sonriente…, un rostro hecho de un material áspero que hacía una bolsa en torno al cuello, y estaba unido por una cuerda. Los ojillos brillaban en los triángulos negros de la cara, por debajo del ala del sombrero negro. Se parecía mucho al espantapájaros de la valla, pero éste llevaba una vieja chaqueta de punto, mientras de las mangas salían briznas de paja. El extraño ser se quedó inmóvil unos instantes al ver al profesor y los muchachos, y el primero jadeó horrorizado. ¡El espantapájaros blandía una guadaña!

—¡Cuidado! —gritó Pete.

Con una carcajada maligna y gutural, el espantapájaros levantó la guadaña con un movimiento circular. Después, atacó a los Tres Investigadores, y levantó amenazadoramente la temible arma que empuñaba con sus manos enguantadas.

—¡Oh, no! —chilló Bob.

Rápidamente se apartó a un lado, para evitar la cuchilla mortal.

Jupiter quiso echar a correr, pero tropezó y cayó, llevándose las manos a la cabeza y doblando el cuerpo para protegerse contra el horroroso ataque.

Pete estaba como paralizado. El mango de la guadaña le rozó la frente. Un instante después estaba tendido en el suelo, y el espantapájaros descendía por la colina. Woolley saltó para apartarse de su camino.

Los muchachos oyeron cómo la figura pasaba por la fila de eucaliptos. Luego reinó el silencio.

—Pete —gritó Bob—, ¿estás bien?

Pete sentóse lentamente y se frotó la frente.

—Sí, no me pegó con fuerza. No… no logré apartarme a tiempo.

—¡Ese bribón pudo matarte! —tronó el profesor, desconcertado.

—¡Escuchad! —murmuró Jupe mirando hacia lo alto de la colina.

Leticia dejaba oír un sollozo susurrante, como un animalito lastimado. En la parte delantera de la mansión brillaban varias luces, y los muchachos oyeron a la señora Chumley y al mayordomo. Los dos parecían estar consolando a Leticia.

Los Tres Investigadores llegaron a la mansión a tiempo de ver cómo Burroughs ayudaba a Leticia a subir los peldaños de la casa.

La señora Chumley estaba sentada en el vestíbulo detrás de Burroughs, con expresión de ansiedad. El auto de Leticia se hallaba en el senderito enarenado. La portezuela del lado del conductor estaba abierta.

—¡Tenía… tenía una guadaña! —gemía Leticia—. ¡Igual que el Destripador! ¡Quería cortarme la cabeza!

—Claro que no, Leticia —la tranquilizó Burroughs.

—¡Ah, sí! ¡Oh, sí!

Jupiter, Pete y Bob subieron al vestíbulo.

—Es cierto, llevaba una guadaña —afirmó el primero—. Todos la vimos.

—Bueno, ya está bien por el momento —intervino la señora Burroughs. Acababa de aparecer por el fondo del vestíbulo, falta de respiración, con el gorrito mal colocado. Con tantos gritos y llantos… He llamado a la policía.

—¡Dios mío! —se quejó la señora Chumley.

—¡Bravo! —se alegró el profesor Woolley, que había entrado detrás de los muchachos—. Es posible que ahora el jefe de policía preste un poco de atención a este asunto.

—Ojalá… —suspiró la señora Burroughs. Se acercó a Leticia y la condujo hacia el salón—. Tranquilice sus nervios, señorita. Claro que ver una cosa tan horrible habrá sido un susto espantoso. Yo me asomé a la ventana y también lo vi, con aquel cuchillo tan grande en las manos.

Fuera sonó el chirrido de unos neumáticos. Jupe se volvió y divisó unos faros al tiempo que un coche se detenía delante del Museo Mosby. Los faros se apagaron y un hombre saltó del auto y se encaminó hacia la puerta del museo. Era Gerhart Maiz.

—¿Qué pasa? —indagó—. ¿Ocurre algo?

—El espantapájaros, señor —repuso Burroughs, acercándose a la puerta—. Se hallaba en el sendero cuando llegó la señorita Leticia.

—¿Eso otra vez? —pronunció Maiz con tono de disgusto.

—¡No diga «eso otra vez» como si Leticia hubiese visto visiones! —se indignó Woolley. Le relucía la calvicie y sus ojos echaban chispas. Se parecía más que nunca a una hormiga muy inteligente —. ¡Todos lo hemos visto y es una amenaza! ¡Pudo matar a alguien!

A lo lejos sonaron unas sirenas.

—¡Ah, la policía! —exclamó la señora Burroughs—. No estaba

segura de que me hicieran caso. El agente con el que hablé no pareció gustarle la idea de atrapar a un espantapájaros.

—Seguro que viene el jefe Reynolds —proclamó Jupiter con tono más bien triste—, y seguro que no le gustará mucho encontrarnos aquí.

CAPÍTULO 12

Vigilancia nocturna

A la mañana siguiente, los Tres Investigadores se reunieron en su puesto de mando del «Patio Salvaje». Como había profetizado Jupiter, el jefe Reynolds se había enfadado mucho al hallar a los muchachos en la hacienda Radford la noche anterior.

Rechazó de plano cualquier objeción referente a haber sido él mismo quién había recomendado a los muchachos para investigar el caso. El jefe les había dicho varias veces a los chicos que no se metieran en líos, y allí estaban otra vez, en medio de una situación altamente peligrosa. Les ordenó, por tanto, marcharse a sus respectivos hogares y olvidarse del espantapájaros.

Tal como el jefe Reynolds podía haberse figurado, ni Jupiter, ni Pete ni Bob tenían la menor intención de abandonar su caso.

—Pero será mejor que andemos con cuidado —les aconsejó Jupiter a sus amigos—. Si el jefe vuelve a encontrarnos en la mansión Radford nos lo hará pagar caro.

—Después de lo de anoche —declaró Pete—, yo tendré mucho cuidado.

—Tú fuiste quien más se la cargó anoche —asintió Bob—, exceptuando a Leticia… Al menos, para ella las cosas serán más fáciles. Todos los de la casa saben que existe un espantapájaros.

Jupiter asintió.

—Hay cosas más enloquecedoras que no ser creído —dijo—. Lo bastante como para provocar un desquiciamiento nervioso.

El Primer Investigador estaba sentado detrás del escritorio del remolque y se tironeaba del labio, lo que indicaba que estaba reflexionando profundamente.

—Bueno, todos nosotros vimos anoche al espantapájaros. Y esto significa que podemos empezar a eliminar sospechosos. Woolley estaba con nosotros. La señora Burroughs dijo que vio al

espantapájaros desde la ventana. Su marido y la señora Chumley estaban allí. Lo cual deja sólo a Gerhart Maiz.

—Sí, él pudo ser el espantapájaros —concedió Bob—. Supongamos que dejó estacionado su coche en el camino de Rock Rim. Después de asustar a Leticia tuvo tiempo de regresar allí, deshacerse del disfraz de espantapájaros y volver al Museo Mosby antes de la llegada de la policía.

—Es muy posible —condescendió Jupiter—. Maiz estaba enterado del temor de Leticia hacia los espantapájaros y los insectos. Y pudo enterarse de que iba a volver de Beverly Hills.

Jupiter hizo una pausa para meditar.

—Pero no debemos olvidar al misterioso observador, el individuo que huyó por el trigal. Tal vez ha estado vigilando la mansión Radford desde la vieja casucha por algún tiempo. Él puede ser el espantapájaros, pero no podremos comprobarlo hasta que lo atrapemos.

Pete se estremeció.

—Yo no estoy ansioso por atrapar a nadie —declaró—. Y menos después de lo que sucedió anoche.

—Tendremos mucha cautela, pero hemos de coger a ese espantapájaros —ordenó Jupe—. Nosotros somos los únicos que lo deseamos. La policía todavía no ha resuelto nada. Y nosotros sabemos varias cosas respecto a ese espantapájaros que pueden ser de utilidad.

—¡Sabemos que maneja una guadaña! —le recordó Pete—. ¿Qué otra cosa sabemos?

—Que siempre se aparece al anochecer —enumeré Jupe—. Al menos, cada vez que lo ha visto Leticia ha sido durante el crepúsculo, es decir, cuando todo se ve de manera borrosa.

—Creo que ahora nos propondrás una vigilancia —masculló Bob.

—Exacto —asintió Jupe—. Esta tarde, antes de que anochezca, subiremos a la mansión Radford y nos pondremos en acecho.

—¿Y si no ocurre nada? —quiso saber Bob.

—Supongamos que ocurre algo —tembló Pete—. ¿Y si vuelve el espantapájaros?

—Entonces nos esconderemos, le vigilaremos y veremos adónde va —decidió Jupiter—. Mirad lo que pienso. Nos llevaremos los

transceptores portátiles para estar en contacto unos con otros. Bob, tú vigilarás el Museo Mosby: por el momento, Gerhart Maiz es el principal sospechoso. Tú, Pete, te ocultarás cerca de la vieja casucha de Rock Rim y yo patrullaré por la mansión Radford.

Pete suspiró.

—De acuerdo —aceptó—. Iré con vosotros. No me gusta en absoluto pero iré.

* * *

Por la tarde, Pete todavía sentía aprensión, cuando él y los otros dos investigadores disimularon sus bicicletas entre unos matorrales, a medio kilómetro de la hacienda Radford. Jupiter le entregó un transceptor portátil a Pete y otro a Bob.

El propio Jupiter había construido los diminutos transmisores-receptores en su taller del «Patio Salvaje». Muy parecido a los transceptores de la banda ciudadana, cada aparato disponía de un altavoz y un micrófono. Los investigadores llevaban cada uno un cinturón con alambre de cobre cosido, y cada cinturón tenía un cable de entrada que podía enchufarse a la radio. Aquellos cinturones con cables actuaban como antenas de radio, y permitían hablar a más de medio kilómetro de distancia. Cuando uno de los muchachos deseaba hablar por su micrófono, apretaba un botón del aparato. Si quería escuchar por el altavoz, soltaba el botón.

—Si veis al espantapájaros, no intentéis detenerlo —recomendó Jupiter cuando los muchachos hubieron enchufado sus aparatos—. Pero no lo perdáis de vista, y si necesitáis ayuda, usad el transceptor.

Pete asintió, y todos continuaron caminando a la incierta luz del oscurecer. Al aproximarse a la mansión Radford, Pete salió del camino, cortó por el solar existente delante de la hacienda Radford y descendió a través de la maleza de la ladera hacia la vieja casona de Rock Rim.

Cuando Pete llegó a su destino no había tráfico en el antiguo sendero de rodadas. Tampoco había a la vista coches aparcados. La casa abandonada parecía muy negra y desolada, con la hiedra trepando por los muros, y una masa de hierbajos en torno a los

peldaños del porche. El sol se iba poniendo cuando Pete halló un buen escondrijo entre los matorrales que crecían profusamente al lado del sendero enarenado de la vieja casa.

—Número dos —murmuró su portátil—. ¿Dónde estás, número dos?

Era la voz de Jupe.

Pete presionó el botón de su aparato.

—Estoy entre los arbustos, cerca de la vieja casona —susurró—. Por aquí no se mueve nada.

—Bien, dos —repuso Jupe—. Espera a ver qué sucede. Bob, no te veo.

Hubo un clic en la radio.

—Estoy detrás del Museo Mosby —dijo la voz de Bob.

—Bien —aprobó Jupe—. Está anocheciendo. Mantente alerta y no uses el aparato transceptor a menos que sea preciso.

La radio calló. Pete se sentó en el suelo y colocó las rodillas en alto, debajo de su barbilla. Aguardó y escuchó. Al principio no oyó nada. Después, débilmente, pudo oír el sonido de un coche que ascendía trabajosamente desde el litoral.

Pete se puso en tensión. No era raro que hubiese tráfico en el cañón Chaparral. Los coches subían hasta la cumbre de la montaña y bajaban por el otro lado al valle de San Fernando. ¿O tal vez aquel auto torcería hacia el camino de Rock Rim?

El ruido del motor cambió cuando el conductor efectuó un cambio de marcha. Pete decidió que se trataba de un camión. Oyó chirriar los muelles en señal de protesta y divisó los faros en el camino. El vehículo había torcido hacia Rock Rim.

Los faros parecieron poder iluminar el escondite de Pete en tanto el camión iba dando tumbos por el sendero enarenado de la vieja casa. El chofer paró el motor y apagó las luces, y Pete oyó protestar al freno de mano.

Se abrió la portezuela del camión y salió un hombre. Se dirigió con cautela hacia las sombras de la parte trasera de la casa. Pete oyó cómo se abría una puerta. Un instante después, una luz atravesó las grietas de las ventanas claveteadas.

El chofer del camión fue directamente hacia la escalera. Peter oyó sus fuertes pisadas sobre el suelo desnudo, al dirigirse a la parte trasera de la casa.

Pete avanzó entre los matorrales hasta que consiguió divisar las ventanas traseras de arriba de la casa, las ventanas que daban a la mansión Radford.

Al principio, aquellas ventanas permanecieron en la negrura. Pero un minuto más tarde se encendió una cerilla en una de ellas. Pete captó el vislumbre de un rostro tostado por el sol y bastante estropeado, con profundas arrugas que corrían desde los lados de la nariz hasta las comisuras de los labios.



El hombre encendió un cigarrillo y Pete percibió un halo de cabellos blancos que enmarcaban su cara. Después, la cerilla se apagó. Salvo por la punta luminosa del cigarrillo, la casa quedó a oscuras.

Sin dejar de temblar interiormente, Pete se arrastró hacia el camión. Mantuvo muy baja la cabeza entre las matas hasta hallarse lejos de la vista del vigilante nocturno.

«¿Qué vigilaba aquel hombre?», se preguntó Pete. Naturalmente, la mansión Radford… pero ¿qué parte de la mansión?

¿Se produciría una especie de señal, algo que obligase al vigilante a ponerse una chaqueta remendada, pasar un rostro de arpillera por su cabeza y un sombrero negro de espantapájaros?

Pete pensó llamar a Jupe por el transceptor portátil, pero decidió no arriesgarse ni siquiera a susurrar. Por el contrario, se incorporó y trató de abrir las puertas posteriores del camión. Las puertas se abrieron.

Al principio, el interior del vehículo permaneció en la mayor negrura, mas al cabo de unos instantes ya no pareció tan intensa. Pete alargó una mano y tocó una red. Estaba unida a un reborde de metal. Había unos objetos de plástico —unas herramientas de mango largo, como rastrillos…— y había un fuerte olor a productos químicos.

Pete subió al camión, y tocó varios objetos y olió con fuerza. Cloro. Olía a cloro. Las herramientas debían utilizarse para limpiar piscinas. ¡El hombre que vigilaba la casa Radford era un limpia piscinas!

Pete sonrió para sí. Los Tres Investigadores se habían tomado considerables molestias para comprobar las identidades de los Burroughs, de Gerhart Maiz y hasta de Woolley, que era quien había contratado sus servicios. Pero ni siquiera se habían acordado de varios individuos que podían estar familiarizados con la mansión Radford: los jardineros y el hombre que se cuidaba de la piscina.

Tal vez uno de ellos tenía motivos para odiar a Leticia. Quizás ella se había mostrado imperiosa o impertinente. O quizás el propietario del camión era un individuo de mente retorcida, al que gustaba hacer sufrir a la gente.

¡Si al menos pudiese encontrar el equipo de espantapájaros tendría una prueba!, pensaba Pete.

De repente se inmovilizó, y se apoyó con las manos en las paredes del camión. ¡El vehículo se movía!

—¡Oh, no! —musitó Pete.

Desesperadamente, sin pensarlo dos veces, Pete saltó por encima del asiento posterior y asió el freno de mano. Se quedó suelto en sus manos. Pete se deslizó y cogió el volante, tratando de guiar al camión, que iba rodando cada vez más de prisa colina abajo, saltando y traqueteando hacia el camino de Rock Rim. Con el pie halló el freno y lo pisó, pero el pedal llegó al suelo, y el fuerte olor del líquido de frenos hirió el olfato del muchacho. Había fallado la bomba del freno. ¡No había frenos!

Pete se preguntó un instante si conseguiría aflojar la velocidad del camión cambiando la marcha. Pero era posible que la maniobra no sirviese de nada, y el camión aceleraba a cada segundo. Había llegado el momento de saltar.

Pete abrió la portezuela. Vio cómo los árboles pasaban raudos a la débil luz crepuscular y, tras respirar profundamente, saltó del camión.

De pronto, tuvo el cielo arriba y la tierra debajo. Luego, hubo un choque, rodó unos metros y el camión desapareció en la distancia, siempre con sus saltos y traqueteos. De pronto, Pete se halló fuera del camino y rodando hacia una zanja.

Su cabeza chocó contra algo duro, y el suave color verdiazul del cielo se convirtió en una serie de estrellitas multicolores en su cabeza. Pete quedó tendido en el suelo, y durante un buen rato no se enteró de nada.

CAPÍTULO 13

Jupe en apuros

Salía la luna cuando Jupiter terminó su cuarta vuelta a la mansión Radford. Se detuvo en una ligera prominencia del terreno a espaldas de la casa. La noche era cálida, de manera que a pesar de la amenaza del espantapájaros, no habían corrido los cortinajes. Jupe veía directamente las habitaciones iluminadas. Podía divisar a la señora Burroughs en la cocina, limpiando el fregadero. En una salita situada a la izquierda de la cocina, había un televisor en marcha. Jupe contempló la silueta de Burroughs, tumbado en una silla y contemplando un partido de béisbol.

A la derecha, la señora Chumley y Gerhart Maiz jugaban al ajedrez en la salita de la primera. Maiz sonrió de pronto, le murmuró algo a su contrincante y movió una pieza del tablero. La anciana dejó ver una mueca agria.

Jupiter llegó a la conclusión de que Maiz había ganado la partida.

El encargado del museo se puso de pie y se abrochó su chaqueta deportiva, sin dejar de hablar. Al cabo de un par de minutos salió de la salita.

La señora Chumley continuó sentada algún tiempo y luego levantó la vista hasta la copia del cuadro de Vermeer. Después, como asaltada por una súbita idea, hizo correr su silla hasta el dormitorio contiguo a la sala y encendió la luz. Se dirigió al armario y abrió la puerta doble. Jupe distinguió una serie de perchas, con vestidos colgados y filas de cajas en la estantería colocada encima de los vestidos y los abrigos.

De repente, la señora Chumley miró hacia la ventana. Era casi como si presintiese que alguien estaba vigilando desde el parque el interior de la casa. Se aproximó a las ventanas y corrió las cortinas, con lo cual Jupiter dejó de verla.

El muchacho sonrió para sí y continuó su ronda, trazando un amplio círculo al dar la vuelta a la esquina derecha de la casa. Cerca de la esquina el terreno descendía un poco y dejaba al descubierto las paredes del sótano. Debajo mismo del dormitorio de la señora Chumley se abría la puerta de la bodega, y daba a un pasadizo que iba a la derecha y enlazaba con el sendero para coches. Jupe adivinó que aquélla puerta era la que utilizaban los hombres de la limpieza y los del reparto.

Jupe prosiguió a lo largo del costado de la casa y pasó por delante del garaje, capaz para cuatro autos, hasta bajar por el sendero. Al frente de la casa, el sendero torcía a la izquierda y se curvaba después de la entrada principal. Jupe siguió por la izquierda y luego cortó a través del césped hasta llegar a la terraza, al extremo más alejado de la mansión. Al fondo de la terraza, era visible el ala con las habitaciones de la servidumbre. La señora Burroughs continuaba delante del fregadero de la cocina, y su marido seguía contemplando el partido de béisbol. Jupe subió por la escalerilla de la terraza y se situó detrás de una gran planta plantada en un tiesto.

A todo lo largo del lado izquierdo de la terraza, estaban abiertos los ventanales del salón. Jupe atisbó hacia allí y vio a Leticia sentada en el sofá, con un juego de *backgammon* sobre la mesita que tenía delante. Charles Woolley estaba sentado al otro lado de la mesita, en una butaca de respaldo recto. Su calvicie brillaba bajo la luz de la lámpara y miraba con gran atención el tablero del *backgammon*.

Gerhart Maiz dio unos pasos dentro del salón y Jupiter le oyó decir:

—Bueno, por lo visto ustedes dos han enterrado el hacha de guerra.

—Nos hemos unido contra un enemigo común —replicó Woolley. No levantó la vista del tablero.

—Estupendo —aprobó Maiz—. Bueno, buenas noches. Tengo que arreglar algunas cosas antes de marcharme de vacaciones.

—¿Se va de vacaciones? —se asombró Leticia—. Caramba, ¿qué será de la valiosa colección de Mosby mientras tanto?

—Cerraré el museo, Leticia —repuso Maiz—. Todos los años se cierra dos semanas en agosto, ya lo sabe. Uno de los guardas

dormirá en la habitación libre del tercer piso, en tanto yo esté fuera, para que no ocurra nada.

—Ya —asintió Leticia—. La señora Chumley le echará de menos. ¿Cuándo se marcha?

—El viernes —replicó Maiz—. La veré antes.

Salió y Jupiter se apresuró a bajar de la terraza al parque. Se dirigió a la parte delantera de la casa y vio cómo Maiz atravesaba el camino y entraba en el museo.

Bob apareció por una esquina de este edificio, en la oscuridad, y agitó una mano. Luego, volvió a desaparecer.

Jupe regresó a la terraza. Vio cómo la señora Chumley entraba en el salón con su silla de ruedas. Llevaba una gran caja sobre sus rodillas.

—Querida Leticia —exclamó al entrar—, cuando termines la partida podríamos seleccionar estos retratos.

—¿Qué retratos? —preguntó la joven.

—Son tuyos, querida —le explicó la anciana—. Llevo mucho tiempo deseando ordenarlos. Te hice fotografías desde que estuviste con los *Pájaros Azules*. Estás fotografiada en cada fase de tu vida. Bueno, hasta que empezaste a viajar tanto.

La señora Chumley pareció pensativa.

—No es que no me guste que estés aquí, pero ahora tal vez sería mejor que te marcharas de nuevo a Europa. ¿Por qué no vas a reunirte con tu hermano? Está realizando un crucero por el Mediterráneo, ¿verdad? Sería muy agradable y ya no tendrías que preocuparte por ese maldito espantapájaros. Chester cuidaría de ti. Ya sabe cómo hacerlo.

—Señora Chumley, pongo siempre nervioso a mi hermano y usted lo sabe —objetó Leticia—. ¡No pienso permitir que ese… monstruo me eche de mi propia casa!

—Claro que no, querida —asintió la señora Chumley.

Quitó la tapa de la caja de fotografías y empezó a contemplarlas.

Jupiter se marchó de puntillas de la terraza y reanudó su ronda de patrulla. Se sentía inquieto. Algo en la conversación del salón le había puesto nervioso. Había como un error, tal vez un tremendo error. Como un fallo. Pero antes de poder averiguar de qué se trataba se dio cuenta de que alguien caminaba por las sombras que arrojaban los eucaliptos.

El corazón de Jupe pegó un gran salto. ¡El espantapájaros! ¡Tenía que ser él! Maiz estaba en el museo y todos los habitantes de la mansión se hallaban o en el salón o en las habitaciones de los criados.

Jupiter se deslizó quedamente hacia los árboles. Al aproximarse más oyó un crujido de ramitas y el chasquido de las hojas, a medida que el intruso nocturno se dirigía al granero.

Jupe se internó en las sombras bajo los árboles, justo en el momento en que el enemigo invisible salía al descubierto. Era, efectivamente, el espantapájaros. Y caminaba atrevidamente hacia el granero, sin volver la vista atrás. Pero al llegar a la puerta del granero se paró en seco.

Jupe supuso que habría un pesado candado en la puerta. Tras el primer asalto, y después de ver cómo el espantapájaros iba armado con la guadaña, el profesor habría adoptado algunas medidas para protegerse.

El espantapájaros dejó escapar un gruñido como un rugido incomprensible. Resultaba increíble oír a aquel ser entre las tinieblas. Jupe retrocedió instintivamente.

De pronto, su pie se deslizó en algo que rodó. Se le torció el tobillo y cayó de costado, dentro de un grupo de arbustos.

El espantapájaros giró en redondo. Jupe vio cómo el monstruo corría hacia él. Levantó las manos para taparse la cara y rodó de lado. ¡Y en aquel momento, lanzando un grito furioso, el espantapájaros saltó!

CAPÍTULO 14

Hormigas antropófagas

Jupe tensó todo el cuerpo aguardando el golpe que iba a recibir. Las botas del espantapájaros pisaron fuertemente el suelo junto a su cabeza. Mas, de repente, el horrible ser se alejó, aplastando la maleza y las hojas muertas, y Jupe se quedó solo.

¡Solo y sin daño alguno!

Tembloroso, Jupe se puso de rodillas. Tanteó con la mano en busca del transceptor, que había caído al suelo, lo encontró y apretó el botón.

—¡Pete! ¡Bob! —Su voz temblaba de miedo—. Ha estado aquí. ¡Le he visto! ¿Me oís?

Soltó el botón. Sonó un clic y oyó la voz de Bob.

—¿Dónde estás?

—Entre los eucaliptos —explicó Jupe—. Creo que el espantapájaros subió hacia la mansión.

Se oyó otro clic.

—Seguramente no siguió ese camino —dijo entonces Pete.

Su voz tenía un tono extraño.

—He estado vigilando a un sospechoso —continuó—, pero no es el espantapájaros. No es posible que lo sea. Hace sólo un minuto que estaba en la vieja casona. Después, ha tenido que correr para recuperar su camión. Creo que decidió que no era su noche. Se largó.

—¿Conseguiste la matrícula? —se interesó Bob.

—No, y lo siento —refunfuñó Pete—. No me he sentido muy bien.

—Pete, ¿estás herido? —se alarmó Jupiter.

—No, estoy bien. Me caí, nada más.

—Bueno, abre bien los ojos por si el espantapájaros pasa cerca de ti. Y tú, Bob, vigila la mansión, ¿quieres?

—¿Qué piensas hacer tú? —preguntó Bob. Tenía la voz estrangulada por la aprensión.

—Trataré de averiguar hacia dónde se ha marchado el espantapájaros.

—¡Ten cuidado, por favor!

Jupiter tuvo cuidado. Se movió por debajo de los eucaliptos, tan silencioso como una sombra, y trató de imaginarse que él era el espantapájaros. ¿Adónde podía ir aquel monstruo nocturno si era descubierto y tenía que buscar un refugio?

Jupiter aplicó el oído. No se oía ningún sonido aparte del chirrido de las cigarras. Jupe se hallaba al borde de la fila de eucaliptos y podía distinguir la mansión de la colina. Todas las ventanas que daban a la terraza estaban abiertas de par en par, arrojando grandes cuadrados de luz. Dentro, la gente estaba ocupada en sus tareas cotidianas. Unos jugaban al *backgammon* y otros seleccionaban retratos. Pero en algún rincón de la colina, en la oscuridad, el espantapájaros debía haberse escondido. Sí, aquel malvado se ocultaba en algún sitio.

Jupe tenía el trigal a sus espaldas, y lo descartó al momento. El espantapájaros no se había dirigido allí. Había corrido hacia el terreno más despejado que se extendía detrás de la mansión. Jupiter echó a andar por allí, mirando a diestro y siniestro. Nada se movía al fondo del parque. Rodeó el grupo de robles que descendía por la colina desde la mansión Radford, y más allá divisó una pequeña casita. Estaba como resguardada en una hondonada del terreno, por lo que no era fácilmente visible. Jupe comprendió que debía tratarse del pabellón para los invitados, donde vivía Woolley.

Jupe se quedó inmóvil, reflexionando arduamente. ¿Se habría atrevido el espantapájaros a entrar en la habitación del profesor? ¿Se hallaba ahora allí, al acecho, aguardando que Jupe efectuase un movimiento o se marchara? Si Jupe pasaba por delante del pabellón, ¿qué haría aquel monstruo? ¿Le atacaría? ¿Huiría hacia el camino de Rock Rim? ¿O habría hallado algún refugio en la ladera cubierta por la maleza? Lentamente, Jupiter avanzó hacia el pabellón. Subió cautelosamente al porche, y de pronto decidió que no servían de nada tantas precauciones, puesto que, si el espantapájaros estaba dentro, ya le habría visto acercarse.

Jupe tabaleó suavemente en la puerta, como si buscase a

Woolley.

—Doctor Woolley, soy yo… Jupiter Jones —gritó.

Volvió a llamar. Luego probó el tirador. El corazón le dio un brinco. La puerta estaba bien ajustada. Tan pronto tocó el tirador, giró en su mano. Empujó y se abrió la puerta.

Aguardó. Al ver que no se movía nada dentro del pabellón, habló en voz alta.

—Le dejaré una nota.

Tanteó la pared junto a la puerta hasta hallar un interruptor. Le dio vuelta y se encendieron varias lámparas.

Jupiter se hallaba en el umbral de un saloncito. El mobiliario era rústico, y había una chimenea de piedra. La cocina estaba a la derecha, como un cubículo casi cerrado por un mostrador.

Jupe no divisó ningún escondrijo, por lo que se dirigió a una puerta que se abría en el extremo opuesto de la habitación. Allí halló un pasillo, un cuarto de baño y un dormitorio con camas gemelas. No había nadie escondido dentro de la ducha del cuarto de baño, ni debajo de las camas, ni en el armario ni detrás de la puerta. La casa estaba vacía. Satisfecho, Jupiter volvió al salón. Pero de pronto se paró en el pasillo y se quedó quieto. Acababa de recordar parte de la conferencia dada sobre las hormigas por el profesor Woolley.

—*¿Podéis imaginaros una procesión de hormigas de un metro de ancho?* —había preguntado el profesor—. *Imagináoslas ondulando sobre la tierra, devorándolo todo, e incluso invadiendo los edificios…*

Jupiter no tenía que imaginárselo porque lo estaba viendo. Una riada de hormigas se precipitaban sobre el dintel de la puerta. Miles y miles marchaban en una horrorosa columna por el suelo y se precipitaban sobre los muebles. Una butaca ya estaba cubierta con una oleada de hormigas, como una alfombra ondulante.

Jupiter volvió a recordar la descripción del profesor sobre las hormigas.

—*Se comen todo lo que esté vivo* —había dicho Woolley.

—¡Tonterías! —murmuró Jupe en voz alta—. ¡Estas hormigas no son como las antropófagas africanas!

Mas de repente Jupiter recordó que las hormigas de la colina pertenecían a una nueva subespecie, tal vez a una estirpe de mutantes. Ni siquiera Woolley sabía gran cosa de ellas. Jupe tuvo la

brusca visión de las hormigas paseándose por su cuerpo, cada una mordisqueándole un poco y devorándolo vivo.

Jupe dio media vuelta y huyó al dormitorio. Corrió a la ventana y trató de abrirla. No cedió. ¡Estaba atrancada!

Jupe se quitó un zapato y lo levantó en alto para romper el cristal. De pronto se detuvo. No serviría de nada. Antes no se había fijado en que las ventanas del pabellón de los invitados estaban protegidas por artísticos enrejados.

Dio media vuelta. La cabeza de la columna de hormigas se hallaba ya en el pasillo, delante del dormitorio.

¡Jupiter estaba atrapado!

CAPÍTULO 15

¡Fuego!

La columna de hormigas avanzaba por el pasillo como un líquido espeso y viscoso.

Jupe apretó el botón del transceptor.

—¡Pete! ¡Bob! —gritó—. ¡Hormigas! ¡Millones de hormigas! ¡En el pabellón de los invitados! ¡Deprisa, buscad a Woolley!

Las hormigas ya se filtraban a través de la puerta del dormitorio.

—De acuerdo —dijo la voz de Bob por el aparato.

—¡Deprisa! —suplicó Jupe—. ¡Estoy acorralado!

Saltó a una cama, tiró de la colcha y la apelotonó en diversos pliegues en el centro de la cama.

—¡Pete! ¡Bob! ¡Deprisa!

Las hormigas se estaban extendiendo. Ya estaban más cerca y Jupiter gritaba por la radio.

Calló. Fuera de la casa había alguien.

—¡Santo cielo! —exclamó la voz del profesor.

—¡Jupe! —Quien llamaba ahora era Bob—. ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?

—¡Estoy en el dormitorio! —repuso Jupe—. ¡Deprisa, por favor!

Jupe oyó cómo la señora Burroughs decía algo respecto a aquellos bichos nauseabundos. Su marido le ordenó hacerse a un lado. Alguien golpeó en la ventana del dormitorio.

Jupe dejó de contemplar a las hormigas y volvió la mirada al otro lado. De este modo vio cómo Pete le estaba mirando a él a través del enrejado de la ventana. Bob estaba al lado de Pete. Pasaban las manos por los barrotes, intentando abrir la ventana.

—¡Está atrancada! —gritó Jupiter—. ¡Creo que es por culpa de la pintura!

Aparecieron Woolley y Burroughs, y Bob y Pete se apartaron para dejarles sitio. Woolley tenía un grueso pedrusco en la mano. Lo

arrojó entre las rejas y la ventana se rompió.

—¡Toma! —El profesor le tiró a Jupiter un frasco. Era un insecticida—. Esto impedirá que las hormigas te ataquen. Tíralo de prisa y ven a la ventana.

—Al lado de la ventana hay una falleba —le explicó Burroughs —. Así podrás abrir la reja y saltar.

Las primeras hormigas ya se arrastraban por las patas de la cama, pero el suelo todavía no estaba completamente cubierto por los insectos. Jupe regó furiosamente a las hormigas con el insecticida. Luego, bajó y las hormigas crujieron bajo sus pies. Jupe se estremeció de asco pero continuó con su riego. Insecticida, un paso, insecticida, otro paso.

Por fin, estuvo delante de la ventana rota.

—¿La falleba? —preguntó, mirando ansiosamente la pared—. ¿Dónde está la falleba?

Burroughs la señaló.

—Aparta el tocador de la pared y la verás.

Jupe apartó el tocador indicado, el cual resbaló, aplastando a gran cantidad de hormigas.

Era una *aldaba* sencilla. Una especie de gancho empotrado en el muro, como una extensión del enrejado de fuera. Tenía un agujero, claro, y por él habían insertado otro gancho.

Jupiter sacó el gancho y la reja quedó suelta.

—¡Listo! —gritó.

—¡Buen chico! —aprobó Woolley.

Él y Burroughs ayudaron a separar la reja de la ventana.

Un segundo después Jupiter se hallaba sobre el césped. La señora Burroughs lo abrazó como una gallina cuidando a su polluelo preferido. Charles Woolley, fascinado, contemplaba a las hormigas por la ventana. Casi habían cubierto el lecho donde se había refugiado Jupiter.

Fue entonces cuando Leticia salió corriendo de la mansión. Jupe distinguió su rostro gracias a la luz que brillaba en el pabellón. Estaba convulsionada por el terror. Llevaba una lata en la mano, una lata colorada y cuadrada que asía por un asa.

Jupe parpadeó y de repente comprendió lo que Leticia intentaba hacer.

—¡No, señorita Radford! —suplicó.

—¡Atrás! —gritó la joven—. ¡Que nadie se me acerque!

En su voz había una nota asesina. Levantó la tapa de la lata y efectuó un movimiento como si quisiera arrojar su contenido a Jupe.

—¡No, Leticia! —intentó detenerla el profesor—. ¡Mis hormigas… mi investigación…! ¡Por favor!

Leticia Radford miró al profesor con tremendo desdén. Después, empezó a vaciar el bidón por el porche y las paredes del pabellón.

Jupe olió la gasolina.

Leticia arrojó la lata vacía a través de la puerta abierta, encima de las hormigas que se amontonaban y palpitaban en el salón de la casita. Luego, sacó algo del bolsillo de su suéter.

—¡No, Leticia! —gritó otra vez el profesor, dando un paso al frente. La joven rascó una cerilla y la arrojó lejos.

Se oyó como una tremenda bofetada. Y bruscamente, el porche se incendió con grandes llamaradas. El fuego empezó a absorber todo el salón.

—¡Ya está! —proclamó Leticia—. Esto las exterminará. Ya estaba harta. ¡No podía soportarlo más!

Dando media vuelta empezó a subir por la colina.

CAPÍTULO 16

Un susto en la noche

—Si al menos hubiese visto la matrícula del camión… —se lamentó Pete—. ¡Fui tonto al no mirarla!

Era por la mañana, después del incendio provocado en la finca de los Radford. Los Tres Investigadores se hallaban en su remolque particular, comentando los sucesos del día anterior.

—El hombre encargado de limpiar la piscina —decía Bob—. Ahora que sabemos a qué se dedica no será difícil localizarlo.

—Tal vez no haga falta buscarlo —replicó Jupe—. Pete, dijiste que sólo perdiste el conocimiento unos segundos y que, al volver en ti, el hombre corría detrás de su camión.

—Lo atrapó al llegar a la zanja —asintió Pete—, porque se paró. Entonces, el individuo subió a la cabina y se alejó, supongo que sin los frenos.

—De modo que el misterioso limpia piscinas no es el espantapájaros —razonó Jupiter—. Porque en el momento en que iba corriendo en busca del camión, el espantapájaros intentaba entrar en el laboratorio del doctor Woolley.

—Entonces ¿quien es el espantapájaros? —quiso saber Pete.

—El matrimonio Burroughs tampoco es sospechoso —resumió Jupiter—. Yo los vi en la mansión unos momentos antes de ver al espantapájaros. El doctor Woolley no tiene coartada para aquellos momentos, pero estaba con nosotros cuando vimos al espantapájaros la otra noche. Esto deja sólo a Gerhart Maiz, el cual parece un sospechoso bastante improbable.

Jupe se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa.

—Podríamos estar examinando este caso eternamente sin llegar jamás a una conclusión. Simplemente, no sabemos bastante. Sugiero que intentemos otro enfoque del problema. Leticia Radford es la víctima de los ataques. Por ahora ya se debe haber recobrado del

histerismo de anoche. Creo que deberíamos interrogarla respecto a las personas que pueden tener algún motivo para atormentarla.

—Volverá a ponerse histérica —advirtió Pete.

Bob asintió.

—Se cree una damisela amable y encantadora. ¿Podrá enfrentarse con el hecho de que alguien la odie?

—Bueno, al menos sabe que hay un individuo que desea lastimarla… ¡el espantapájaros! —indicó Jupe—. Sí, hemos de hablar con ella. Vámonos ya, mientras tía Matilda está en el supermercado.

—Buena idea —aprobó Pete. Si nos ve, tía Matilda nos dará trabajo.

Unos minutos más tarde los muchachos iban pedaleando en sus bicicletas por la autopista de la costa. Leticia fue la que abrió la puerta cuando los tres amigos tocaron el timbre de la mansión. Como de costumbre, iba vestida con elegancia. Pero estaba muy pálida y había sombras oscuras debajo de sus ojos.

—Desearíamos conversar un poco con usted, señorita Radford —empezó Jupiter.

—Bueno, es justo, creo. Si tenéis un deber que cumplir… ¡Oh, estoy terriblemente fatigada! El jefe de bomberos estuvo aquí hasta muy tarde anoche. Se mostró muy enojado conmigo —ella sonrió—. Opina que existen otros medios, y no el fuego, para librarse de unas hormigas.

Jupe asintió, pero no dijo nada. Estaba de acuerdo con el jefe de los bomberos.

—Dormí muy poco anoche —continuó Leticia—. La señora Chumley no se encontró bien. No sé qué dolores tenía, y cuando le ocurre algo no quiere estar sola. Me senté junto a su cama. En realidad, estaba también con ella cuando habéis tocado el timbre.

—¿Quiere que yo vaya a hacerle un poco de compañía? —se ofreció Bob—. Probablemente esto sería un descanso para usted.

Leticia dejó entrever una sonrisa.

—Sería muy agradable. Está en su salita. Llama antes de entrar.

Bob se dirigió al fondo de la casa, hacia el aposento de la señora Chumley, y Leticia condujo a los otros dos amigos al salón. Ella se acomodó en el sofá y les señaló unas butacas a los dos muchachos.

—Deseamos hablar con usted de las personas que usted conoce

—anunció Jupe—. ¿Se acuerda de alguien que pueda estar resentido con usted?

—¿Resentido conmigo?

Jupe asintió y luego preguntó:

—¿Qué me dice de Gerhart Maiz?

—¡No seas ridículo, chico! Gerry es prácticamente un miembro de esta casa. Además, sólo se ocupa de sus pinturas.

—Tal vez esté resentido alguno de los que trabajan aquí.

—¿Te refieres a los Burroughs? —se extrañó Leticia.

—Oh, estamos seguros de que los Burroughs no son el espantapájaros. Pero ¿no hay nadie más? ¿Y los jardineros? Creo que vienen dos veces por semana. ¿Y el hombre encargado de limpiar la piscina? También viene con regularidad, ¿verdad?

—Dos veces por semana —aclaró Leticia—. Pero ¿por qué tendría que odiarme? En realidad, apenas lo conozco. Es alumno de la Universidad de Los Ángeles. Uno de esos muchachotes bronceados que van a todas partes sin camisa.

—¿Un joven? —se sobresaltó Jupe.

—Claro. He dicho que es estudiante.

Jupe frunció el ceño y empezó a tironearse el labio inferior.

—Esto no sirve de nada —se enojó Leticia—. Ni importa demasiado porque no pienso quedarme mucho tiempo aquí. Vuelvo a Europa. El espantapájaros…, bueno, volvió anoche.

Jupiter y Pete la miraron inquisitivamente.

—A medianoche —prosiguió ella—. Yo estaba en la habitación de la señora Chumley con las luces apagadas. Lo vi en el sendero. Empujaba una carretilla hacia el garaje.

—¿Una carretilla? —repitió Jupiter—. ¿Una carretilla vacía? ¿O llevaba algo en ella?

—Había como un montón de objetos —explicó Leticia—. Estaba demasiado oscuro para ver nada en concreto. Tal vez fuese tierra… no sé.

—¿No llamó a nadie? —quiso saber Jupiter.

—No, estoy harta de llamar a la gente —el tono de Leticia era monótono—. Si he de volverme loca, a partir de ahora lo haré con tranquilidad. Los nervios no conducen a nada bueno.

—Ya —murmuró Jupiter.

—Y no conozco a nadie que tenga algo contra mí. Además,

tendría que ser un resentimiento muy extraño. Hace años que apenas vivo en Los Ángeles.

La señora Burroughs se asomó al umbral, entre el salón y el comedor.

—Perdone, señorita. Mi marido se marcha al mercado de Rocky Beach. ¿Desea algo?

—Aspirinas, señora Burroughs, por favor.

—Sí, señorita.

La señora Burroughs se alejó y Leticia se puso de pie.

—¿Vais a quedaros un rato, muchachos? —preguntó—. Me gustaría, si podéis. Me siento más segura con gente a mi alrededor.

—Claro —concedió Jupiter—. ¿Dónde está el doctor Woolley?

—Después del incendio del pabellón, se trasladó al granero —advirtió Leticia—. Supongo que estará allí, descansando un poco. Y yo también me iré a descansar.

Se dirigió al pasillo, pero retrocedió.

—Le pediré a la señora Burroughs que suba conmigo. No me siento segura sola.

—Buena idea —aprobó Jupiter. Leticia fue a la cocina.

Un instante después, Pete y Jupe oyeron cómo la señora Burroughs hablaba con su voz consoladora. Ella y Leticia subieron por la escalera. Jupe fue hacia la ventana y observó un enorme Buick negro que descendía hacia el cañón Chaparral.

—Burroughs se marcha a la ciudad —anunció—, y el coche que conduce no corre mucho.

Bob apareció en aquel momento en el salón.

—La señora Chumley se ha dormido —informó—. Se tomó una pastilla para el dolor.

Hizo una breve pausa.

—Es gracioso —murmuró—. Antes de ayudarla a meterse en cama me habló del verdadero Vermeer que está colgado en el museo. También mencionó los candelabros, y describió de qué modo vibraban los prismas cuando el reloj de pared del descansillo daba las horas.

—¿Dijo eso? —Pete estaba aturdido—. ¡Pero si no puede subir escaleras! ¿Cómo ha podido saberlo?

—Sin duda se lo contó Gerhart Maiz —intervino Jupiter con indiferencia—. Parece muy intrigado por los candelabros —Jupe

hizo una pausa y se le iluminaron los ojos—. Bueno, la señora Chumley duerme. Leticia y la señora Burroughs están arriba y el mayordomo se ha ido a la ciudad. ¡Amigos, no hay moros en la costa! Ahora podemos hacer lo que debíamos hacer hace mucho tiempo.

—¿El qué? —preguntó Pete.

—¡Registrar la casa!

CAPÍTULO 17

¡Acorralados!

Los Tres Investigadores anduvieron quedamente por la mansión. Escucharon para captar algún ruido proveniente de arriba, bien de la habitación de Leticia, como del dormitorio de la señora Chumley. Cautelosamente, fueron abriendo alacenas y armarios, registraron los cajones y tantearon las superficies de las vitrinas y sus techos.

No hallaron nada en la cocina ni en la despensa que pudiera ser una pista para la identificación del espantapájaros. La pequeña salita de la servidumbre detrás de la cocina también resultó inocente. Luego, había dos dormitorios en el ala del servicio. En uno de los armarios había uniformes, algunos vestidos y una chaqueta deportiva, con varios pantalones, pero no había ninguna arpillera ni sombreros negros que pudieran ser el disfraz del espantapájaros.

—¡Pero ya sabemos que Burroughs no es el espantapájaros! —protestó Bob—. Entonces, ¿a qué viene este registro?

—No hacerlo sería una tontería —replicó Jupiter—. Hemos tenido tanto miedo de sobresaltar a Leticia que hemos pasado muchas cosas por alto. No creo que hallemos aquí nada significativo. Bien, bajemos al sótano.



El sótano estaba dividido en varios compartimientos. Los muchachos hallaron una bodega, un horno, varios depósitos y un taller. Luego, Jupe condujo a los otros a la esquina de la casa que estaba directamente debajo del dormitorio de la señora Chumley, donde Jupe había visto la noche anterior la puerta que daba al parque. En aquel lugar, el suelo estaba casi al mismo nivel que el suelo del sótano.

—¿Veis esto? —indicó Jupe, hablando en voz baja al tiempo que señalaba las marcas de neumáticos sobre el piso de cemento—. El espantapájaros empujaba anoche una carretilla por aquí con un neumático de goma. Estaba cargada seguramente de tierra. ¿Veis las pellas de barro en el suelo?

—Pero ¿de dónde procedía la tierra? —preguntó Bob.

Los muchachos empezaron a seguir las señales de la rueda a través del sótano. Las claras marcas de la arcilla en el piso les condujeron a un estrecho corredor que se hallaba entre un almacén en desuso y un cuarto provisto de una puerta muy gruesa. Pete encendió la lámpara del techo de la última habitación y los muchachos contemplaron unas cañerías llenas de polvo en el techo de la cámara.

—Antaño, esto debió servir para guardar carne —reflexionó Pete —. Es como el refrigerador del mercado de Rocky Beach, aunque no tan grande.

—Esta casa debió ser muy importante cuando la familia Radford vivía realmente aquí —exclamó Bob—. ¡Figuraos! ¡Un refrigerador privado!

Jupe asintió, mas sin prestar atención a las palabras de Bob. Parecía muy satisfecho, como si hubiese hallado exactamente lo que esperaba encontrar. Señaló el final del corredor.

—¡Mirad! ¡La tierra venía de allí!

Pete y Bob miraron en la dirección indicada. Al extremo del corredor debía de haber habido bloques de cemento, los bloques de cemento que componían la pared exterior de todo el sótano. Pero ahora sólo había un gran agujero negro.

—¡Un túnel! —exclamó Pete.

Jupe sacó una linterna del bolsillo.

—Hallé esto en un cajón de la cocina —les dijo a sus compañeros—. Pensé que podíamos necesitarlo.

Encendió la luz y dirigió el rayo luminoso hacia el túnel.

—¡Atiza! —gritó Bob—. ¡Alguien ha estado trabajando de firme! ¡Fijaos en las tablas que cubren el techo!

—Como el túnel de una mina —observó Pete—. De manera que eso es lo que ha estado haciendo el espantapájaros… Pero… pero…

Calló, vacilando.

—Pero no tiene sentido que el espantapájaros invada una casa ajena para construir un túnel, ¿verdad? —concilió después—. O bien alguien de la mansión está en combinación con el espantapájaros. ¡Burroughs y su esposa! De lo contrario le habrían descubierto.

—Esta parece una deducción lógica —asintió Jupe—. ¡Y también es fácil adivinar adónde conduce el túnel!

Bob estudió la pared. Se hallaba a un lado de la casa, mirando al camino.

—El túnel pasa por debajo del camino hasta el museo Mosby —anunció. Su voz era un susurro—. ¡Alguien intenta robar los cuadros del museo!

—¿Debemos comprobarlo? —propuso Jupe.

Entró agachándose en el túnel, y haciendo brillar la linterna por todas partes.

Los otros dos le siguieron. Ninguno habló y la tierra del suelo absorbía el ruido de sus pasos. A medida que avanzaban el aire se tornaba enrarecido. Después de lo que les parecieron varias horas de arrastrarse por el oscuro pasadizo, Jupe se detuvo. Su camino estaba obstaculizado por una pared de cemento. La tocó. Era sólida y maciza.

—Esto es el sótano del museo Mosby —susurró—. Ésta es la única parte del museo que no está vigilada. En los demás sitios está instalado el sistema de alarma.

Bob y Pete asintieron al unísono. Jupiter le entregó la linterna a Bob, el cual dio media vuelta como pudo y fueron recorriendo el camino a la inversa hacia la mansión Radford.

—¡Esto es increíble! —exclamó Pete cuando los tres amigos estuvieron de nuevo en el sótano de la casa—. Han debido tardar meses para excavar este túnel.

—Ahora ya sabemos por qué el espantapájaros quería asustar a Leticia —concluyó Jupe—. Temía que ella bajase al sótano y

descubriese el túnel… o que mirase alguna noche y viese algo raro.

Bob apagó la linterna y los muchachos retrocedieron hacia la escalera.

—Ya comprendo por qué Burroughs conducía con tanta lentitud para ir a Rocky Beach —reflexionó Jupiter—. Había cargado el portaequipajes del auto con tierra del túnel para dejarla en otra parte.

Los muchachos llegaron al refrigerador. Pete se detuvo y husmeó el aire.

—¡Algo se quema! —advirtió.

Tanteó la pared y encendió el interruptor.

La vieja cámara de refrigeración estaba llena de humo. Había montones de trapos en un rincón y un par de viejas latas de pintura destapadas.

—¡Vaya idea! —gimió Pete—. Alguien ha dejado aquí una pila de trapos de pintura, ¡y ha empezado la combustión interna!

Atravesó la cámara y empezó a patear los trapos, que volaron alrededor suyo, dejando escapar algunas llamas.

—¡Cuidado! —avisó Bob.

Saltó para apagar los pequeños fuegos y Jupiter se apresuró a ayudarle.

De pronto, desde el corredor se oyó una carcajada gutural. Los tres chicos giraron en redondo.

El espantapájaros los estaba contemplando. Su pintada sonrisa resultaba más malvada aún a la luz de la bombilla del techo. Por un momento no se movió. Luego, empujó la gruesa puerta y la cerró de golpe.

—¡Eh, espere! —gritó Pete, saltando hacia la puerta. Asió el tirador y trató de hacerlo girar.

La puerta no cedió.

—¡Eh! —gritó otra vez Pete—. ¡Vuelva! ¡Vuelva!

—Ahórrate la saliva —le aconsejó Jupe—. No permitirá que salgamos de aquí. Al menos, por ahora. ¡Y tal vez nunca!

CAPÍTULO 18

El asalto

Bob examinó el cerrojo interior de la puerta.

—¡Vaya suerte! —exclamó—. ¡Está roto!

—No creo que sea una suerte —le corrigió Jupiter—. Pienso que el espantapájaros nos vio entrar en el túnel, decidió que sabíamos demasiado y rompió el cerrojo. Luego nos atrajo aquí y pegó fuego a esos trapos.

—Fuimos unos tontos al caer en la trampa —reconoció Pete—, pero no quiero que se incendie esta casa.

—El espantapájaros ya contaba con esto —decidió Jupiter—. Y cuenta también con que esta cámara nos mantenga quietos. Quiero decir que de nada nos serviría gritar o golpear las paredes para llamar la atención. Esta cámara está bien aislada. Nadie nos oiría.

—¿Ni siquiera golpeando las cañerías del techo? —preguntó Pete—. Podrían llevar muy lejos los sonidos.

Jupiter reflexionó unos instantes y afirmó con el gesto.

—Pero esas cañerías no están conectadas con el resto de la casa. Sólo van a parar a una unidad refrigeradora, que debe hallarse fuera de aquí. Nadie nos oiría golpear las cañerías a menos que alguien estuviese muy cerca del sótano.

Pete sentóse en el suelo.

—¿Acaso piensa el espantapájaros dejarnos encerrados aquí?

—Alguien nos buscará —dijo confiadamente Jupiter—. Hemos dejado las bicicletas delante de la casa, junto al coche de Leticia. Ella las verá.

—¿Y bajará hasta aquí? —se inquietó Bob—. ¿Al sótano? ¿Con su miedo a las arañas?

Jupiter meditó sobre ello.

—No, no bajará —decidió al fin con tristeza—. Además, si ve las bicicletas, pensará que estamos con el doctor Woolley. Y si

Burroughs o su esposa se fijan en las bicicletas… Bueno, con toda seguridad no podemos contar con la ayuda de esa pareja.

Los muchachos callaron unos minutos. El silencio de la cámara era tan intenso que parecía acorralarlos, amortiguando sus pensamientos.

—Tía Matilda sospechará dónde estamos —dijo al fin Jupiter—. Y enviará a Hans o a Konrad. O avisará al jefe Reynolds, y éste adivinará que estamos en la mansión Radford. Pero todo esto ocurrirá dentro de varias horas…

Jupe no se molestó en continuar. Los Tres Investigadores pensaban en lo mismo. Si el aire de la cámara duraba hasta que los encontraran.

Fue transcurriendo lentamente el tiempo, una hora tras otra. El estómago de Jupiter empezó a gruñir. El chico se preguntó si estaría cerca la hora de la cena. ¿O tenía hambre por haberse perdido la comida?

De pronto los muchachos notaron como un temblor en la cámara.

—¿Qué ha sido eso? —se alarmó Pete, incorporándose inmediatamente.

—Probablemente un ligero temblor de tierra —repuso.

—¡Demonio! —gritó Pete muy abatido. Volvió a apoyarse en la pared—. ¡No era bastante estar encerrados aquí sin ninguna ventilación! ¡Ahora un terremoto nos enterrará vivos!

Pasaron los minutos. Se convirtieron en horas.

—Es una figuración mía —preguntó Bob finalmente— o el aire empieza a viciarse.

—No puede ser —protestó Jupe—. Sólo llevamos aquí… —calló y contuvo la respiración un instante—. ¿Qué ha sido eso? —susurró.

Los otros dos prestaron atención.

—Alguien golpea algo —decidió Pete. Se levantó y fue hacia la puerta.

—¡Eh! —gritó—. ¡Estamos aquí! Golpeó la puerta con los puños.

Jupe se quitó un zapato, se levantó y empezó a aporrear la puerta. Los tres muchachos gritaron estentóreamente a la vez.

Y al final la maciza puerta de la cámara de refrigeración se abrió. Los muchachos vieron a un individuo alto y de cabellos blancos, en el umbral. Su piel parecía de pergamino, por la larga

exposición al sol, y unas profundas arrugas le corrían desde la nariz a las comisuras de la boca. Leticia iba cogida de su brazo.

—¡Gracias al cielo! —exclamó el recién llegado—. Sabía que teníais que estar en algún sitio. Os vi llegar, pero no marcharos.

Jupiter sonrió y salió al corredor.

—Siempre es una ventaja que haya un vigilante misterioso que vigila una casa.

—¿Un hombre misterioso? —repitió Leticia con extrañeza—. Aquí no hay ningún hombre misterioso. Éste es Ben Agnier. Era el anterior encargado de nuestra piscina. Y ahora quisiera que alguien me explicase qué ha pasado aquí. ¿Dónde están Burroughs y su mujer? ¡Cuando me desperté de la siesta todos se habían marchado!

—Si Burroughs y su esposa se han ido, es porque se ha terminado el negocio que llevaban entre manos —explicó Jupiter. Indicó el túnel que se abría al extremo del corredor. Agnier siguió la señal.

—De modo que era eso… ¡un túnel! —se asombró.

—Hasta el museo Mosby —finalizó Jupiter.

El muchacho encendió su linterna y se dirigió hacia el túnel, seguido por los demás.

—¡Un momento! —gritó Leticia—. ¡No me dejéis sola!

—Pues corra —gritó a su vez Ben Agnier.

La joven se apresuró detrás de Bob, que había sido el último en entrar en el túnel.

Aunque no había motivo para guardar silencio, nadie habló hasta llegar al final del túnel. Allí observaron que ahora había una amplia abertura en el muro de cemento que separaba el pasadizo subterráneo del sótano del museo. En el aire flotaba un olor acre.

—Supongo que huele a dinamita —dijo Agnier. Tenía ceñudo su rostro alargado.

—¡Claro! —asintió Jupiter—. Antes oímos la explosión. Debió ser después de las cinco, cuando los guardas se marchan a casa.

Agnier pasó por la abertura y penetró en el sótano del museo, y gracias a la luz de la linterna de Jupe encontró un interruptor.

En el sótano había varios cajones bien embalados, un horno y una sala con una maquinaria muy sofisticada para mantener la temperatura del museo a un nivel constante. Agnier y los muchachos miraron rápidamente a su alrededor y luego subieron al

piso bajo, seguidos muy de cerca por una Leticia callada y muy pálida.

—¡Señor Maiz! —gritó Jupiter al llegar al vestíbulo.

Nadie le contestó.

—Quizá no estaba aquí cuando entraron los ladrones —dijo Pete.

Recorrieron las salas de la planta baja. Nadie había tocado nada. Volvieron a llamar repetidas veces a Maiz. El museo guardaba un perfecto silencio.

¿Estaba todavía Gerhart Maiz en el museo? ¿Se había escondido, lo mismo que los chicos, medio ahogado o muerto de hambre? Jupe se estremeció. Los que habían excavado el túnel no conocían la piedad.

—¡Señor Maiz! —gritó Jupe.

De pronto, subió por la escalinata.

Las salas del segundo piso estaban casi desnudas. El Vermeer había desaparecido. Lo mismo que los Rembrandt de la sala contigua, el Van Dyke y los Rubens. Y las pinturas antiguas holandesas que tan bien lucían con sus colores ricos e intrincados. Todas las salas estaban vacías y repetían el eco.

—¡Una fortuna! —proclamó Jupe—. ¡Se han llevado una fortuna en cuadros!

Leticia miraba las desnudas paredes asombrada.

—Toda la colección de cuadros de Mosby… —pronuncio—. ¿Han sido los Burroughs? ¿El mayordomo y la cocinera? Ellos excavaron el túnel y… ¿Así, Burroughs era el espantapájaros?

En lo alto sonaron unos golpes.

—¡Ah! —exclamó Jupiter.

Subió al tercer piso, donde Gerhart Maiz tenía su taller y sus aposentos particulares. A medida que subía los ruidos aumentaban de volumen. Jupe siguió la dirección del sonido, con Bob y Pete detrás, y abrió la puerta de un armario situado en el pequeño dormitorio que se hallaba a la izquierda de la escalera.

Allí estaba Gerhart Maiz, atado con unas cuerdas y amordazado con una toalla.

—Todo ha pasado, señor Maiz —le consoló Jupe. Se arrodilló a su lado y añadió—: ¡Le libertaremos en un segundo!

CAPÍTULO 19

La historia del vigilante

—Me gustaría mucho que alguien me contase qué pasa aquí.

La señora Chumley estaba sentada en su silla de ruedas, mientras que con las manos agarraba nerviosamente la manta que cubría sus rodillas. Sus pupilas estaban aguzadas por la curiosidad.

—Estaba muy preocupado por usted, señora Chumley —trató de tranquilizarla Ben Agnier.

El alto individuo se hallaba sentado en un sillón de la habitación de la señora Chumley. También estaba presente Gerhart Maiz. Y Leticia Radford, lo mismo que los Tres Investigadores. Oían cómo los policías se movían por el sótano, tomando fotos y reuniendo pruebas del robo. Otros oficiales se hallaban también muy ocupados en el interior del museo.

—¿Qué ha sido de los Burroughs? —quiso saber la señora Chumley—. Leticia, ya es hora de cenar. ¡Y no hemos tomado el té!

—Pondré la tetera al fuego —se ofreció Leticia.

Pero no se movió. Estaba sentada en un sillón al lado de Ben Agnier, y lo miraba con una mezcla de curiosidad y admiración.

—¿Usted vigilaba nuestra casa? —le preguntó—. Oh, qué listo…

Agnier se ruborizó.

—No… realmente no era así —negó—. Pero estaba preocupado por la señora Chumley.

—Ha sido usted sumamente bondadoso, Ben —afirmó la aludida —. ¿Y por qué estaba preocupado por mí?

—Bueno, no me gustaban los Burroughs —explicó Ben Agnier—. Después de llegar ellos todo cambió.

—Sí, cambiaron algunas cosas —admitió la señora Chumley—. Pensé que todo mejoraría. Era un gozo tener unos criados competentes en casa. No puedes imaginarte, Leticia, que desde que hace varios años que murió tu madre, he tenido aquí a varias

parejas de sirvientes, y ninguna satisfactoria… hasta que llegaron Burroughs y su esposa.

—¡Pues sus preciosos criados no eran más que unos ladrones vulgares! —ironizó Maiz.

A continuación, le contó lo del túnel a la señora Chumley.

—¿Quiere decir que estuvieron excavando un túnel mientras vivieron aquí? —se indignó la señora Chumley—. No sé cuándo pudieron hacerlo. Realmente, no lo sé.

—Probablemente, por las noches, señora Chumley, cuando usted dormía —intervino Jupiter.

—Esta idea me hace sentirme fatigada —se quejó la anciana—. Entonces, ¿cuándo dormían ellos?

—No cavaban siempre de noche, claro —le dijo Agnier—. A veces también trabajaban de día. Por eso me despidieron.

—No lo entiendo —se asombró la señora Chumley—. Burroughs me dijo que usted había decidido retirarse del servicio de piscinas, y por esto contratamos a ese joven nuevo.

—Burroughs me despidió —declaró Agnier—. Una mañana le vi salir del sótano con ropas de trabajo. Llevaba una carretilla llena de tierra. Bien, no es corriente que un mayordomo empuje una carretilla todos los días de la semana. Le pregunté qué hacía y me contestó que la pared del sótano se estaba agrietando en algunos lugares, dejando caer bastante tierra al suelo.

—¡Qué embustero! —volvió a indignarse la señora Chumley.

—No le creí —continuó Agnier—, pues he estado en el sótano de esta casa y las paredes no pueden agrietarse. ¡Y cuando se lo dije me despidió!

Agnier hizo una pausa con expresión de amargura.

—Bueno, me figuré que si alguien debía despedirme era usted, señora Chumley, y no Burroughs. De modo que di la vuelta a la casa y llamé al timbre. Me contestó la señora Burroughs, la cual me dijo que usted dormía y que no podía molestarla. Después, todas las veces que intenté verla, la señora Burroughs me lo impidió. Si yo telefoneaba, me contestaba el mayordomo. Escribí un par de notas, pero supongo que usted no las recibió.

La inválida sacudió la cabeza con incredulidad.

—¡Dios mío! —exclamó—. He estado prácticamente prisionera de esos dos canallas… ¡podían haberme matado!

—No temí tanto… —prosiguió Agnier—, pero me sentí inquieto. Y empecé a vigilar la finca desde la vieja casucha de Rock Rim. Me detenía allí cada día y permanecía hasta que la veía a usted en la terraza. Mientras usted se encontrase bien, pensaba que todo iba bien.

—Pues fue un error.

—Luego llegó ese calvito y plantó el trigal, y por entonces, Jason Creel, el viejo que llevaba aquí como jardinero hace más de veinte años… también fue despedido.

—Sí, yo misma le despedí —afirmó la señora Chumley—. El pobre se había vuelto muy descuidado. Y no necesitaba ya el empleo…

—Lo sé —asintió Agnier—. Sólo continuaba aquí por lealtad. Pero tampoco le gustaban los Burroughs.

—Ya.

—Entonces regresó a casa la señorita Leticia, y cada día la veía salir a la terraza. Y se me ocurrió la idea de que ella y usted, señora Chumley, se hallaban terriblemente solas. Aquí no venía nunca nadie de fuera, excepto usted, señor Maiz, y el tipo que plantó el trigal.

—¿Quién me nombra? —inquirió el profesor Woolley. El entomólogo estaba en el umbral—. Ha venido a verme la policía —explicó acto seguido—. Les conté dónde había estado todo el día y me respondieron que subiese aquí y aguardase con ustedes. Creo que quisieron que me quitase de en medio.

Se inclinó ante Ben Agnier.

—Por favor, no deseo interrumpirle.

—Terminaba ya —afirmó Agnier.

—Pero si tan inquieto estaba usted —expresó Leticia—, ¿por qué no vino a hablar con nosotras cuando nos veía en la terraza?

—Me consideraba un tonto —confesó Agnier—. Quise hacerlo un día y casi me tropiezo con los muchachos —señaló a los investigadores—. Cuando me perseguisteis me llevé un buen susto.

—¿Pero y el espantapájaros? —quiso saber Leticia—. ¿Qué pensó usted al ver el espantapájaros?

—El único espantapájaros que he visto es el de la valla —replicó Agnier.

Hizo una pausa y agregó:

—Pero le diré una cosa. Cuando los chicos empezaron a rondar por aquí, me alegré mucho. Vosotros erais el contacto de esas pobres mujeres con el mundo exterior. Sin embargo, al veros llegar hoy y no veros marchar me inquieté. Y cuando Burroughs se llevó vuestras bicicletas y las metió en el garaje, recordé que no había visto a la señorita Leticia en la terraza ni tampoco a la señora Chumley. Seguí vigilando, y entonces aparecieron los Burroughs, se marcharon y volvieron con un remolque alquilado.

—Ya entiendo —asintió Jupiter.

—No logré imaginarme para qué querría un remolque un mayordomo, de modo que continué vigilando. Un par de horas después de haber traído el remolque, Burroughs y su mujer se marcharon en él… con muchas bolsas y maletas. No pude ver exactamente cuánto habían metido en el remolque… ¡pero estaba lleno!

—¡Con un millón de dólares en cuadros de firma! —se lamentó Gerhart Maiz.

—Sin saber qué era, me pareció extraño —continuó Agnier—. Entonces subí hasta la casa. Las puertas estaban cerradas, pero rompí una ventana de la terraza y entré.

—Y usted me despertó —concluyó Leticia— y despertó a la señora Chumley, pero al principio no logramos localizar a los muchachos. Ben pensó en el sótano y allí estaban, en la cámara de refrigeración.

—Por suerte, aparecieron ustedes —sonrió Jupiter.

Se puso de pie y se acercó a la chimenea, mirando el paño de pared de más arriba. En torno al marco de la copia del Vermeer había una huella en el empapelado, sin descolorido alguno.

—Probablemente fuimos nosotros los que forzamos a los Burroughs a actuar deprisa —comentó—. Una vez bajamos al sótano y descubrimos el túnel, tenían que quitarnos de en medio y actuar deprisa.

Hubo un tabaleo en la puerta y entró el jefe de policía Reynolds.

—Mis hombres no tardarán en acabar abajo —anuncio—. Probablemente, no tardarán en llegar los periodistas. Yo puedo hacer una pequeña declaración si ustedes no desean hablar con ellos.

—Sí, por favor —le suplicó la señora Chumley—. Y, Leticia, no

te olvides de poner la tetera al fuego. Ahora sólo anhelo una taza de té.

—Yo lo haré, señora Chumley —se ofreció Jupiter.

Fue a la puerta y se detuvo, y al fin salió. Pete y Bob se miraron uno al otro. Jupiter había estado tironeándose el labio inferior todo el rato, y ellos sabían lo que esto significaba. Estaba concentrado en la solución de algún problema. Seguramente se le habría ocurrido una nueva idea. Pete se encogió silenciosamente de hombros y Bob suspiró. ¡Jupiter jamás les daba a conocer sus ideas hasta que habían madurado!

CAPÍTULO 20

Jupe hace deducciones

Jupe sentóse a la mesa de la cocina para esperar a que hirviese la tetera. Sobre la mesa había un teléfono, unido por un cable al enchufe que se hallaba junto a la puerta de la despensa. Junto al teléfono había un periódico, doblado por la página del crucigrama. Cuando Jupiter cogió el periódico, vio un cuadernillo debajo, con varios dibujos.

Alguien se había entretenido con el cuadernillo. Tenía unos corazones atravesados por flechas. Había también el signo del dólar. Y repetida muchas veces la palabra «Vermeer».

También había un número de teléfono.

—¡Ah! —suspiró Jupiter.

Levantó el teléfono y marcó el número. Al otro extremo del hilo hubo dos llamadas y luego un chasquido.

—Compañía de Remolques —pronunció una voz—. ¿En qué puedo servirle?

—Ya me han servido —repuso Jupiter.

Colgó el aparato y arrugó la frente al ver una anotación en una esquina del cuadernillo.



—*El Vellocino de Oro* —había escrito alguien—. *Matrícula de Panamá.*

La tetera del fuego empezó a silbar. Jupiter ignoró el silbido. Sonreía alegremente y hojeaba el periódico.

—Eh, ¿qué pasa? —le interpeló Bob desde la puerta—. ¡Ya hierve el agua! ¿O estás sordo?

Jupiter no contestó, y Bob se acercó al fogón y apagó el fuego.

—¿Jupe? —preguntó Pete, apareciendo también en la cocina—. ¿Qué te pasa?

—¡Ya lo tengo! —exclamó Jupiter—. ¡El jefe Reynolds!

Saltó de la silla y echó a correr… y casi tropieza con el jefe de policía, que en aquel instante entraba en la cocina.

—¿Y bien? —se amoscó el jefe.

—¡Mire! —Jupiter estaba tan emocionado que le temblaban las manos—. ¡Mire ese cuadernillo! ¡*El Vellocino de Oro*! ¿Lo ve? Y aquí, en el periódico, hay los avisos de embarque. *El Vellocino de Oro* zarpa matriculado en Panamá. Sale por San Pedro a las nueve y cuarto de esta noche. ¡Jefe, falta menos de una hora!

El jefe de policía cogió el cuadernillo de notas.

—¿Dónde has hallado esto? —exigió.

—Junto al teléfono. El número de esa hoja pertenece a la Compañía de Remolques.

Al ver que Reynolds le miraba sin comprender, Jupiter continuó:

—Jefe, el que alquiló el remolque estuvo aquí sentado y llamó a la compañía. Él… o ella, también apuntó que *El Vellocino de Oro* zarpa con matrícula de Panamá. Muchos barcos hacen lo mismo. Y el matrimonio Burroughs hizo planes.

—¡Maldición! —se quejó Pete—. ¡Esto no es justo!

Jupiter no dijo nada. Volvió a poner la tetera al fuego, y cuando hirvió el agua hizo el té. Bob halló unos platillos y unos pasteles, y Pete descubrió una fuente con bocadillos en la nevera. Lo dispusieron todo en una bandeja y Pete lo llevó a la habitación de la señora Chumley.

—¡Oh, qué bien! —alabó la anciana—. Me estoy muriendo de hambre. Leticia, hoy apenas hemos probado bocado.

—Yo no tengo apetito —dijo la joven.

—Yo sí —afirmó la inválida—. Vaya, estos pastelitos tienen buen aspecto. ¿Quiere algunos, señor Woolley? ¿Y tú, Ben?

¿Vosotros, muchachos? ¿Dónde está Gerry? ¿No quiere té?

—Él y el jefe Reynolds se han marchado a San Pedro —comunicó Jupe—. Van a ver si los Burroughs se hallan a bordo de un buque llamado *El Vellocino de Oro*.

La señora Chumley había empezado a servir una taza de té. De pronto, dejó la tetera en la bandeja, como si de repente aquel trabajo fuese superior a sus fuerzas.

—Ahora que el jefe de policía está fuera, señora Chumley —murmuró Jupe—, tal vez deberíamos sostener una charla usted y yo, ¿no cree? Así podrá contarnos de qué forma usted y los Burroughs convinieron en repartirse el botín.

CAPÍTULO 21

Un éxito inesperado

Leticia se hallaba tumbada en el sofá, enfrente de la señora Chumley. De repente se incorporó.

—Creo que no he oído bien —dijo—. ¿Quieres repetir lo que has dicho?

—Dije que deseo discutir con la señora Chumley de qué forma ella y los Burroughs pactaron para repartirse el botín del robo de los cuadros.

Jupiter hizo la declaración con gran solemnidad. Pete y Bob estaban sentados cerca de la ventana. El crepúsculo veraniego iba en aumento, tornando borrosos los objetos de la habitación, pero nadie se levantó para encender la luz.

—Usted fue la que hizo posible el robo —acusó Jupe a la señora Chumley—. No hubiesen podido trabajar sin su consentimiento.

—Jovencito, eres un impertinente —replicó la anciana—. Cuando vuelva el jefe Reynolds hablaré con él. Y exigiré que te impida volver a poner los pies en esta casa.

—Posiblemente lo impedirá —accedió Jupiter—, pero existe otra posibilidad. La de que los Burroughs confiesen, con lo cual usted quedará complicada en el robo.

—¡Esto es ridículo! —Leticia abandonó el sofá y se aproximó a la inválida—. ¿Por qué habría de robar la señora Chumley? ¡Si no le falta nada! Sólo deseaba una familia y mi hermano se la ha proporcionado: ¡Nosotros somos su familia! ¡Éste es su hogar!

—Cuidado, Jupiter —le advirtió el profesor. El entomólogo estaba sentado en un rincón del cuarto. Ahora se levantó y encendió la lámpara de mesa que tenía cerca—. ¡Has de dar muy buenas razones para esta acusación!

—Tengo, no una, sino varias razones.

Volvióse hacia la mujer de la silla de ruedas.

—¿Cómo ha podido usted convivir más de seis meses con una pareja que excavaba un túnel sin enterarse? ¿No les oía o veía en su trabajo? La tierra del túnel salía por una puerta que está situada directamente debajo de su dormitorio.

—Tengo el sueño muy pesado —se defendió la vieja.

—No siempre. Anoche hizo usted que la señorita Leticia se quedase a su lado porque no podía dormirse. O al menos eso dijo. Tal vez solamente quería tener a su lado a la señorita Leticia.

La joven miró a la anciana como si la viera por primera vez.

—Esta mañana usted le habló a Bob de los candelabros que se hallan al lado de la sala donde estaba el Vermeer. Los describió a la perfección y contó cómo vibraban cuando el reloj de pared daba las horas. El señor Maiz dijo que los candelabros eran una adquisición reciente. Y si usted no puede subir escaleras, como afirma, ¿cómo estaba enterada del asunto de los candelabros?

La señora Chumley pareció sobresaltarse.

—Bueno… supongo que Gerry me lo contó.

—Aceptaría esta explicación si no fuese por las fotos —objeté Jupiter.

—¿Las fotos?

—Anoche nosotros estábamos patrullando la finca, para echarle una ojeada al espantapájaros, y usted tenía las cortinas descorridas. Estaba jugando al ajedrez con el señor Maiz. Cuando éste se marchó, usted entró en su dormitorio, ¿verdad?

—Es posible. ¿Y qué?

—Y abrió su armario. Desde donde yo me hallaba pude divisar unas cajas apiladas en el estante del armario.

—¿Y bien…?

—Luego, usted corrió las cortinas, de modo que no pude ver qué hacía después. Sin embargo, unos momentos más tarde usted entró en el salón con una gran caja llena de retratos.

Bob y Pete seguían atentamente la reconstrucción que de los hechos hacía su amigo.

—Anoche no tuve tiempo de meditar sobre esas fotos porque vi al espantapájaros casi tan pronto como usted traía la caja a la señorita Leticia. Hoy, no obstante, mientras estuvimos en el sótano, tuve mucho tiempo para reflexionar sobre ello. Señora Chumley, ¿cómo bajó usted esa caja desde el estante del armario?

La anciana frunció el ceño como intentando recordar.

—Supongo que usé mi bastón —dijo al fin—. Tengo un bastón en un rincón del armario. Cuando quiero bajar algo lo echo fuera del armario con la ayuda del bastón, y lo cojo cuando cae. De esta manera no tengo que pedir ayuda ajena.

—Oh, no —objetó Jupe—. Usted no hizo esto con la caja de fotografías. Las fotos son algo bastante pesado. Y de haberle caído encima la habrían lastimado y se habrían desparramado por el suelo. No, señora Chumley, usted se levantó y bajó por sí misma las fotos.

—¡Esto es ridículo! —rugió la anciana—. No puedo sostenerme de pie. Todo el mundo lo sabe. No puedo andar desde aquel desgraciado accidente.

—Usted sabía hasta qué punto le asustaban los espantapájaros a la señorita Leticia —continuó Jupe—. Y su miedo a los insectos. Señora Chumley, fue usted quien inventó lo del espantapájaros.

—¡No! —gritó Leticia—. ¡Es imposible!

—No lo es —replicó Jupiter—. Es muy lógico. Más aún, al menos en una ocasión, usted fue el espantapájaros. Fue usted quien nos encerró en el sótano, señora Chumley.

—¡Tú eres un mocoso imbécil! —aulló la anciana—. ¡No quiero escuchar ni una palabra más! Me marcho a la cama.

—¡Aguarde! —la detuvo Jupiter—. Todavía no…

—Ya está bien, Jupiter —intervino el profesor Woolley con severidad—. Hasta ahora sólo has proferido una sarta de sospechas y algunas pruebas de carácter circunstancial. No posees ningún motivo sólido para acusar a la señora Chumley.

—Sí lo tengo —se defendió el muchacho—. Me guardé este motivo para el final. ¿Desea oírlo, señora Chumley?

—¡Deseo que te vayas al diablo! —tronó la señora Chumley.

Hizo dar una vuelta completa a su silla y se dirigió a la puerta de su dormitorio.

—Un momento —gritó Leticia—. Yo la ayudaré.

La anciana volvió la cabeza hacia la joven. La expresión de Leticia era de duda y preocupación.

—No importa —repuso la vieja—. Puedo valerme por mí misma.

—Usted sabe que no —le reprochó Leticia, pero la anciana ya se había ido.

La puerta del dormitorio se cerró a sus espaldas.

—¿Ha podido cometer todos esos delitos? —se asombró Leticia —. Oh, no, es imposible…

La joven se interrumpió. Del cuarto de la señora Chumley acababa de salir un horrible chillido.

Pete saltó de su silla, y Jupe echó a correr hacia la puerta de comunicación. Pero antes de que ninguno de los dos muchachos llegase allí, se abrió la puerta de par en par.

—¡Tú, grandísimo bribón! —le espetó la anciana a Jupiter.

Estaba de pie, con el rostro espumeante de rabia y el pecho jadeante. Llevaba una almohada en la mano.

—¡Lo hiciste a propósito!

Volteó la almohada y golpeó a Jupiter en una sien. El chico se tambaleó de lado, y antes de que los demás pudiesen moverse, la anciana huyó a toda velocidad. La puerta de la salita resonó a sus espaldas. Luego, oyeron abrirse y cerrarse la puerta de la casa.

—¡Puede andar! —gritó Ben Agnier—. ¡No está inválida!

Los que estaban en la salita oyeron cómo un coche se ponía en marcha.

—¡Dios mío! —sollozó Leticia—. Me dejé las llaves en el coche… La señora Chumley siempre me reñía por esto. Decía… decía que algún día alguien me robaría el auto.

Charles Woolley profirió una maldición.

Pete había entrado en el dormitorio. De pronto lanzó un grito penetrante y volvió a salir, muy asustado.

—¡Mire, doctor Woolley! —exclamó.

El profesor fue hacia la puerta, y los demás se agruparon a su alrededor.

Correteando por el suelo del dormitorio había millares de hormigas. Entraban por la ventana abierta y se dirigían a la cama.

—¡Otra colonia! —proclamó entusiasmado el doctor Woolley—. No es extraño que la vieja haya huido. Yo habría hecho lo mismo.

CAPÍTULO 22

Una sorpresa final

Era casi medianoche cuando Reynolds y Gerhart Maiz llegaron nuevamente a la mansión Radford con la noticia de que ya habían sido arrestados los Burroughs.

—¿Se han recuperado todos los cuadros? —se interesó Jupiter.

—Sí, ya los tenemos —le aseguró Maiz—. Esta noche han quedado bajo custodia en San Pedro. Mañana ya volverán a estar en el museo.

El encargado del museo bostezó. Parecía agotado.

—¿Dónde está la señora Chumley? —preguntó—. ¿Ya se ha acostado?

Leticia y el profesor le contaron lo ocurrido. Empezaron por las acusaciones de Jupiter y lo de las hormigas del dormitorio, que el profesor había matado con un insecticida. Luego, relataron la huida de la anciana en el coche de Leticia.

—Han lanzado un boletín describiendo el auto —le notificó Jupe al Jefe de policía—. La señora Chumley no irá muy lejos.

—Es decir, que no es una inválida —se sorprendió Maiz.

—Si corría como un conejo —rió Pete.

—¿Pero por qué tuvo que fingir de ese modo? —quiso saber Maiz—. ¡Llevaba en la silla de ruedas varios años!

Volvióse a Leticia.

—¿Necesitaba dinero?

—No —repuso la joven—. Mi madre siempre fue muy generosa con ella y le dejó un legado en su testamento. Y no obstante, ella era el espantapájaros. ¿Verdad que es espantoso? Descubrimos el disfraz en su armario —Leticia ya no lloraba sino que estaba colérica—. ¡Fue muy cruel! —agregó—. ¡Tratarme así después de haberla querido como a una madre! ¡Oh, sí, es verdad!

—Debió sentirse atrapada —juzgó Jupiter—. No sabremos toda

la historia hasta que la hayan arrestado y confiese, aunque es fácil adivinar lo ocurrido.

Jupiter se retrepó en su silla y empezó a hablar con lentitud, imaginando los detalles de la historia a medida que hablaba.

—La señora Chumley debió sentirse amenazada al morir la señora Radford. Ya no había ninguna necesidad de mantener abierta esta casa, pero, en cambio, esta casa era el hogar de la señora Chumley. Sin duda, la anciana temió que tendría que marcharse y vivir en un pequeño apartamento de Los Ángeles. Se sentiría muy sola, puesto que, al parecer, tiene muy pocas amistades. Y su existencia ya no resultaría tan cómoda.

Todos estaban pendientes de sus palabras.

—Luego sufrió el accidente y se fracturó las caderas. Entonces debió meditar mucho. Todos conocemos esa clase de personas que padecen un pequeño accidente de automóvil y después insisten en que se encuentran muy mal y que todo les duele. ¿Y quién puede demostrar lo contrario? Si la señora Chumley insistía en afirmar que sus piernas no tenían fuerza para sostenerla, ¿quién podía rebatir sus palabras?

—Eso es cierto —asintió Gerhart Maiz.

—De modo que le mintió a mi hermano y él mantuvo abierta esta casa sólo para ella —continuó Leticia con amargura—. Y con nosotros dos, mi hermano y yo, lejos, se convirtió en la dueña de la finca, ¿no es cierto? ¡Los criados tenían que venerarla! Debió odiarme mucho cada vez que yo regresaba aquí.

—Dudo que le importara mucho —objetó Jupiter— hasta que Burroughs y su esposa empezaron a excavar el túnel. Para ellos resultaba muy difícil ese trabajo estando usted aquí, y por eso intentaron asustarla con el espantapájaros y las hormigas.

—¡Pobre de mí! —suspiró Leticia.

—Fue una coincidencia maravillosa que los tres tuviesen aproximadamente la misma corpulencia. De ese modo podían utilizar un mismo disfraz. De esta forma, uno a otro se procuraban las coartadas.

—Ya entiendo.

—La noche que vimos al espantapájaros con la guadaña, la señora Chumley y Burroughs estaban con usted, señorita Leticia, delante de la casa. Aquella noche el espantapájaros tuvo que ser la

esposa de Burroughs. Huyó de nosotros en la oscuridad, entró en la casa por la puerta del sótano, se despojó del disfraz, llamó rápidamente a la policía de Rocky Beach y se apresuro a entrar en el salón… llevando su gorrito ladeado. Afirmó haber visto al espantapájaros desde la ventana, por lo que supusimos que no se había movido de casa.

—Lo recuerdo —asintió el profesor.

—Pero ¿y la noche en que el espantapájaros intentó entrar de nuevo en el laboratorio del doctor Woolley? —preguntó Bob—. Cuando aquella noche vimos al espantapájaros, la señora Burroughs estaba en la cocina, y su marido contemplaba la televisión en el cuartito de al lado, mientras que la señora Chumley se hallaba en el salón con la señorita Leticia.

—Bueno, supongamos que no fuese Burroughs el que miraba la televisión —opinó Jupe—. Supongamos que hubiese fabricado un muñeco que pareciese que estaba mirando la televisión. Sabía que ninguno de los que estaban en el salón podían ver desde el otro lado de la piscina los aposentos de la servidumbre. Tenía que fabricar un muñeco para tener una coartada si pensaba entrar en el laboratorio para robar más hormigas.

—Y el espantapájaros que hoy nos encerró en el sótano fue la señora Chumley —añadió Pete.

—Exacto. Su dormitorio está en la planta baja. Pudo oírnos entrar en el sótano. O quizá fuese la señora Burroughs. Bah, eso no importa. En el asunto estaban complicados los tres.

—Pero ella no necesitaba nada —objetó una vez más Leticia—. ¿Por qué tenía que contratar a un par de ladrones para asaltar el museo?

—Creo que lo del robo lo planearon antes los Burroughs —observó Jupiter—. Y creo que aceptaron esta colocación por hallarse esta finca tan cerca del museo. Debieron quedar encantados al enterarse de que la única habitante fija de la casa era una mujer inválida que no podía bajar al sótano.

—¡Menuda equivocación! —rió Bob.

—En algún momento debieron descubrir que la señora Chumley podía andar, y ella, por su parte, debió averiguar lo que hacían en el túnel, e hicieron un pacto. Ella fingiría ignorar sus actividades y, a cambio, los otros no revelarían que la vieja llevaba varios años

engañando a los Radford. Cuando usted regresó de Europa, señorita Leticia, ya habían unido sus fuerzas. Creyeron que usted constituía una amenaza, y el pase de *El mago de Oz* por televisión fue su inspiración. Entonces, crearon el espantapájaros.

—¡Es asombroso! —comentó Gerhart Maiz.

—Una adversaria digna de usted, señor Maiz —le espetó Jupiter.

—¿Cómo?

—Usted no se enteró de que la señora Chumley no era feliz con la copia hecha por un estudiante del cuadro de Vermeer —reveló Jupe—. Ni supo nunca que deseaba tener el original.

Maiz observó el cuadro que colgaba sobre la repisa de la chimenea.

—Esto fue parte de su trato con los Burroughs —continuó Jupiter—. Ella callaría y ellos cogerían los cuadros… menos el Vermeer. La falsa inválida deseaba el Vermeer.

—¡Cielo santo! —exclamó Maiz yendo hacia lo chimenea y examinando el cuadro—. Exacto, éste es el del museo. Debí descubrirlo inmediatamente. Pero ¿qué ha hecho de la copia?

—La quemaron —explicó Jupiter—. Encontré unos restos de tela en la chimenea. Los metí en una bolsa de papel que hay en la cocina. El cuadro que está ahora aquí es el que fue sacado hoy mismo del museo. ¡Qué extraño es que usted no lo identificase cuando examinó los otros cuadros en el puerto esta noche!

—Bueno… estaba muy trastornado…

—Oh, no, en absoluto —replicó tranquilamente Jupiter—. En realidad, usted descubrió el cuadro original aquí, esta tarde. No podía ser de otro modo. Además, hay una nota discordante en la franja de papel que rodea el marco, ¿eh? Esto es lo que me hizo pensar que la anciana señora Chumley estaba complicada en el robo. Yo sabía que el cuadro original de Vermeer era más pequeño que la copia. Y entonces deduje que la señora Chumley ya poseía el cuadro del museo… que sólo podía haberlo obtenido estando confabulada con los Burroughs.

Jupiter hizo una pausa y miró fijamente a Maiz.

—Usted se dio cuenta de que el cuadro era más pequeño, señor. Y tuvo que comprender que procedía del museo. Pero usted no dijo nada.

—¡Estaba demasiado preocupado con la noticia del robo para

fijarme en nada!

—Al contrario —objetó Jupiter—. Usted se mostró sumamente tranquilo después del robo. La gente que ha sido atada y amordazada dentro de un armario no suele estar tan tranquila. De manera que empecé a pensar en usted… y en el cuadro.

—Oh, yo estaba muy trastornado —repitió Maiz.

—Cuando la señora Chumley huyó, examiné atentamente el cuadro. La pintura de la tela todavía está algo fresca. No se ha secado como lo están las pinturas de los cuadros antiguos.

Ahora todos escuchaban boquiabiertos a Jupiter.

La señora Chumley no se fijó. Probablemente jamás había tratado en cuadros. Y los Burroughs se hallaban demasiado ocupados para darse cuenta.

Jupe hizo una leve pausa para aclararse la garganta.

—La señora Chumley lo arriesgó todo por la posesión del verdadero Vermeer. Tal vez estuviese cansada de vivir en la casa de otras personas y cuidarse de los parientes de otros. Es posible que quisiera algo mejor para ella. ¡Y lo que consiguió fue una falsificación!

Todos abrieron más la boca.

—Y como consiguió una falsificación, señor Maiz, es razonable suponer que muchos de los cuadros robados sólo son falsificaciones… unas copias excelentes hechas por un hombre que sabe imitar el estilo de cada pintor.

Jupe respiró hondo y prosiguió:

—Usted iba a marcharse de vacaciones el viernes. Bien, yo creo que iba a llevarse consigo las verdaderas obras maestras, y dejar en su lugar las falsificaciones. Después del robo de hoy, necesitaba que todo se sosegase. Por tanto, no se atrevió a llamar la atención sobre el cuadro de la señora Chumley, de tamaño más pequeño que la copia.

Maiz quiso protestar, pero optó por cerrar la boca.

—Cuando fueron recuperados los otros cuadros, usted no se atrevió a mencionar la falta del Vermeer. Usted ya había visto aquí el cuadro original y sabía que podría llevárselo de nuevo al museo. Con un poco de suerte, nadie podía ser más listo. Nadie tenía asimismo motivos para sospechar de la autenticidad de algunos de los cuadros robados.

Jupiter sonrió con agrado.

—Pero usted no tuvo suerte. Ahora, los cuadros serán examinados por los expertos y usted será descubierto. ¿Dónde están los cuadros originales del Museo Mosby? ¿En el apartamento que tiene en Santa Mónica?

El jefe Reynolds se aproximó al cuadro de la chimenea. Lo tocó, se miró los dedos y volvióse hacia Maiz.

—Pediré un mandamiento de arresto —dijo escuetamente.

Maiz miró malévolamente a Jupiter.

—¡Maldito chiquillo!

Jupe no le hizo el menor caso.

—Lo irónico es que los Burroughs se tomaron mil y una molestias para cometer su robo. Y lo único que se llevaron fue una bella colección de falsificaciones. Mas ¿cómo podían imaginar que un maestro en falsificaciones ya se les había adelantado?

CAPÍTULO 23

Alfred Hitchcock dice la última palabra

—Resulta tranquilizador que triunfe la justicia —expresó Alfred Hitchcock.

El famoso director de cine estaba sentado en su despacho, con la carpeta que Bob acababa de entregarle. Inclinó la cabeza ante los Tres Investigadores.

—Tengo que felicitaros. No todo el mundo habría sospechado que se trataba de dos tipos diferentes de criminales que se ocupaban del mismo delito al mismo tiempo. Naturalmente, sus métodos eran completamente distintos. Por muy magnífica que fuese la idea del túnel, queda disminuida grandemente por el trabajo de Gerhart Maiz al imitar las obras maestras.

—Resultó difícil saber descubrir los originales de las falsificaciones —observó Bob—. Ahora comprendo por qué en los museos obligan a que las copias de los estudiantes tengan medidas distintas de sus originales.

—Exacto —asintió Alfred Hitchcock—. Bueno, estoy encantado con la posibilidad de leer las notas del caso del siniestro espantapájaros. No me extraña en absoluto que los Tres Investigadores se mezclasen en el asunto del Museo Mosby. Lo que me habría extrañado es que en Rocky Beach se cometiera un delito de tal magnitud sin que vosotros intervinierais.

Bob sonrió.

—El jefe Reynolds dice que poseemos un gran talento para meternos en líos.

—Un talento muy dudoso —sonrió Hitchcock—, mas sin el cual la vida sería muy aburrida.

Alfred Hitchcock cerró la carpeta de notas y se la devolvió a Bob.

—Me encantará también hacer la presentación de esta nueva

aventura vuestra, pero deseo formular algunas preguntas. Por ejemplo, ¿cómo lograron convencer los Burroughs a un lord inglés para que les proporcionase tan buenas referencias?

—Los Burroughs no se llaman así —declaró Jupiter—, sino Smith.

—¡No! —exclamó el director de cine.

—Sí; Robert Smith y su esposa Evelyn Smith, Baldridge de soltera. Esa pareja tiene muchos nombres falsos. Poseen un largo historial como ladrones profesionales.

—Comprendo.

—Iban en un avión que partió de Inglaterra con un matrimonio llamado Burroughs, que en realidad habían servido como mayordomo y cocinera en casa de lord Armiston. Los verdaderos Burroughs planeaban retirarse a vivir en Florida. Y en Nueva York cambiaron de avión. Los Smith decidieron entonces que lord Armiston podría proporcionarles unas referencias excelentes si alguna vez necesitaban emplearse en una mansión de lujo. Tomaron nota del nombre y se marcharon a Los Ángeles.


PSYCHO

—¿Y qué más? —insistió Alfred Hitchcock.

—Tal vez ya habían proyectado robar el Museo Mosby. Ciertamente, no perdieron el tiempo. Al cabo de una semana de haber llegado de Inglaterra se presentaron en la agencia de colocaciones. La policía ha examinado los archivos de la agencia y se ha sabido que la pareja que se presentó como los esposos Burroughs rechazó varios empleos, mejor pagados, hasta que les ofrecieron el de la casa Radford.

—Pero podían haber transcurrido muchos meses antes de que se les presentase esta oportunidad —objetó el director cinematográfico —. ¡Tal vez no hubieran podido realizar el robo en muchos años!

—Podían trabajar en varias de las casas elegantes de Los Ángeles. Los Burroughs, mejor dicho, los Smith tenían una lista de casas donde podían robar joyas u objetos de arte.

El señor Hitchcock suspiró.

—Fueron tontos al conservar la lista, aunque todos cometemos a veces alguna tontería. Y, al fin y al cabo, ya corrían un riesgo. Lord Armiston podía tener noticias de los verdaderos Burroughs y acudir a la agencia de colocaciones.

—Y esto fue lo que ocurrió —replicó Jupiter—. Lord Armiston se puso en contacto con la agencia el día antes del robo. La agencia llamó a la señora Chumley y le advirtieron de que el mayordomo y la cocinera podían ser unos impostores. La anciana contestó que no le importaba, pues en muchos años nunca había estado tan bien servida.

—Una vieja desdichada —comentó el director de cine—. La tenían completamente en su poder.

—Ella misma se buscó la desgracia al fingirse inválida —le recordó Jupiter—. Pero, sí es de lamentar su suerte. La policía la arrestó en Santa Bárbara. Allí se quedó sin gasolina y trató de empeñar un anillo para adquirir unos litros. Se había marchado de casa sin ninguna documentación, y el prestamista entró en sospechas y avisó a la policía.

—¿Qué le sucederá?

—No creo que la envíen a la cárcel —declaró Jupiter—. La favorece su edad y no haber estado nunca presa. Leticia le paga el abogado. Leticia puede ser una histérica, pero no es rencorosa.

—Claro que no —asintió el director de cine—. En estas

circunstancias se muestra muy misericordiosa.

—Su encuentro con el espantapájaros la ha cambiado bastante —opinó Jupe—. Ha anunciado que no volverá a Europa. Se quedará en su mansión y contratará a nuevos sirvientes. Ahora quiere ser la dueña de su hogar. Incluso ha hablado de prestar servicios voluntarios en el centro médico de la Universidad de Los Ángeles.

—O sea que está madurando —comentó Alfred Hitchcock.

—En una cosa no ha cambiado —objetó Pete—. Todavía salta y chilla cuando ve un insecto. ¡Seguro que jamás se acostumbrará a ellos!

—Y hablando de insectos, ¿qué ha sido de Charles Woolley?

—Sigue allí, en la colina, estudiando las hormigas —informó Jupiter—. Y Ben Agnier vuelve a cuidarse de la piscina.

—Un final satisfactorio para un caso interesante…, interesante y raro.

—Exacto —concluyó Pete—. ¡No me gusta en absoluto acordarme de nuestros encuentros con el espantapájaros, y espero no volver a verlo jamás!

—No me refería al espantapájaros —rechazó el director de cine —. Me refería al hecho de que vosotros casi nunca habíais tenido tantos sospechosos… ¡y nunca tantos habían resultado culpables!

FIN



MARY VIRGINIA CAREY. (New Brighton, 1925 - California, 1994) fue una escritora conocida principalmente por sus novelas juveniles, muchas de ellas para la Factoría Disney, adaptando películas como *Mary Poppins* o *Merlín el encantador*, y también por las series de libros *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores*, con los que consiguió un gran éxito internacional. Nacida en Inglaterra, el mismo año de su nacimiento su familia emigró a los Estados Unidos. Asistió a la universidad de Mount St. Vincent en Riverdale (Nueva York) y terminados sus estudios, empezó a trabajar como periodista. En 1955 obtuvo la ciudadanía estadounidense. Ese mismo año se unió a la Walt Disney Productions, donde trabajó durante catorce años como escritora. Fue miembro de la asociación de escritores PEN y de la Mystery Writers of America.

Hasta su muerte en 1994, Mary Virginia Carey vivió en Ventura, California.